

EL OLOR DE LA NOCHE

ANDREA
CAMILLERI



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



El otoño ha regresado a Vigàta con algunas sorpresas. Mientras Mimì Augello, el brazo derecho del comisario Montalbano, ha tirado la toalla y está a punto de casarse, don Salvo aguanta la enésima reprimenda de Livia por haber estropeado el suéter que le regaló. Pero, como la vida hay que vivirla, Montalbano ya está de nuevo husmeando en un caso extraño, tan anómalo como que el cadáver aún no ha aparecido. La curiosidad irrefrenable del comisario y su innato sentido de la sospecha lo inducen a investigar la desaparición de un financiero y su ayudante, que han desvalijado a medio pueblo y alrededores. La incógnita podría explicarse como una vulgar fuga con el botín sustraído a las numerosas almas crédulas de la euforia de la bolsa, pero otra bastante más atroz parece imponerse. En cualquier caso, a estos enigmas se aboca Montalbano con esa falta de prejuicios y esa lógica tan particular que tanta admiración despierta. En la medida en que su habilidad y su afán de justicia le permitan llegar hasta la verdad, podrá entonces decirse «que el olor de la noche había cambiado: era un perfume fresco y ligero, un perfume de hierba tierna, de verbena y albahaca».

Andrea Camilleri

El olor de la noche

Comisario Montalbano - 6

Título original: *L'odore della notte*
Andrea Camilleri, 2001
Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus



Uno

La hoja de la ventana abierta golpeó con tal fuerza contra la pared que el impacto sonó como un disparo, y Montalbano, que en ese preciso momento soñaba que estaba participando en un tiroteo, se despertó de golpe empapado en sudor y, al mismo tiempo, muerto de frío. Se levantó soltando maldiciones y corrió a cerrar la ventana. Soplaban un viento tan gélido y porfiado que, en lugar de avivar los colores de la mañana, tal como siempre hacía, esa vez se los llevó borrándolos hasta dejar un simple esbozo o, mejor, unas desvaídas huellas semejantes a las de una acuarela de un pintor dominguero. Estaba claro que el verano, agonizante desde hacía varios días, había decidido durante la noche darse definitivamente por muerto para dejar paso a la estación que lo seguiría y que habría tenido que ser el otoño. Habría tenido porque, en realidad, por su manera de presentarse, el susodicho otoño parecía un invierno, y un invierno de lo más crudo.

Montalbano volvió a acostarse y se permitió el lujo de entonar una elegía a la desaparición de las estaciones intermedias. ¿Qué había sido de ellas? Puede que, arrastradas por el ritmo cada vez más rápido de la existencia humana, también se hubieran acomodado a la nueva situación: habían entendido que ellas significaban una pausa y por eso habían decidido desaparecer, porque hoy en día no hay lugar para ninguna pausa en esta carrera delirante que se alimenta de infinitivos: nacer, comer, estudiar, follar, producir, zapear, comprar, vender, cagar y morir. Pero unos infinitivos que duran un nanosegundo, un visto y no visto. ¿Acaso no hubo un tiempo en que existían otros verbos? Pensar, meditar, escuchar y, ¿por qué no?, haraganear, dormitar, divagar... Casi con lágrimas en los ojos, Montalbano recordó las prendas de entretiempo y el guardapolvo de su padre. Y eso le hizo pensar que, para ir al despacho, tendría que ponerse un traje de invierno. Se dio

ánimos, se levantó y abrió la puerta del armario en el que guardaba la ropa de abrigo. La fetidez de casi un quintal de naftalina lo asaltó inesperadamente. Primero se le cortó la respiración, después empezaron a lagrimearle los ojos y al final se puso a estornudar. Estornudó doce veces seguidas con los mocos colgándole de la nariz, la cabeza retumbándole y un dolor creciente en la caja torácica. Había olvidado que Adelina, su asistenta, libraba desde hacía mucho tiempo una guerra sin cuartel contra las polillas en la que siempre llevaba las de perder. El comisario renunció a su propósito, cerró el armario y fue a buscar un jersey grueso a la cómoda. Allí Adelina también había utilizado gases asfixiantes, pero esta vez estaba preparado y contuvo la respiración.

Salió a la galería y dejó el jersey sobre la mesilla para que el aire le quitara un poco el pestazo. Cuando, tras haberse duchado, afeitado y vestido, volvió a la galería para ponérselo, el jersey había desaparecido. ¡Precisamente aquel tan nuevecito que Livia le había traído de Londres! ¿Cómo iba a explicarle que algún hijo de la gran puta que pasaba por allí no había resistido la tentación, había alargado la mano y adiós muy buenas? Poco a poco se imaginó el diálogo con su novia.

—¡Vaya por Dios! ¡Era de esperar!

—¿Y eso por qué, perdona?

—¡Porque te lo he regalado yo!

—¿Qué tiene que ver eso?

—¡Pues claro que tiene que ver! ¡Vaya si tiene que ver! ¡Tú nunca das importancia a lo que yo te regalo! Por ejemplo, la camisa que te llevé de...

—Esa todavía la tengo.

—¡Pues claro que todavía la tienes, si nunca te la has puesto! ¡Pero hombre, por Dios, el famoso comisario Montalbano deja que le robe un ladronzuelo! ¡Es como para que se te trague la tierra!

En aquel momento vio el jersey. Arrastrado por el viento, estaba rodando por la playa, cada vez más cerca del lugar donde la arena se mojaba cuando aparecía una ola.

Saltó por encima de la barandilla, corrió, se le llenaron los calcetines y los zapatos de arena y llegó justo a tiempo para recoger el jersey y salvarlo de una enfurecida ola que parecía haberse encaprichado especialmente de él.

Mientras regresaba, medio cegado por la arena que le había entrado en los ojos, tuvo que resignarse a que el jersey se hubiera convertido en un informe amasijo de lana medio mojada. En cuanto entró en la casa, sonó el teléfono.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? Quería decirte que hoy no estaré en casa. Me voy a la playa con una amiga.

—¿No vas al despacho?

—Aquí es día festivo, el patrón.

—¿Tenéis buen tiempo ahí arriba?

—Una maravilla.

—Entonces, que te diviertas. Hasta esta noche.

¡Lo que faltaba para fastidiarle el día! ¡Él, temblando de frío, y Livia, tumbada alegremente al sol! Otra prueba más de que el mundo ya no funcionaba como antes. Ahora, en el norte se morían de calor y en el sur tenían heladas, osos y pingüinos.

Se preparaba para abrir de nuevo el armario conteniendo la respiración cuando volvió a sonar el teléfono. Vaciló un momento, pero la idea de los problemas gástricos que le provocaría el olor de la naftalina lo convenció de que se pusiera al aparato.

—¿Diga?

—¡Ah, *dottori, dottori!* —dijo la torturada y afanosa voz de Catarella—. ¿Es usía en persona personalmente?

—No.

—Pues entonces, ¿con quién hablo?

—Soy Arturo, el hermano gemelo del comisario.

¿Por qué se estaba comportando como un cabrón con aquel pobre desgraciado? ¿Tal vez para desahogar un poco su mal humor?

—¿De verdad? —dijo Catarella, sorprendido—. Perdona, señor gemelo Arturo, pero, si el *dottori* estuviera casualmente en casa, ¿le dice que tengo que hablar con él?

Montalbano dejó transcurrir unos segundos. A lo mejor, lo que se acababa de inventar podría serle útil en otra ocasión. Escribió en una hoja de papel «mi hermano gemelo se llama Arturo» y contestó a Catarella.

—Aquí estoy, ¿con quién hablo?

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Se va a armar la gorda! ¿Usted conoce el sitio donde tenía el despacho el contable Gragano?

—Querrás decir Gargano.

—Sí. ¿Por qué, qué es lo que he dicho? He dicho Gragano.

—Dejémoslo correr, ya sé dónde está. ¿Qué es lo que pasa?

—Pues que ha entrado uno armado con un revólver. Se dio cuenta Fazio, que pasaba casualmente por allí. Parece que tiene intención de pegarle un tiro a la empleada. Dice que quiere que le devuelvan el dinero que Gragano le robó y que, si no, mata a la mujer.

Arrojó el jersey al suelo, lo empujó de un puntapié bajo la mesa y abrió la puerta de casa. El tiempo que tardó en subir al coche fue suficiente para que el viento le atacara los nervios.

El contable Emanuele Gargano, un cuarentón tan alto, guapo y elegante como el héroe de una película americana, siempre bronceado por el sol en su punto justo, pertenecía a aquella raza de breve existencia empresarial llamada «de los ejecutivos trepas»; una existencia muy breve, pues a los cincuenta años estaban tan gastados que los tenían que desguazar, por utilizar un verbo que a ellos les encantaba. El contable Gargano había nacido en Sicilia, según él mismo decía, pero había trabajado durante mucho tiempo en Milán, donde, rápidamente y siempre según sus propias palabras, se había hecho famoso como mago de las especulaciones bursátiles. Después, considerando que ya había alcanzado el renombre necesario, había decidido montar su propio negocio en Bolonia, donde, según seguía diciendo, había dado la fortuna y la felicidad a varias decenas de ahorradores. Poco más de dos años atrás se había presentado en Vigàta para fomentar, decía, «el despertar económico de esta querida y desgraciada tierra nuestra», y en pocos días había abierto agencias en cuatro importantes pueblos de la provincia de Montelusa. Era un tipo con mucha labia que sabía convencer a sus interlocutores, siempre con una radiante y tranquilizadora sonrisa en los labios. Tras pasar una semana desplazándose de una población a otra con un aparatoso y reluciente coche de lujo, una especie de espejito para alondras, consiguió captar un centenar de clientes cuya media de edad giraba en torno a los sesenta y tantos años y que

le confiaron sus ahorros. Al cabo de seis meses, los jubilados fueron convocados y recibieron, con riesgo de sufrir allí mismo un infarto, un interés del veinte por ciento. Posteriormente, el contable citó en Vigàta a todos los clientes de la provincia para asistir a un gran banquete a cuyo término dio a entender que, en el siguiente semestre, quizá los intereses fueran todavía más elevados, aunque no mucho. Corrió la voz y la gente empezó a hacer cola delante de las ventanillas de las distintas agencias locales, suplicando a Gargano que aceptara su dinero. Y el magnánimo contable lo aceptó. En aquella segunda fase, a los ancianitos se añadieron muchachos deseosos de ganar dinero con la mayor rapidez posible. Al final del segundo semestre, los intereses de los primeros clientes subieron al veintitrés por ciento. La cosa iba viento en popa hasta que, al término del cuarto semestre, Emanuele Gargano no apareció. Los empleados de las agencias y los clientes esperaron un par de días y después decidieron llamar a Bolonia, donde hubiera tenido que estar la sede central de la Rey Midas, que era el nombre de la gestora financiera del contable. Nadie contestó al teléfono. Tras efectuar una rápida investigación, descubrieron que los locales de alquiler de la Rey Midas habían sido devueltos a su legítimo propietario, el cual, por su parte, estaba furioso porque llevaba varios meses sin cobrar la renta. Al cabo de una semana de inútiles indagaciones sin que al contable se le viera el pelo ni en Vigàta ni en sus alrededores, y tras numerosos y turbulentos asaltos a las agencias por parte de los inversores, surgieron, a propósito de esta misteriosa desaparición, dos escuelas de pensamiento.

La primera de ellas sostenía que Emanuele Gargano había cambiado de nombre y se había trasladado a una isla de la Polinesia, donde se lo estaba pasando en grande con bellísimas mujeres medio desnudas, burlándose de quienes habían depositado en él su confianza y sus ahorros.

La segunda opinaba que el contable se había aprovechado imprudentemente del dinero de algún mafioso y estaba criando malvas un par de metros bajo tierra o bien sirviendo de alimento a los peces del mar.

En toda Montelusa y provincia solo había una mujer que pensaba otra cosa. Una sola, llamada Mariastella Cosentino.

Cincuentona, achaparrada y poco agraciada, Mariastella se había presentado para un puesto de trabajo en la agencia de Vigàta y, tras una

entrevista tan corta como intensa con el contable en persona, había sido contratada. Una entrevista muy corta, pero bastó para que la mujer se enamorara perdidamente de su jefe. Y aquel puesto de trabajo, que era el segundo para Mariastella —pues se había pasado muchos años ejerciendo de ama de casa tras haber obtenido el título de contable para ayudar primero a su padre y a su madre y después solo a su padre, cada vez más quisquilloso hasta que murió—, había sido también su primer amor, ya que su familia la había prometido cuando nació a un primo lejano a quien solo había visto en fotografía y jamás en persona, pues el pobre había muerto muy joven a causa de una enfermedad desconocida. Esa vez la cosa era distinta, porque Mariastella había podido ver muchas veces a su amor vivito y coleando, y una mañana tan de cerca que incluso aspiró el aroma de su loción para después del afeitado. Entonces se atrevió a hacer algo que jamás habría imaginado poder hacer: tomó el autobús, se desplazó a Fiacca, donde una familiar suya tenía una perfumería, y, aspirando el aroma de una serie de frascos hasta que le dolió la cabeza, consiguió identificar la loción para después del afeitado que utilizaba su amor. Entonces compró un frasquito, que guardaba en la mesilla de noche. Cuando se despertaba sola en su cama, sola en su enorme casa vacía, y se sentía invadida por una sensación de desconsuelo, destapaba el frasco, aspiraba el perfume y, de esta manera, conseguía conciliar el sueño, murmurando: «Buenas noches, amor mío».

Mariastella estaba convencida de que el contable Emanuele Gargano no había huido con el dinero que los clientes habían depositado en sus manos y menos aún que había sido liquidado por la mafia a causa de algún error. Interrogada por Mimì Augello (Montalbano no había querido intervenir en la investigación porque decía que él de cuestiones de dinero no entendía ni torta), la señorita Cosentino había dicho que, a su juicio, el contable había sido víctima de una amnesia transitoria y que el día menos pensado aparecería para acallar las malas lenguas. Y lo había dicho con una vehemencia tan lúcida que el propio Augello había corrido el peligro de creérselo.

Amparada por su firme creencia en la honradez del contable, Mariastella abría cada mañana el despacho y allí se ponía a esperar el regreso de su amor. En el pueblo todos se burlaban de ella. Todos los que no tenían asuntos

pendientes con el contable, claro, porque los demás, los que habían perdido el dinero, aún no estaban en condiciones de reírse. La víspera, Montalbano había averiguado por medio de Gallo que la señorita Cosentino había ido al banco a pagar de su propio bolsillo el alquiler del local. Así que, ¿por qué la había tomado con ella, pobrecita, el tío que la estaba amenazando con un revólver, ella que en aquel asunto no tenía absolutamente nada que ver? Y, además, ¿por qué había tenido el acreedor aquella salida ingeniosa tan tardía, un mes después de la desaparición, es decir, cuando todas las víctimas del contable Gargano ya estaban más calmadas? Montalbano, que pertenecía a la primera escuela de pensamiento, la que afirmaba que el contable se había largado tras dejarlos a todos jodidos, se compadecía de Mariastella Cosentino. Cada vez que pasaba por delante de la agencia y la veía decorosamente sentada detrás de la ventanilla al otro lado del cristal, se le encogía de tal manera el corazón que el malestar le duraba todo el día.

Delante de la agencia de la Rey Midas había unas treinta personas que conversaban animadamente y gesticulaban muy alteradas, mantenidas a raya por tres guardias municipales. Al ver al comisario, lo reconocieron y lo rodearon.

—¿Es verdad que hay un hombre armado en el despacho?

—¿Quién es, quién es?

Montalbano se abrió paso a gritos y a codazos hasta que por fin llegó a la puerta de entrada. Allí se detuvo, un poco sorprendido. Dentro estaban, pues los reconoció de espaldas, Mimì Augello, Fazio y Galluzzo, y parecían interpretar una curiosa danza mímica: ora inclinaban el tronco a la derecha, ora lo inclinaban a la izquierda, ora daban un paso al frente, ora lo daban atrás. Abrió sin hacer ruido la puerta de cristal y pudo contemplar mejor la escena. El despacho constaba de una sola y espaciosa sala dividida por la mitad por un pequeño tabique de madera sobre el cual se levantaba un panel de cristal en el que se abría la ventanilla. Al otro lado del tabique había cuatro escritorios vacíos. Mariastella Cosentino estaba sentada como de costumbre detrás de la ventanilla, con el rostro muy pálido, pero serena y tranquila. Las

dos zonas del despacho se comunicaban por medio de una puertecita de madera abierta en el mismo tabique.

El asaltante o lo que fuera, Montalbano no sabía cómo definirlo, se encontraba de pie justo en el hueco de la puerta, para poder apuntar simultáneamente tanto a la empleada como a los tres representantes de la policía. Era un anciano octogenario a quien el comisario reconoció de inmediato, el querido aparejador Salvatore Garzullo. En parte por la tensión nerviosa y en parte debido a un Alzheimer bastante avanzado, el revólver que el aparejador empuñaba, perteneciente sin duda a la época de Buffalo Bill y los sioux, bailaba tanto que, cuando apuntaba a uno de los hombres de la comisaría, todos se espantaban porque era imposible calcular adónde iría a parar el posible disparo.

—¡Quiero el dinero que ese hijo de la gran puta me ha robado! ¡Si no, me cargo a la empleada!

El aparejador llevaba más de una hora gritando la misma frase, ni una palabra más ni una menos, y ya estaba cansado, se había quedado ronco y, más que hablar, parecía que estuviera haciendo gárgaras.

Montalbano se adelantó decididamente tres pasos, dejando atrás a sus hombres, y le tendió la mano al viejo, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Mi querido aparejador! ¡Cuánto me alegro de verlo! ¿Qué tal está?

—No del todo mal, gracias —contestó Garzullo, perplejo.

Pero se recuperó enseguida en cuanto vio que Montalbano estaba a punto de dar otro paso hacia él.

—¡No se mueva o disparo!

—¡Señor comisario, por el amor de Dios, no se exponga! —terció con voz firme la señorita Cosentino—. ¡Si alguien se tiene que sacrificar por el contable Gargano, aquí me tienen, estoy preparada!

En lugar de echarse a reír ante aquella ocurrencia tan melodramática, Montalbano se cabreó. Si en aquel momento hubiera tenido delante al contable, le habría partido la cara a tortazos.

—¡No diga bobadas! ¡Aquí no se tiene que sacrificar nadie!

Después, dirigiéndose al aparejador, dio comienzo a su improvisada interpretación.

—Disculpe, señor Garzullo, pero, usted anoche, ¿dónde estaba?

—¿Y a usted qué coño le importa? —replicó belicosamente el viejo.

—Por su propio bien, haga el favor de contestarme.

El aparejador apretó los labios, pero al final decidió abrir la boca.

—Acababa de regresar a mi casa de aquí. Me he pasado cuatro meses en el hospital de Palermo, donde me enteré de que el contable se había largado con mi dinero, ¡todo lo que tenía después de una vida entera dedicada al trabajo!

—¿O sea, que anoche no encendió el televisor?

—No me apetecía sentarme a escuchar idioteces.

—¿Lo ve? ¡Por eso no sabe nada! —dijo Montalbano con aire triunfal.

—¿Y qué es lo que tendría que saber? —preguntó aturdido Garzullo.

—Que el contable Gargano ha sido detenido.

Miró por el rabillo del ojo a Mariastella. Esperaba un grito, una reacción de la clase que fuera, pero la mujer se había quedado inmóvil como una estatua, más confusa que convencida.

—¿De veras? —preguntó el aparejador.

—Le doy mi palabra de honor —contestó Montalbano como el gran actor que era—. Lo han detenido y le han embargado doce enormes maletas llenas a rebosar de dinero. Esta mañana mismo en la Jefatura Superior de Montelusa dará comienzo la devolución del dinero a los inversores estafados. ¿Tiene usted el recibo de lo que le entregó a Gargano?

—¡Cómo no! —contestó el viejo, golpeándose con la mano libre el bolsillo de la chaqueta donde se suele guardar el billetero.

—Pues entonces no hay problema, todo arreglado —dijo Montalbano.

Se acercó al anciano, le quitó el revólver de la mano y lo depositó sobre el mostrador.

—¿Puedo ir mañana a la Jefatura? —preguntó Garzullo—. No me encuentro muy bien.

Y se habría desplomado si el comisario no se hubiera apresurado a sostenerlo.

—Fazio, Galluzzo, rápido, metedlo ahora mismo en el coche y llevadlo al hospital.

Ambos levantaron al viejo. Al pasar por delante del comisario, el aparejador consiguió decir:

—Gracias por todo.

—Faltaría más, por Dios —contestó Montalbano, sintiéndose el más miserable de los miserables.

Dos

Entretanto, Mimì se había apresurado a socorrer a la señorita Mariastella, que, a pesar de estar sentada, había empezado a oscilar como un árbol azotado por el viento.

—¿Quiere que le vaya a buscar algo al bar?

—Un vaso de agua, gracias.

En aquel momento oyeron, procedente del exterior, una ensordecedora salva de aplausos y gritos de: «¡Bravo! ¡Viva el aparejador Garzullo!». Estaba claro que entre la muchedumbre había muchas personas estafadas por Gargano.

—Pero ¿por qué la toman tanto con él? —preguntó la mujer mientras salía Mimì. No paraba de retorcerse las manos y su rostro, antes pálido, estaba por reacción más colorado que un tomate.

—Bueno, algún motivo puede que tengan —contestó diplomáticamente el comisario—. Usted sabe mejor que yo que el contable ha desaparecido.

—De acuerdo, pero ¿por qué hay que pensar enseguida en algo malo? Puede haber perdido la memoria por culpa de un accidente de tráfico, de una caída, cualquier cosa... Yo me tomé la libertad de telefonar... —Dejó la frase sin terminar y movió la cabeza con desconsuelo—. Nada —dijo como si diera por concluido un pensamiento.

—Dígame a quién telefoneó.

—¿Usted ve la televisión?

—A veces. ¿Por qué?

—Me habían dicho que hay un programa que se llama «¿Quién lo ha visto?» y que trata sobre personas desaparecidas. Conseguí el número y...

—Entiendo. ¿Qué le dijeron?

—Que no podían hacer nada porque yo no estaba en condiciones de facilitarles los datos indispensables: edad, lugar de la desaparición, fotografía, cosas de este tipo.

Se hizo el silencio. Las manos de Mariastella se habían convertido en un solo nudo inextricable. Por un instante, el condenado instinto de policía de Montalbano, que estaba tumbado dormitando, se despertó de golpe vete tú a saber por qué.

—También debe tener en cuenta, señorita, la desaparición del dinero junto con el contable. Se trata de miles de millones, ¿sabe?

—Lo sé.

—¿Usted no tiene ni la menor idea de dónde...?

—Yo sé que invertía el dinero. En qué y dónde, lo ignoro.

—¿Y él y usted...?

El rostro de Mariastella se convirtió en una llamarada de fuego.

—¿Qué... qué quiere decir?

—¿Él y usted han tenido algún contacto después de la desaparición?

—Si lo hubiéramos tenido, se lo habría dicho al señor Augello. Es él quien me interrogó. Y le repito lo que le dije a su subcomisario: Emanuele Gargano es un hombre que tiene un solo objetivo en la vida: hacer felices a los demás.

—No tengo la menor dificultad en creerla —dijo Montalbano.

Y era sincero. En efecto, estaba convencido de que el contable Gargano seguía haciendo felices a putas de altos vuelos, barmans, directores de casinos y vendedores de coches de lujo en alguna isla perdida de la Polinesia.

Mimì Augello regresó con una botella de agua mineral, unos vasos de plástico y el móvil pegado a la oreja.

—Sí, señor, sí, señor, ahora mismo se lo paso. —Le ofreció el artilugio al comisario—. Es para ti. El jefe superior.

¡Vaya por Dios, menuda lata! Las relaciones entre Montalbano y el jefe superior Bonetti-Alderighi no se podían definir precisamente como cordiales y basadas en el mutuo aprecio y la simpatía.

Si el jefe lo llamaba por teléfono, significaba que tenía algún asunto desagradable que discutir. Y, en aquel momento, él no estaba de humor para eso.

—A sus órdenes, señor jefe superior.

—Venga inmediatamente.

—Dentro de una horita como máximo estaré...

—Montalbano, usted es siciliano, pero, por lo menos en la escuela, habrá estudiado el italiano. ¿Entiende el significado del adverbio «inmediatamente»?

—Espere un momento que lo repaso. Ah, sí. Significa «sin interposición de lugar o de tiempo». ¿He acertado, señor jefe superior?

—No se haga el gracioso. Dispone exactamente de media hora para llegar a Montelusa.

Y cortó la comunicación.

—Mimì, tengo que ir a ver al jefe superior enseguida. Coge el revólver del aparejador y llévalo a la comisaría. Señorita Cosentino, permítame un consejo: cierre ahora mismo este despacho y váyase a casa.

—¿Por qué?

—Verá, dentro de poco todo el pueblo se enterará de la ocurrencia del señor Garzullo. Y no se puede descartar que algún imbécil quiera repetir la hazaña, solo que esta vez podría tratarse de alguien más joven y más peligroso.

—No —dijo con firmeza Mariastella—. Yo no abandono este puesto. ¿Y si, por casualidad, vuelve el contable y no encuentra a nadie?

—¡Imagínese qué desilusión! —dijo Montalbano, enfurecido—. Y otra cosa: ¿va usted a presentar una denuncia contra el señor Garzullo?

—De ninguna manera.

—Mejor así.

El denso tráfico que había en la carretera de Montelusa empeoró el humor de Montalbano. Además, el comisario se sentía incómodo porque le escocía la arena que tenía entre los calcetines y la piel y bajo el cuello de la camisa. A unos cien metros a mano izquierda y, por tanto, en dirección contraria a la suya, se encontraba El Descanso del Camionero, donde hacían un café de primera. Al llegar casi a la altura del local, puso el intermitente y giró. Estalló un cataclismo, un guirigay de frenazos, bocinas, gritos, insultos y tacos.

Milagrosamente, consiguió llegar indemne a la explanada del local, bajó y entró. Lo primero que vio fue a dos personas a las que reconoció de inmediato a pesar de que se encontraban casi de espaldas. Eran Fazio y Galluzzo, tomándose una copichuela de coñac por barba, o eso por lo menos le pareció a él. ¿Un coñac a aquella hora de la mañana? Se situó entre ambos y pidió al camarero un café. Al reconocer su voz, Fazio y Galluzzo se volvieron de golpe.

—A vuestra salud —dijo Montalbano.

—No..., es que... —empezó a justificarse Galluzzo.

—Estábamos un poco pasmados —dijo Fazio.

—Necesitábamos tomarnos algo un poco fuerte —remachó Galluzzo.

—¿Pasmados? ¿Y eso por qué?

—Ha muerto el pobre aparejador Garzullo. Ha sufrido un infarto — explicó Fazio—. Cuando llegamos al hospital, estaba inconsciente. Llamamos a los enfermeros y se lo llevaron corriendo adentro. Nada más aparcar el coche, entramos y nos dijeron que...

—Nos ha impresionado —dijo Galluzzo.

—Pues a mí también me está impresionando —comentó Montalbano—. Haced una cosa, averigüad si tenía familia, y si no la tenía buscad a algún amigo íntimo. Ya me diréis algo cuando vuelva de Montelusa.

Fazio y Galluzzo saludaron a su jefe y se marcharon. Montalbano se bebió con calma el café y después recordó que El Descanso también era famoso porque vendía un queso de cabra que nadie sabía quién lo hacía pero que era exquisito. Al momento le entró hambre y se desplazó hacia la parte de la barra donde, además del queso, se exponía salami, morcillas de cabeza de cerdo hervida y salchichas. Estaba a punto de ceder a la tentación, pero consiguió reprimirse y se limitó a comprar un queso pequeño. Cuando trató de entrar en la carretera desde la explanada, comprendió que no le iba a resultar fácil, pues la hilera de coches y camiones era compacta y no presentaba ninguna brecha. Tras una espera de cinco minutos, vio un hueco y se metió. Circuló sin poder quitarse de la cabeza el germen de un pensamiento al que no conseguía dar forma, y eso lo cabreaba. Y así, sin darse ni cuenta, se encontró de nuevo en Vigàta.

¿Qué iba a hacer? ¿Echarse de nuevo a la carretera de Montelusa y llegar a Jefatura con retraso? Como ya todo estaba perdido, decidió irse a su casa de Marinella, ducharse, cambiarse y después, limpio y fresco, presentarse ante el jefe superior con la cabeza despejada. Justo cuando se encontraba bajo el chorro de la ducha se le aclaró el pensamiento. Aproximadamente media hora después detuvo su vehículo delante de la comisaría, bajó y entró. Y, nada más entrar, lo ensordeció un grito de Catarella, aunque, más que un grito, fue una cosa intermedia entre un ladrido y un relincho.

—¡Aaaaaah, *dottori, dottori!* ¿Está aquí? ¿Está aquí, *dottori!*?

—Sí, Catarè, estoy aquí. ¿Qué ocurre?

—¡Pues ocurre que el *signor* jefe superior está armando la gorda, *dottori!* ¡Cuatro veces ha llamado! ¡Cada vez más furioso!

—Pues dile que se calme.

—¡*Dottori!*, yo jamás en la vida me atrevería a hablarle así al *signor* jefe superior. ¡Eso sería una falta de respeto muy grande! ¿Qué le digo si llama de nuevo nuevamente?

—Que no estoy.

—¡Eso nunca, Dios mío! ¡No le puedo contar una trola, una mentira tan grande al *signor* jefe superior!

—Pues entonces se lo pasas al señor Augello.

Abrió la puerta del despacho de Mimì.

—¿Qué quería el jefe?

—No lo sé, aún no he ido.

—¡Virgen santísima! ¡Habrá que oírle, a ese!

—Pues lo vas a oír tú. Llámalo y dile que, mientras me dirigía a toda prisa a reunirme con él, me he salido de la carretera por exceso de velocidad. Nada grave, tres puntos en la frente. Dile que, si me encuentro mejor, iré a verlo por la tarde. Dale palique hasta que lo marees. Y después me cuentas.

Entró en su despacho e inmediatamente apareció Fazio.

—Quería decirle que hemos localizado a una nieta del aparejador Garzullo.

—Os felicito. ¿Cómo lo habéis hecho?

—No hemos hecho nada, *dottore*. Es ella la que se ha presentado. Estaba preocupada porque esta mañana, cuando fue a verlo, no lo encontró en casa.

Esperó y después decidió venir aquí. Le he tenido que dar la triple y terrible noticia.

—¿Por qué triple?

—Verá usted, *dottore*. Uno: no sabía que su abuelo había perdido todos sus ahorros con el contable Gargano; dos: no sabía que su abuelo había montado una escena de película de gánsteres, y tres: no sabía que su abuelo había muerto.

—¿Cómo ha reaccionado, pobrecita?

—Mal, sobre todo al enterarse de que al abuelo le habían birlado el dinero que había ahorrado y que le habría correspondido a ella en herencia.

Se retiró Fazio y entró Mimì, secándose el sudor del cuello con un pañuelo.

—¡Me las ha hecho pasar putas, el jefe! Al final, me ha dicho que te diga que, si no estás a punto de morir, te espera esta tarde.

—Mimì, siéntate y cuéntame todo este asunto del contable Gargano.

—¿Ahora?

—Ahora. ¿Acaso tienes prisa?

—No, pero es una historia muy enredada.

—Pues desenrédamela.

—Muy bien. Pero piensa que yo solo te puedo contar de la misa la media, pues nos hemos encargado exclusivamente de la parte que nos corresponde por orden del jefe; el grueso de la investigación correrá a cargo del señor Guarnotta, el gran especialista en estafas.

Y, mirándose a los ojos, no consiguieron reprimir una sonora carcajada, pues era bien sabido que a Amelio Guarnotta dos años atrás lo habían convencido para que adquiriera un considerable número de acciones de una empresa encargada de convertir el Coliseo de Roma, tras su privatización, en un aparthotel de lujo.

—Vamos allá. Emanuele Gargano nació en Fiacca en febrero de mil novecientos sesenta y obtuvo el diploma de contable en Milán.

—¿Por qué en Milán? ¿Acaso sus padres se habían trasladado allí?

—No, sus padres se habían trasladado al cielo por culpa de un accidente de tráfico. Y entonces, como era hijo único, fue adoptado por un hermano de su padre, soltero y director de un banco. Con la ayuda de su tío, después de

sacarse el diploma de contabilidad entró a trabajar en el mismo banco. Diez años más tarde, al morir su protector, pasó a una agencia inmobiliaria, donde demostró su valía. Hace tres años abandonó la agencia e inauguró en Bolonia la Rey Midas, de la cual es titular. Y aquí hay la primera cosa rara. Por lo menos, eso me han dicho, porque esta parte no era asunto nuestro.

—¿Qué es esta cosa rara?

—En primer lugar, que la plantilla de la Rey Midas de Bolonia estaba integrada por una sola empleada, algo parecido a nuestra señorita Cosentino, y que el volumen de negocios de la gestora correspondía a algo así como dos mil millones de liras en tres años. Una auténtica miseria.

—Una tapadera.

—Claro. Pero una tapadera preparatoria, dada la descomunal estafa que el contable iba a organizar más tarde por estas tierras.

—¿Me quieres explicar bien esta estafa?

—Muy fácil. Supongamos que me confías un millón para que lo invierta y te dé un buen interés. Al cabo de seis meses, te entrego doscientas mil liras de beneficio, el veinte por ciento. Es un porcentaje muy alto, y se corre la voz. Aparece otro amigo tuyo y me confía su millón. Al término del segundo semestre, te doy otras doscientas mil liras y otras tantas a tu amigo. Llegado a este punto, decido esfumarme. He ganado un millón cuatrocientas mil liras. Réstale cuatrocientas mil de gastos y la conclusión es que me he metido en el bolsillo un millón neto. Resumiendo, según Guarnotta se ha embolsado más de veinte mil millones de liras.

—Coño. Todo por culpa de la televisión —dijo Montalbano.

—¿Qué pinta aquí la televisión?

—Pinta mucho. No hay telediario que no te bombardee con la Bolsa, el Nasdaq, el Dow Jones, el Mibtel, la Pollatel... La gente se impresiona, no entiende ni torta, sabe que se corren riesgos pero que se puede ganar, y se arroja en brazos del primer estafador que pasa: deja que yo también participe en el juego, déjame participar... En fin, ¿qué idea te has formado?

—Mi idea, que es también la de Guarnotta, es que entre los clientes más gordos debía de haber algún mafioso, el cual, al verse estafado, lo liquidó.

—¿O sea, que tú, Mimì, no perteneces a la escuela de pensamiento según la cual Gargano se lo está pasando en grande en una isla de los mares del

Sur?

—No. ¿Y tú qué piensas?

—Yo pienso que tú y Guarnotta sois un par de gilipollas.

—¿Y por qué?

—Ahora te lo explico. Pero, antes, intenta convencerme de que existe un mafioso tan imbécil que no es capaz de darse cuenta de que lo de Gargano es una estafa de lo más vulgar. En todo caso, el mafioso lo habría obligado a aceptarlo como socio mayoritario. Además, ¿cómo se las habría arreglado ese hipotético mafioso para adivinar que el contable estaba a punto de estafarlo?

—No te entiendo.

—Somos un pelín lentitos, ¿verdad, Mimì? Reflexiona. ¿Cómo habría podido adivinar el mafioso que Gargano no se presentaría para el pago de los intereses? ¿Cuándo lo vieron por última vez?

—Ahora no me acuerdo muy bien, hace un mes aproximadamente, en Bolonia. Le dijo a la empleada que al día siguiente se iría a Sicilia.

—¿Cómo?

—Que se iría a Sicilia —repitió Augello.

Montalbano descargó un manotazo sobre la mesa.

—¿Pero es que lo de Catarella es contagioso? ¿Tú también te estás idiotizando? Te pregunto cómo iba a viajar a Sicilia. ¿En avión? ¿En tren? ¿A pie?

—La empleada no lo sabía. Pero siempre que estaba en Vigàta circulaba con un Alfa ciento sesenta y seis superequipado, de esos que llevan un ordenador en el salpicadero.

—¿Lo han encontrado?

—No.

—Tenía un ordenador en el salpicadero, pero en su despacho no he visto ninguno. Curioso.

—Tenía dos. Los ha mandado retirar Guarnotta.

—¿Y qué ha descubierto?

—Aún están en ello.

—¿Cuántos empleados había en la sucursal de aquí, además de la Cosentino?

—Dos chavales, de esos de hoy en día que lo saben todo de Internet y cosas por el estilo. Uno, Giacomo Pellegrino, es licenciado en Ciencias Económicas; la otra, Michela Manganaro, también está a punto de licenciarse en Económicas. Ambos viven en Vigàta.

—Quiero hablar con ellos. Anótame sus teléfonos. Cuando regrese de Montelusa quiero verlos.

Augello se puso muy serio, se levantó y abandonó la estancia sin despedirse.

Montalbano lo comprendió; Mimì temía que él le arrebatara la investigación. O, peor todavía, pensaba que se le había ocurrido una idea genial que podría encauzar la investigación por el camino apropiado. Pero, en realidad, no era así. ¿Cómo podía decirle a Augello que se basaba en una impresión sin fundamento, en una leve sombra, en una fina telaraña que se podía romper al menor soplo de viento?

En la *trattoria* San Calogero se zampó dos raciones de pescado a la parrilla seguidas, como primer y segundo plato. Después dio un largo paseo digestivo por el muelle hasta llegar al faro. Dudó un instante en sentarse en la roca de costumbre, pero soplaba un viento muy fuerte y frío y, además, pensó, era mejor quitarse de la cabeza el asunto del jefe superior. Al llegar a Montelusa, en lugar de dirigirse de inmediato a la Jefatura, se presentó en la redacción de Retelibera. Le dijeron que Zito, el periodista amigo suyo, estaba fuera, realizando un reportaje. Pero Annalisa, la secretaria para todo, se puso a su disposición.

—¿Han realizado algún reportaje acerca del contable Gargano?

—¿Por su desaparición?

—Y también por lo de antes.

—Hemos hecho montones.

—¿Me podría facilitar los que a usted le parezcan más significativos?
¿Los podría tener mañana por la tarde?

Tras dejar el coche en el aparcamiento de la Jefatura Superior, entró por una puerta lateral y aguardó la llegada del ascensor. Había tres personas esperando. Conocía a una de ellas, un subcomisario, y ambos se saludaron.

Hicieron pasar primero a Montalbano. Cuando ya estaban todos dentro, incluido un sujeto que había llegado corriendo en el último momento, el subcomisario alargó el dedo para pulsar el botón y se quedó paralizado por el grito de Montalbano.

—¡Quieto!

Todos se volvieron a mirarlo, medio asustados, medio perplejos.

—¡Permiso! ¡Permiso! —dijo, abriéndose paso a codazos.

Una vez fuera, corrió a su coche, lo puso en marcha y se fue soltando palabrotas. Había olvidado por completo la trola que Mimì le había contado al jefe, según la cual le habían dado un par de puntos en la frente. Lo único que podía hacer era regresar a Vigàta y pedirle a un amigo farmacéutico que le aplicara un vendaje.

Tres

Regresó a la Jefatura Superior con una ancha venda de gasa alrededor de la cabeza, como un veterano de Vietnam. En la antesala del despacho de Bonetti-Alderighi se encontró con el jefe del gabinete, el señor Lattes, a quien todos llamaban «leches y mieles» por sus modales empalagosos. Lattes se fijó, habría sido imposible no hacerlo, en el llamativo vendaje.

—¿Qué le ha pasado?

—Un pequeño accidente de tráfico. Poca cosa.

—¡Dele las gracias a la Virgen!

—Ya lo he hecho, *dottore*.

—¿Y qué tal la familia, mi queridísimo amigo? ¿Todos bien?

Hasta los cerdos y los perros sabían que Montalbano era huérfano, no estaba casado y ni siquiera tenía hijos de extranjería. Y, sin embargo, Lattes siempre le hacía la misma puñetera pregunta. Y el comisario a su vez, con ejemplar obstinación, jamás lo defraudaba.

—Todos muy bien, gracias a la Virgen. ¿Y su familia?

—También, gracias al Cielo —contestó Lattes, aprovechando complacido la posibilidad de variación que Montalbano le brindaba. Acto seguido, preguntó—: ¿Qué le trae por aquí?

Pero ¿cómo? ¿El jefe no le había dicho nada acerca de aquella reunión a su jefe de gabinete? ¿Tan reservado era el asunto?

—Me llamó el señor Bonetti-Alderighi. Quiere verme.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Lattes—. Anuncio ahora mismo su llegada al señor jefe superior.

Llamó discretamente a la puerta del jefe, entró y la cerró; poco después esta se volvió a abrir y apareció Lattes con el rostro demudado y serio.

—Entre —dijo.

Al pasar por delante de él, Montalbano trató de mirarlo a los ojos, pero no lo consiguió, pues el jefe de gabinete mantenía la cabeza gacha. Coño, la cosa debía de ser muy grave. ¿Qué habría hecho de malo? Entró, Lattes cerró la puerta a su espalda y Montalbano tuvo la sensación de que la tapa de un ataúd había caído sobre él.

El jefe superior, que cada vez que lo recibía montaba una escenografía creada a propósito, esa vez había echado mano de unos efectos luminosos especiales que parecían sacados de una película en blanco y negro de Fritz Lang. Las contraventanas estaban rigurosamente cerradas, a excepción de una lama a través de la cual un rayo de sol dividía la estancia en dos partes. La única fuente de luz era una pequeña lámpara de mesa en forma de seta que iluminaba los papeles del escritorio del jefe, pero dejaba su rostro envuelto en las sombras. Al ver el montaje, el comisario entendió de inmediato que estaba a punto de ser sometido a un interrogatorio a medio camino entre los de la Santa Inquisición y los de las SS.

—Venga.

El comisario se adelantó. Delante del escritorio había dos sillas, pero Montalbano no se sentó, cosa, por otra parte, que el jefe no le había invitado a hacer. Y tampoco saludó a Bonetti-Alderighi, quien, a su vez, tampoco lo había saludado a él. El jefe superior siguió leyendo los papeles que tenía delante.

Transcurrieron cinco minutos largos. Entonces el comisario decidió pasar al contraataque; como no tomara la iniciativa, aquel era capaz de dejarlo varias horas de pie y privado no solo de luz sino también de explicaciones. Se introdujo una mano en el bolsillo, sacó una cajetilla de cigarrillos, cogió uno, se lo colocó entre los labios y encendió el mechero. El jefe superior se levantó de un salto de la silla; la llamita le había causado el mismo efecto que un tiro de lupara.

—¿Qué hace? —gritó, levantando aterrado los ojos de los papeles.

—Me estoy encendiendo un cigarrillo.

—¡Haga el favor de apagarlo! ¡Aquí está terminantemente prohibido fumar!

Sin abrir la boca, el comisario apagó el mechero, aunque siguió teniéndolo a mano, de la misma manera que mantuvo el cigarrillo entre los

labios. Pero había obtenido el resultado que buscaba, pues el jefe superior, asustado ante la amenaza del mechero listo para entrar en acción, abordó el tema.

—Montalbano, me he visto obligado, por desgracia, a meter la nariz en algunos expedientes relacionados con una maloliente investigación de hace unos años, cuando yo no era todavía el jefe superior de policía de Montelusa.

—Usted tiene una nariz demasiado sensible para el oficio que desempeña.

El comentario se le había escapado, no había conseguido reprimirlo. Se arrepintió al momento. Vio que las manos de Bonetti-Alderighi se acercaban al cono de luz de la lámpara y agarraban con fuerza el borde del escritorio con los nudillos violáceos a causa del esfuerzo por dominarse. Montalbano se temió lo peor, pero el jefe se contuvo y siguió hablando con la voz muy tensa.

—Se trata de la investigación acerca de una prostituta tunecina, hallada posteriormente muerta, que tenía un hijo llamado François.

El nombre del chiquillo se le clavó como un estilete en el centro del corazón. ¡Dios santo, François! ¿Cuánto tiempo hacía que no lo veía? Sin embargo, hizo el esfuerzo de prestar atención a las palabras del jefe superior; no quería dejarse arrastrar por la oleada de sentimientos que lo había asaltado para no perder la posibilidad de defenderse, pues estaba claro que Bonetti-Alderighi iba a pasar a las acusaciones. Trató de recordar todos los detalles de aquella lejana investigación. ¿A que Lohengrin Pera, aquel cabrón del servicio secreto, había encontrado el medio de vengarse después de tantos años?

Pero las palabras que el jefe superior pronunció a continuación lo descolocaron.

—Parece ser que usted, en un primer momento, tenía intención de casarse y adoptar a aquel niño. ¿Es cierto o no?

—Sí, es cierto —contestó el comisario, perplejo.

¿Qué coño tenían que ver sus asuntos personales con el caso? ¿Y cómo se las había arreglado Bonetti-Alderighi para averiguar aquellos detalles?

—Bien. Más tarde, por lo visto, usted cambió de idea a propósito de la adopción del niño. Así que François fue confiado a una hermana de su subcomisario, el señor Domenico Augello. ¿Es así?

Pero ¿adónde quería ir a parar aquel grandísimo cabrón?

—Sí, es así.

Montalbano se estaba poniendo cada vez más nervioso. No entendía por qué le interesaba al jefe superior aquella antigua historia ni desde dónde le llegaría el inevitable golpe.

—Todo en familia, ¿eh?

El tono irónico de Bonetti-Alderighi contenía una insinuación tan clara como inexplicable. ¿Qué le estaba pasando por la cabeza a aquel imbécil?

—Oiga, señor jefe superior, me parece que usted se ha formado una opinión muy concreta acerca de un asunto del cual yo apenas me acordaba. De todos modos, le ruego que reflexione muy bien sobre las palabras que está a punto de dirigirme.

—¡No se atreva usted a amenazarme! —gritó histérico Bonetti-Alderighi, descargando un fuerte puñetazo sobre el escritorio, que reaccionó con un «crac»—. Adelante, dígame: ¿qué fue de la libreta?

—¿Qué libreta?

Sinceramente, no recordaba ninguna libreta.

—¡No se haga el sueco, Montalbano!

Fueron justo aquellas palabras, «no se haga el sueco», las que lo hicieron estallar. Odiaba los tópicos, las frases hechas; le atacaban irremediablemente los nervios.

Esa vez fue él quien descargó un puñetazo sobre el escritorio, que reaccionó haciendo «crac crac».

—Pero ¿de qué coño de libreta me está hablando, me cago en la puta?

—¡Uy, uy, uy! —exclamó el jefe, soltando una risita—. El que se pica, ajos come, Montalbano.

El comisario tuvo la certeza de que si, después del sueco y los ajos, el jefe superior le soltaba otra frase de aquel tipo, lo agarraría por el cuello y lo estrangularía. Milagrosamente, consiguió no reaccionar, no abrir la boca.

—Pero, antes de la libreta —prosiguió diciendo el jefe superior—, hablemos del niño, del hijo de la prostituta. Usted, sin avisar a nadie, se llevó al huérfano a su casa. ¡Pero eso es un secuestro de un menor, Montalbano! Hay un tribunal para eso, ¿o acaso no lo sabe? Hay jueces especiales para los menores, ¿o acaso no lo sabe? ¡Usted tenía que cumplir la ley, no eludirla! ¡Cualquiera diría que estamos en el Lejano Oeste! —Exhausto, el jefe

superior hizo una pausa. Montalbano no dijo nada—. ¡Y aún hay más! ¡No contento con su hazaña, va y le regala el niño a la hermana de su subcomisario, como si fuera un objeto cualquiera! ¡Eso es propio de personas sin corazón, es de juzgado de guardia! Pero de esta parte de la historia ya hablaremos después. Hay algo peor. La prostituta era titular de una libreta de ahorro a la vista con un depósito de quinientos millones de liras. En determinado momento, esa libreta pasó por sus manos. ¡Y después desapareció! ¿Qué fue de ella? ¿Se repartió el dinero con su amigo y cómplice Domenico Augello?

Muy despacio, Montalbano apoyó la mano sobre el escritorio, muy despacio inclinó el tronco hacia delante y muy despacio metió la cabeza en el cono de luz de la lámpara. Bonetti-Alderighi se asustó. El rostro del comisario, con solo una mitad iluminada, parecía una máscara africana de esas que los nativos se colocan antes de los sacrificios humanos. Y entre África y Sicilia hay muy poca distancia, pensó de inmediato el aterrorizado jefe de policía. El comisario lo miró fijamente y después habló en un lento susurro.

—Te lo digo de hombre a hombre. Deja en paz al chiquillo, déjalo fuera de esta historia. ¿Me he explicado? Fue debidamente adoptado por la hermana de Augello y por su marido. Déjalo fuera. Para tus venganzas personales, para tus cabronadas, me basto yo solo. ¿De acuerdo?

El jefe superior no contestó; el miedo y la rabia le impedían hablar.

—¿De acuerdo? —volvió a preguntar Montalbano.

Cuanto más baja y lenta era la voz, tanto más Bonetti-Alderighi intuía su violencia a duras penas reprimida.

—De acuerdo —terminó diciendo con un hilillo de voz.

Montalbano volvió a enderezar la espalda y su rostro se apartó de la luz.

—¿Puedo preguntarle, señor jefe superior, cómo consiguió todas estas informaciones?

El repentino cambio de tono de voz de Montalbano, formal y ligeramente servil, sorprendió tanto al jefe superior que le hizo decir lo que no tenía intención de decir.

—Me han escrito.

Montalbano lo comprendió de inmediato.

—Un anónimo, ¿verdad?

—Bueno, digamos que no estaba firmado.

—¿Y no le da vergüenza? —dijo el comisario, dando media vuelta para encaminarse hacia la puerta sin prestar atención al grito del jefe superior.

—¡Montalbano, vuelva aquí enseguida!

Él no era un perro que obedecía órdenes. Se arrancó de la cabeza el inútil vendaje, dominado por la furia. En el pasillo se tropezó con el señor Lattes, el cual balbuceó:

—Me... me pa... parece que el señor jefe superior lo está llamando.

—A mí también me lo parece.

En aquel momento, Lattes se dio cuenta de que Montalbano ya no llevaba el vendaje y de que su frente estaba intacta.

—¡Se ha curado!

—¿Acaso no sabe que el jefe superior es un taumaturgo?

Lo más bonito de todo aquel asunto, pensó mientras se dirigía a Marinella con las manos contraídas sobre el volante, era que no la había tomado con el que había escrito el anónimo, seguramente una venganza a la chita callando de Lohengrin Pera, el único capaz de reconstruir la historia de François y su madre. Y tampoco la había tomado con el jefe superior. La rabia la experimentaba contra sí mismo. ¿Cómo era posible que se hubiera olvidado por completo de la libreta de ahorro con los quinientos millones de liras? Se la había entregado a un notario amigo suyo, eso lo recordaba muy bien, para que administrara el dinero y lo entregara a François en cuanto este alcanzara la mayoría de edad. Recordaba, aunque muy vagamente, que unos diez días después de su visita al notario, este le había enviado un recibo. Pero no sabía dónde lo había guardado. Y lo peor era que él jamás había hablado de la existencia de aquella libreta ni a Mimì Augello ni a su hermana. Lo cual significaba que Mimì, ajeno a los hechos, podía ser implicado por la fértil imaginación de Bonetti-Alderighi, pese a ser tan inocente como Jesucristo.

En menos de una hora, transformó su casa en un apartamento visitado por hábiles y conciencudos ladrones: todos los cajones del escritorio, sacados de sus compartimientos, y los papeles que contenían, esparcidos por el suelo, donde había libros abiertos, hojeados y maltratados. Las dos mesillas de noche del dormitorio también estaban abiertas, al igual que el armario y la cómoda de siete cajones, con la ropa que estos contenían esparcida por encima de la cama y sobre las sillas. Montalbano buscó desesperadamente, cada vez más convencido de que jamás conseguiría encontrar lo que buscaba. Justo cuando ya había perdido la esperanza, en el interior de una caja que guardaba en el último cajón de la cómoda, junto con una fotografía de su madre —desaparecida antes de que él pudiera conservar en el recuerdo la imagen de cuando ella vivía—, una fotografía de su padre y algunas de las pocas cartas que este le había escrito, encontró el sobre que le había enviado el notario, lo abrió, sacó el documento, lo leyó, lo volvió a leer, salió de casa, subió a su coche, recordó que en una de las primeras casas de Vigàta había un estanco que tenía fotocopiadora, fotocopió la hoja, volvió a subir a su vehículo, regresó a Marinella, él mismo se asustó del desastre que había armado en casa, buscó una hoja y un sobre soltando maldiciones, los encontró, se sentó junto a su escritorio y escribió:

Ilustre señor jefe superior de policía de Vigàta:

Dada su tendencia a prestar atención a los anónimos, no pienso firmar esta carta. Le adjunto copia del recibo del notario Giulio Cosentino que aclara la situación del comisario señor Salvo Montalbano. Como es natural, el original se encuentra en posesión de quien esto escribe y se puede mostrar a requerimiento.

Firmado: un amigo

Volvió a subir a su coche, se dirigió a Correos, envió la carta certificada y con acuse de recibo, salió, se inclinó para abrir la portezuela y se quedó petrificado en aquella posición como cuando a uno lo asalta de repente uno de esos dolores de espalda tan fuertes que, al mínimo movimiento, experimenta una terrible puñalada y lo único que puede hacer es quedarse quieto tal como está, a la espera de que algún milagro haga desaparecer el mal. La causa del espasmo del comisario había sido la visión de una mujer que evidentemente se dirigía a la charcutería cercana. Era la señorita Mariastella Cosentino, la vestal del templo del contable Gargano, que, tras

haber cerrado el despacho al término del horario vespertino, se disponía a hacer la compra antes de regresar a casa. La contemplación de Mariastella Cosentino le trajo a la mente un pensamiento terrorífico, seguido de una pregunta todavía más terrorífica: el notario, por desgracia, ¿no habría invertido el dinero de François en la empresa del contable Gargano? En caso afirmativo, a aquella hora el dinero ya se habría volatilizado por los caminos de los mares del Sur, de lo cual se deducía no solo que el chiquillo ya no cobraría ni una lira de la herencia de su madre sino también que él, Montalbano, tras haber enviado la provocadora carta al jefe superior de policía, las pasaría canutas para justificar la desaparición del dinero y, por mucho que dijera que él no tenía nada que ver con aquel asunto, el jefe no lo creería y lo menos que pensaría sería que había llegado a un acuerdo con el notario para repartirse los quinientos millones de liras del pobre huérfano.

Consiguió desentumecerse, abrir la portezuela y salir disparado, derrapando como suelen hacer la policía y los imbéciles, en dirección al despacho del notario Cosentino. Subió corriendo los dos tramos de escalera y se quedó casi sin resuello. La puerta del despacho estaba cerrada, y fuera había una placa con el horario de atención: pasaba una hora del cierre, pero quizá todavía hubiera alguien dentro. Pulsó el timbre y, para más seguridad, llamó también con el puño. La puerta se abrió un poco, y entonces el comisario la abrió del todo con una violencia cien por cien catarelliana. La muchacha que había al otro lado se echó hacia atrás, asustada.

—¿Qué... qué desea? No... no me haga daño.

La pobre creía encontrarse en presencia de un atracador y estaba mortalmente pálida.

—Perdone que la haya asustado —dijo Montalbano—. No tengo ningún motivo para hacerle daño. Soy Montalbano.

—¡Oh, Dios mío, qué tonta soy! —dijo la chica—. Ahora recuerdo haberlo visto en la televisión. Pase.

—¿Está el notario? —preguntó el comisario, entrando.

—¿No lo sabe?

—¿Qué? —dijo Montalbano, inquietándose por momentos.

—El pobre señor notario...

—¡Ha muerto! —rugió Montalbano como si la chica acabara de comunicarle la desaparición del ser más querido del mundo.

La muchacha lo miró un tanto sorprendida.

—No, no ha muerto. Ha sufrido un ictus cerebral. Ya se está recuperando.

—¿Pero habla? ¿Recuerda?

—Pues claro.

—¿Cómo podría hablar con él?

—¿Ahora?

—Ahora.

La chica consultó su reloj de pulsera.

—Puede que lo consigamos. Está ingresado en la clínica Santa Maria de Montelusa.

Entró en una estancia llena de carpetas, legajos, expedientes y archivadores, marcó un número y pidió que la pusieran con la habitación 114. Después dijo:

—Giulio...

Se interrumpió. Era cosa sabida que al señor notario no se le escapaba ni una. Y la que estaba telefoneando era una treintañera alta, de larga melena hasta más abajo de la cintura y piernas preciosas.

—Señor notario —se corrigió—. Está aquí en el despacho el comisario Montalbano, que desearía hablar con usted... ¿Sí? Hablaremos más tarde.

Le pasó el teléfono a Montalbano y abandonó discretamente la sala.

—¿Señor notario? Soy Montalbano. Solo quería pedirle una información. ¿Recuerda que hace unos años yo le entregué una libreta de ahorros con quinientos millones de liras que...? Ah, ¿lo recuerda? Se lo pregunto porque temía que usted hubiera podido invertir el dinero en la gestora del contable Gargano y entonces... No, no se ofenda..., no, por Dios, no era mi intención..., imagínese si yo... Muy bien, muy bien, disculpe. Que se mejore.

Colgó el aparato. Ante la sola mención del nombre de Gargano, el notario se había ofendido. «¿Y usted piensa que yo soy tan gilipollas que me fío de un tramposo como Gargano?», le había dicho.

El dinero de François estaba a salvo.

Pero, mientras subía de nuevo al coche para dirigirse a comisaría, Montalbano juró que le haría pagar con creces al contable el susto que se

había llevado por su culpa.

Cuatro

Pero no llegó a la comisaría, porque, por el camino, pensó que su jornada había sido muy dura y que se merecía un premio de consolación. Le habían hablado vagamente de una *trattoria* abierta unos cuantos meses atrás a unos diez kilómetros de Montelusa por la carretera provincial de Giardina, donde, al parecer, se comía de maravilla. Hasta le habían dicho el nombre, Giugiù el Carretero. Se equivocó cuatro veces de camino y, justo cuando ya había decidido volver atrás y presentarse en la *trattoria* San Calogero, pues, cuanto más tiempo pasaba, más canina era su hambre, vio a la luz de los faros el rótulo del local, escrito a mano sobre un trozo de madera fijado a un poste de la luz. Para llegar tuvo que circular durante cinco minutos por un auténtico camino de mulas de esos que ya no quedaban, lleno de baches y pedruscos, y por un momento le entró la sospecha de que aquello era un montaje de Giugiù, que se hacía pasar por carretero pero que, en realidad, utilizaba un vehículo de fórmula 1. Apoyando sus sospechas, la solitaria casita a la que llegó tampoco lo convenció: mal encalada y sin luces de neón, constaba de una sala en la planta baja y otra en el piso de arriba. A través de las dos ventanas de la sala de la planta baja se filtraba al exterior una luz mortecina que producía una sensación de tristeza. Seguramente, el toque final del montaje. Bajó del vehículo y se detuvo sin saber qué hacer. En la explanada había dos coches. Trató de recordar quién le había recomendado el local, y al final le vino a la mente: el subcomisario Lindt, hijo de padres suizos («¿pariente del chocolate?», le había preguntado él cuando se lo presentaron), que hasta seis meses atrás había trabajado en Bolzano.

«Ay, Dios mío —pensó—. ¡Ese igual no distingue entre un pollo y un salmón!».

Y, en aquel momento, le llegó muy despacio con la brisa de la tarde un aroma que le dilató las ventanas de la nariz: aroma de cocina auténtica y sabrosa, aroma de platos preparados como Dios manda. Sus dudas se disiparon de golpe, abrió la puerta y entró. El local disponía de ocho mesas, y solo una de ellas estaba ocupada por una pareja de mediana edad. Se sentó a la primera mesa que tenía a mano.

—Disculpe, pero está reservada —dijo el camarero-propietario, un sexagenario calvo pero con bigotes de manubrio, alto y barrigón.

Obediente, el comisario se levantó. Estaba a punto de sentarse en una silla de la mesa de al lado cuando el bigotudo volvió a hablar.

—Esta, también.

Montalbano empezó a mosquearse. ¿Acaso aquel tío lo quería desairar? ¿Buscaba camorra? ¿Pretendía acabar de mala manera?

—Están todas ocupadas. Si quiere, puedo prepararle una mesa aquí —dijo el camarero-propietario al ver que al cliente se le habían enturbiado los ojos.

Le indicó una mesita auxiliar llena de cubiertos, vasos y platos, muy cerca de la cocina, de la que escapaban unos efluvios de esos que sacian antes incluso de haber empezado a comer.

—Muy bien —dijo el comisario.

Parecía que lo hubieran castigado: tenía la pared prácticamente a un palmo del rostro y, para ver la sala, habría tenido que sentarse atravesado en la silla y torcer el cuello, pero ¿a él qué coño le importaba la sala?

—Si se atreve, tengo unos *pirciati* que queman —dijo el bigotudo.

Sabía lo que era el *pirciato*, un tipo especial de pasta, pero ¿qué era lo que tenían que quemar? Sin embargo, no quiso darle al otro la satisfacción de preguntarle cómo estaban preparados los *pirciati*. Se limitó a hacerle una sola pregunta:

—¿Qué quiere usted decir con eso de si me atrevo?

—Justo lo que he dicho: si se atreve —fue la respuesta.

—Me atrevo, no se preocupe, me atrevo.

El otro se encogió de hombros, desapareció en el interior de la cocina, regresó poco después y se puso a mirar al comisario. Entonces lo llamó la pareja de clientes, pidiéndole la cuenta. El bigotudo se la hizo, los clientes pagaron y se fueron sin saludar.

«El saludo no debe de ser costumbre de la casa», pensó Montalbano, recordando que, al entrar, él tampoco había saludado a nadie.

El bigotudo regresó de la cocina y volvió a adoptar exactamente la misma posición de antes.

—Estará listo dentro de cinco minutos —dijo—. ¿Quiere que le encienda la televisión mientras espera?

—No.

Al final, se oyó una voz de mujer procedente de la cocina:

—¡Giugiù!

Y llegaron los *pirciati*. Despedían aroma de paraíso terrenal. El bigotudo se apoyó en el marco de la puerta como si se dispusiera a presenciar un espectáculo.

Montalbano dejó que los efluvios penetraran hasta el fondo de sus pulmones.

Mientras él aspiraba ávidamente, el otro habló.

—¿Quiere una botella de vino al alcance de la mano antes de empezar a comer?

El comisario asintió con la cabeza, no le apetecía hablar. Le colocaron delante una jarra de un litro de vino tinto muy espeso. Montalbano llenó un vaso y se introdujo en la boca el primer bocado con el tenedor. Empezó a asfixiarse, tosió, le asomaron las lágrimas a los ojos; tuvo la clara sensación de que sus papilas gustativas estaban ardiendo. Se bebió de un trago todo el vaso de vino, que, por su graduación, tampoco era una broma que digamos.

—Vaya despacito y con cuidado —le aconsejó el camarero-propietario.

—Pero ¿qué es lo que hay aquí dentro? —preguntó, todavía medio asfixiado.

—Aceite, media cebolla, dos dientes de ajo, dos anchoas saladas, una cucharadita de alcaparras, aceitunas negras, tomate, albahaca, media guindilla, sal, queso de oveja y pimienta negra —contestó el bigotudo, enumerando los ingredientes con una pizca de sadismo en la voz.

—¡Jesús! —dijo Montalbano—. ¿Y quién está en la cocina?

—Mi mujer —contestó el bigotudo saliendo al encuentro de tres nuevos clientes.

Intercalando los bocados con tragos de vino y gemidos tanto de extrema angustia como de irresistible placer («¿habrá un plato extremo tal como hay un sexo extremo?», llegó a preguntarse en determinado momento), Montalbano tuvo incluso el valor de mojar el pan en el condimento que había quedado en el fondo del plato, secándose de vez en cuando el sudor que le empapaba la frente.

—¿Qué desea de segundo, señor?

El comisario comprendió que con aquel «señor» el propietario le estaba rindiendo honores militares.

—Nada.

—Hace usted muy bien. Lo malo de los *pirciati* que queman es que uno recupera los sabores al día siguiente.

Montalbano pidió la cuenta, pagó una miseria, se levantó, hizo ademán de salir sin saludar según la costumbre y, justo al lado de la puerta, vio una fotografía de gran tamaño con un pie que decía: «RECOMPENSA DE UN MILLÓN DE LIRAS A QUIEN ME FACILITE NOTICIAS DE ESTE HOMBRE».

—¿Quién es? —preguntó, volviéndose hacia el bigotudo.

—¿No lo conoce? Este es el grandísimo hijo de puta del contable Gargano, el que...

—¿Y por qué quiere que le faciliten noticias tuyas?

—Para agarrarlo y estrangularlo.

—¿Qué le ha hecho?

—A mí, nada. Pero a mi mujer le ha jodido treinta millones.

—Dígale a la señora que será vengada —dijo el comisario, apoyándose solemnemente la mano en el pecho.

Comprendió que llevaba una tajada descomunal.

Había una luna que hasta daba miedo de tan clara que era. Conducía con alegría: tomaba las curvas derrapando y circulaba a ratos a diez y a ratos a cien. A medio camino entre Montelusa y Vigàta, vio a lo lejos la valla publicitaria que ocultaba el camino que conducía a la casita en ruinas junto a la cual se levantaba el gran acebuche. Puesto que en los últimos tres kilómetros había estado a punto de chocar frontalmente con dos coches que

circulaban en sentido contrario, decidió girar y dejar que se le pasara la borrachera entre las ramas del olivo silvestre que llevaba casi un año sin visitar.

Giró a la derecha para enfilear el caminito y enseguida tuvo la sensación de haberse equivocado, pues, en lugar del sendero, había una ancha franja asfaltada. A lo mejor se había confundido de valla publicitaria. Dio marcha atrás y golpeó uno de los soportes de la valla, que se inclinó peligrosamente. «FERRAGUTO MUEBLES - MONTELUISA». No cabía duda, aquella era la valla. Regresó al excaminito y, tras recorrer unos cien metros, se encontró delante de la verja de un chalet de reciente construcción. La rústica casita ya no existía, y el acebuche, tampoco. No lograba entenderlo, no reconocía ningún detalle del paisaje al que estaba acostumbrado.

¿Cómo era posible que un litro de vino, por muy fuerte que fuera, lo hubiera dejado reducido a semejante estado? Bajó del vehículo y, mientras meaba, miró a su alrededor. La luz de la luna permitía verlo todo muy bien, pero lo que veía le era desconocido. Sacó la linterna de la guantera del coche y rodeó la verja. El chalet ya estaba terminado, pero era evidente que no estaba habitado, pues los cristales de las ventanas aún conservaban la protección de las tiras cruzadas de cinta adhesiva. El jardín vallado era bastante grande y en él estaban construyendo una especie de glorieta, cerca de la cual se amontonaban las herramientas de trabajo, picos, palas y baldes para la argamasa. Cuando llegó a la parte de atrás del chalet, se golpeó contra algo que, al principio, le pareció un endrino. Lo enfocó con la linterna, miró mejor y lanzó un grito. Había visto a un muerto. O, mejor dicho, a un moribundo. El gran acebuche estaba delante de él agonizante, tras haber sido arrancado de cuajo y derribado al suelo. Agonizaba, le habían separado las ramas del tronco con una sierra eléctrica, y el tronco propiamente dicho presentaba una profunda herida de hacha. Las hojas se habían enrollado y se estaban secando. Montalbano se percató confusamente de que se había echado a llorar, se sorbía los mocos que le colgaban de la nariz y los aspiraba a sacudidas, tal como hacen los niños. Alargó una mano, la apoyó sobre una ancha herida y percibió en la palma de la mano la humedad de la linfa^[1] que se estaba escapando poco a poco tal como hace la sangre de un hombre que se muere desangrado. Apartó la mano de la herida, arrancó unas hojas que

todavía oponían resistencia y se las guardó en el bolsillo. Después pasó del llanto a una especie de rabia contenida.

Regresó al coche, se quitó la chaqueta, se metió la linterna en el bolsillo de los pantalones y encendió las luces de carretera; a continuación, se acercó a la verja de hierro forjado y se encaramó por ella como un mono, sin duda gracias al vino que todavía le hacía efecto, y, con un salto digno de Tarzán, se encontró en el interior del jardín con sus senderos de guijarros por todas partes, sus bancos de piedra labrada a cada diez metros, sus grandes macetas con plantas, sus falsas ánforas romanas con sus falsas excrecencias marinas y sus capiteles de columna claramente fabricados en Fiacca. Y el inevitable, complicado y modernísimo grill de la barbacoa. Se acercó a la glorieta en construcción, eligió entre las herramientas una maza de picapedrero, la empuñó con fuerza y empezó a romper los cristales de las ventanas de la planta baja, que eran dos por cada pared.

Tras haberse cargado seis ventanas, justo al doblar la esquina, vio un inmóvil grupo de figuras casi humanas. Ay, por Dios, ¿qué era aquello? Se sacó la linterna del bolsillo y la encendió. Eran ocho estatuas de gran tamaño momentáneamente agrupadas a la espera de que el propietario del chalet las distribuyera a su gusto. Blancanieves y los siete enanitos.

—Esperadme que ahora vuelvo —les dijo.

Rompió a conciencia los cristales de las dos ventanas que quedaban y después, volteando por encima de su cabeza la maza tal como Orlando volteaba su espada cuando estaba furioso, se abalanzó sobre el grupo y empezó a soltar golpes a diestro y siniestro.

En cuestión de diez minutos, de Blancanieves, Gruñón, Mudito, Sabio, Dormilón, Trabajador, Comilón y Cantarín o como coño se llamaran no quedaron más que unos minúsculos fragmentos de colores. Pero Montalbano aún no se daba por satisfecho. Descubrió que cerca de la glorieta había unos aerosoles de pintura de distintos colores. Cogió uno de color verde y escribió cuatro veces en letras mayúsculas la palabra «CABRÓN», una por cada lado del chalet. Después volvió a escalar la verja, subió de nuevo al coche para dirigirse a Marinella y notó que se le había pasado totalmente la borrachera.

Tras llegar a Marinella, estuvo media noche ordenando la casa, convertida en una pocilga tras la búsqueda del recibo del notario. No es que hiciera falta tanto rato, lo que ocurre es que, cuando vacías los cajones, encuentras una enorme cantidad de antiguos papeles olvidados, algunos de los cuales te exigen casi a la fuerza que los vuelvas a leer, y acabas inevitablemente cada vez más hundido en el abismo de la memoria, y entonces te vuelven a la mente cosas que durante años has tratado por todos los medios de olvidar. Es un juego muy jodido este de la memoria en el que siempre acabas perdiendo. Se acostó sobre las tres de la madrugada; pero, tras haberse levantado por lo menos tres veces para beber agua, decidió llevarse la botella al dormitorio y dejarla sobre la mesilla de noche. En resumen, a las siete de la mañana tenía la tripa tan hinchada que parecía que estuviera embarazado de agua. El día amaneció nublado, y ello intensificó su mal humor, que ya había alcanzado unos niveles peligrosos como consecuencia de la mala noche pasada. Sonó el teléfono y lo cogió con determinación.

—No me toques los cojones, Catarè.

—No soy ese que usía dice, pero soy yo, *dottori*.

—¿Y tú quién eres?

—¿No me reconoce, *dottori*? Soy Adelina.

—¡Adelina! ¿Qué pasa?

—*Dottori*, le quería decir que hoy no podré ir a su casa.

—Bueno, no...

—Y tampoco podré ir ni mañana ni pasado.

—¿Qué te ocurre?

—Han llevado al hospital a la mujer de mi hijo pequeño, que le duele la tripa, y yo tengo que cuidarme de los hijos, que son cuatro, y el mayor, que tiene diez años, es un sinvergüenza peor que su padre.

—Bueno, Adelì, no te preocupes.

Colgó, se dirigió al cuarto de baño, cogió una montaña de ropa para lavar, incluido el jersey que le había regalado Livia y que se había ensuciado de arena, y lo introdujo todo en la lavadora. No encontró ninguna camisa limpia y se volvió a poner la usada. Pensó que por lo menos tres almuerzos y tres cenas los tendría que hacer en la *trattoria*, pero juró que no caería en la tentación y permanecería fiel a la San Calogero. Sin embargo, la llamada de

Adelina había incrementado su mal humor, pues estaba convencido de que no sabía cuidar ni de sí mismo ni de la casa.

En la comisaría parecía reinar la calma, Catarella ni siquiera se percató de su llegada, pues estaba enzarzado en una conversación telefónica que debía de ser muy difícil porque de vez en cuando se enjugaba la frente con la manga. Encontró sobre la mesa una hojita de papel con dos nombres, Giacomo Pellegrino y Michela Manganaro, y dos números de teléfono. Reconoció la caligrafía de Mimì y enseguida se acordó: eran los nombres de los empleados de la Rey Midas, además, naturalmente, de la señorita Mariastella Cosentino. Pero Mimì no le había escrito la dirección, y él prefería hablar directamente con la gente en lugar de por teléfono.

—Mimì —llamó.

No hubo respuesta. ¿A que aún estaba acostado en su casa o bebiéndose la primera taza de café?

—¡Fazio!

Fazio se presentó de inmediato.

—¿No está el señor Augello?

—Hoy no vendrá, *dottore*, y mañana y pasado mañana, tampoco.

Como su asistente Adelina. ¿Mimì también tenía nietecitos que cuidar?

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, *dottore*? ¿Pero es que lo ha olvidado? Hoy empieza su permiso matrimonial.

Lo había olvidado por completo. Y pensar que había sido él quien le había presentado a Mimì, aunque fuera por motivos en cierto modo inconfesables, a su futura esposa, Beatrice, una buena chica muy guapa.

—¿Cuándo se casa?

—Dentro de cinco días. Y no lo olvide porque usted tendrá que actuar como testigo del señor Augello.

—No lo olvidaré. Oye, ¿estás ocupado?

—Enseguida estoy libre. Ha venido un tal Giacomo Pellegrino para denunciar unos actos de vandalismo en un chalet que se acaba de construir.

—¿Cuándo ocurrieron los hechos?

—Esta noche.

—Está bien, ve y vuelve.

O sea, que el vándalo había sido él. Al oír comentar de aquella manera en el interior de la comisaría la hazaña que había llevado a cabo, se sintió un poco avergonzado. Pero ¿cómo podía arreglarlo? Presentándose en el despacho de Fazio y diciendo: «Mire, señor Pellegrino, perdone, he sido yo el que...».

Se detuvo. Giacomo Pellegrino, había dicho Fazio. Y Giacomo Pellegrino era uno de los dos nombres que Mimì le había escrito en la hoja que tenía delante, junto con su correspondiente teléfono. Se aprendió rápidamente de memoria el número de teléfono de Pellegrino, se levantó y entró en el despacho de Fazio.

Este, que estaba escribiendo, levantó los ojos hacia su jefe. Ambos se miraron fugazmente, pero se entendieron enseguida. Fazio siguió escribiendo. ¿Qué había dicho Mimì de Giacomo Pellegrino? Que era un muchacho licenciado en Ciencias Económicas. El hombre que estaba sentado delante del escritorio de Fazio parecía un pastor de ovejas y tenía sesenta y tantos años. Fazio terminó de escribir y Pellegrino firmó con cierta dificultad. Ciencias Económicas, un cuerno, ese no había llegado ni a tercero de primaria. Fazio cogió la denuncia, y entonces intervino el comisario.

—¿Ha dejado su número de teléfono?

—No —dijo el hombre.

—Bueno, siempre es mejor tenerlo. ¿Cuál es?

El hombre se lo dijo en voz alta a Fazio, que lo anotó. No coincidía. Más bien parecía un número de la zona de Montereale.

—¿Usted es de aquí, señor Pellegrino?

—No, yo tengo una casa cerca de Montereale.

—¿Y cómo se ha construido un chalet entre Vigàta y Montelusa?

Acababa de cometer un fallo descomunal, enseguida se dio cuenta. Fazio no le había dicho dónde estaba situado el chalet. Y, en efecto, este empezó a mirar al comisario con los ojos entrecerrados. Pero quizá Pellegrino pensó que ambos policías lo habían comentado cuando llamaron a Fazio, y no se sorprendió de la pregunta.

—No es mío. Es de un sobrino mío, hijo de mi hermano. Se llama igual que yo.

—Ah —dijo Montalbano, simulando sorprenderse—. Entiendo. Su sobrino era el que trabajaba en la Rey Midas, ¿verdad?

—Sí, señor, es él.

—Disculpe, pero ¿por qué la denuncia la ha presentado usted y no su sobrino, que es el propietario?

—El señor Pellegrino tiene poderes —terció Fazio.

—A lo mejor, su sobrino trabaja demasiado y no puede...

—No —dijo el hombre—. Es lo que ya he dicho. Hace cosa de un mes, la mañana de la víspera del día en que tenía que venir el muy cabrón del contable Gargano...

—¿A usted también le ha birlado dinero?

—Sí, señor, todo lo que tenía. La mañana de la víspera, mi sobrino se presentó en Montereale y me dijo que Gargano lo había telefoneado y le había ordenado que se trasladara a Alemania por un asunto. El avión salía de Palermo a las cuatro de la tarde. Mi sobrino me dijo que estaría ausente por lo menos un mes y me encargó que vigilara la construcción del chalet. Tiene que estar a punto de regresar.

—Así que, si yo necesito hablar con él, ¿no lo encontraré en Vigàta?

—No, señor.

—¿Y usted tiene la dirección o el teléfono de su sobrino en Alemania?

—¿Está de broma?

Cinco

¿Cómo era posible que, desde que el difunto aparejador Garzullo había entrado revólver en mano en la agencia vigatesa de la Rey Midas amenazando con hacer una escabechina, cómo era posible que no pudiera dar un paso sin tropezarse con algo relacionado directa o indirectamente con el desaparecido contable Gargano? Mientras el comisario reflexionaba acerca de toda aquella sucesión de coincidencias, que o bien era propia de una novela de misterio de segunda categoría o bien formaba parte de la realidad cotidiana más vulgar, entró Fazio.

—A sus órdenes, *dottore*. Explíqueme una cosa. ¿Cómo supo dónde estaba el chalet de Pellegrino? Yo no se lo había dicho. ¿Quiere satisfacer mi curiosidad?

—No.

Fazio extendió los brazos. El comisario decidió ir sobre seguro, con Fazio le convenía andarse con cuidado, era un policía de verdad.

—Y también sé que rompieron los cristales de la planta baja, que hicieron añicos a Blancanieves y a los siete enanitos y escribieron «cabrón» en las cuatro paredes. ¿Es así?

—Es así. Utilizaron una maza y el aerosol verde que encontraron allí mismo.

—Muy bien. Y ahora, ¿tú qué piensas de todo eso? ¿Que hablo con las urracas? ¿Que tengo una bola de cristal? ¿Que hago brujerías? —preguntó Montalbano, enfureciéndose por momentos a medida que iba haciendo las preguntas.

—No, señor. Pero no se enfade.

—¡Pues claro que me enfado! Pasé por allí esta mañana a primera hora. Quería ver cómo estaba el acebuche.

—¿Lo ha encontrado bien de salud? —preguntó con cierta sorna Fazio, que conocía tanto el árbol como la roca de la escollera, los dos lugares donde su jefe se refugiaba de vez en cuando.

—Ya no está. Lo han derribado para dejar sitio al chalet.

Fazio se puso muy serio, como si Montalbano le hubiera revelado que acababa de morir algún ser querido.

—Comprendo —dijo en un susurro.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Nada. ¿Me tenía que dar alguna orden?

—Sí. Puesto que acabamos de averiguar que Giacomo Pellegrino se lo está pasando bomba en Alemania, quisiera que me buscaras la dirección de la señora o señorita Michela Manganaro, que trabajaba como empleada de Gargano.

—Se la traigo en cuestión de un minuto. ¿Quiere que pase por Brucale y le compre una camisa?

—Sí, gracias, cómprame tres, ya que estamos. Pero ¿cómo has adivinado que me faltaban camisas? ¿Ahora eres tú el que habla con las urracas o hace brujerías?

—No es necesario hablar con las urracas, *dottore*. Usía esta mañana no se ha cambiado la camisa y hubiera tenido que hacerlo porque tiene uno de los puños completamente manchado de pintura ya seca. Pintura de color verde —puntualizó Fazio, retirándose con una sonrisita en los labios.

La señorita Michela Manganaro vivía con sus padres en un edificio de viviendas sociales de diez pisos, allá por la zona del cementerio. Montalbano prefirió no anunciar su llegada ni por teléfono ni a través del portero automático. Cuando acababa de aparcar, vio salir a un anciano del portal.

—Disculpe, ¿me podría decir en qué piso viven los señores Manganaro?

—¡En el quinto piso, la madre que los parió!

—¿Por qué la tiene tomada con los señores Manganaro?

—Porque el ascensor hace una semana que solo llega hasta el quinto. ¡Y yo vivo en el décimo! ¡Y tengo que subir a pie dos veces al día! ¡Estos

Manganaro siempre están de suerte! ¡Piense que hace unos años hasta acertaron una quiniela!

—¿Y ganaron mucho?

—Poca cosa. ¡Pero vaya gustazo!

Montalbano entró, pulsó el botón del quinto, el ascensor subió y se detuvo en el tercero. Lo probó todo, pero no hubo manera. Tuvo que subir a pie dos pisos, aunque se consoló pensando que, por lo menos, se había ahorrado tres.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer mayor.

—Soy Montalbano, comisario de policía.

—¿Un comisario? ¿Estamos seguros?

—Por mi parte, estoy seguro de que soy un comisario.

—¿Y qué quiere de nosotros?

—Hablar con su hija Michela. ¿Está en casa?

—Sí, pero en la cama, tiene un poco de gripe. Espere un momento que llamo a mi marido.

Se oyó un grito que, por un instante, aterrorizó a Montalbano.

—¡Fili! ¡Ven que hay uno que dice que es un comisario!

No había logrado convencer a la señora, se lo demostraba aquel «dice que es».

Después, desde el otro lado de la puerta cerrada, la señora le dijo:

—¡Levante la voz porque mi marido está sordo!

—¿Quién es? —preguntó esta vez una irritada voz masculina.

—¡Soy un comisario, haga el favor de abrir!

Había levantado tanto la voz que, mientras la puerta de los Manganaro permanecía obstinadamente cerrada, se abrieron en compensación las otras dos puertas del rellano y aparecieron dos espectadores, uno en cada puerta: una chiquilla de unos diez años que se estaba zampano su merienda y un cincuentón en camiseta con una venda sobre el ojo izquierdo.

—Grite un poco más porque Manganaro está sordo —le aconsejó el hombre de la camiseta.

¿Todavía más? Efectuó unos cuantos ejercicios de ventilación de los pulmones como los que le había visto hacer a un campeón de submarinismo en apnea y, tras haber almacenado todo el aire posible, gritó:

—¡Policía!

Oyó que se abrían simultáneamente las puertas del piso de arriba y que unas alteradas voces preguntaban:

—¿Qué ha sido? ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que ocurre?

La puerta de los Manganaro se abrió muy despacio y apareció un loro. O esa fue por lo menos la primera impresión del comisario. Nariz amarilla muy larga, pómulos morados, grandes ojos negros, cuatro pelos rojizos desgreñados en la cabeza y camisa verde chillón.

—Pase —murmuró el loro—. Pero no haga ruido porque mi hija duerme y no se encuentra muy bien.

Lo acompañó a un salón de estilo incongruentemente sueco. Sobre una percha estaba posado el hermano gemelo del señor Manganaro, que, por lo menos, tenía la honestidad de seguir siendo un pájaro y no hacerse pasar por hombre. La mujer de Manganaro, una especie de gorrión que hubiera recibido por error o por maldad una perdigonada y que caminaba arrastrando la pierna izquierda, apareció llevando con gran esfuerzo una minúscula bandeja con una tacita de café.

—Ya tiene azúcar —dijo, sentándose cómodamente en el pequeño sofá.

Se moría de curiosidad. No debía de tener muchas distracciones, la señora, y se disponía a pasar un buen rato.

«Si tanto por tanto es tanto —pensó Montalbano—, ¿qué clase de pájaro habrá salido del cruce entre un loro y un gorrión?».

—He avisado a Michela. Se está levantando y viene enseguida —pio el gorrión.

«Pero ¿de dónde sacó aquel vozarrón cuando llamó a su marido?», se preguntó Montalbano. Y recordó haber leído en un libro de viajes que existen unos minúsculos pajarillos capaces de emitir un sonido semejante al silbido de una sirena de barco. La señora debía de pertenecer a aquella especie.

El café estaba tan azucarado que a Montalbano le dio dentera. El primero en hablar fue el loro, el que iba disfrazado de hombre.

—Yo ya sé por qué quiere hablar con mi hija. Por culpa de aquel grandísimo hijo de puta del contable Gargano. ¿Es así?

—Sí —contestó a gritos Montalbano—. ¿Usted también ha sido víctima de la estafa de...?

—¡Por aquí! —contestó el hombre, apoyando con fuerza la mano izquierda sobre el antebrazo derecho extendido.

—¡Filì! —lo reprendió la mujer, utilizando la segunda voz, la del Juicio Universal. Los cristales de la ventana tintinearón.

—¿Usted cree que Filippo Manganaro es tan idiota como para caer en la trampa de Gargano? ¡Y pensar que yo no quería que mi hija trabajara con ese estafador!

—¿Usted a Gargano ya lo conocía de antes?

—No. Ni falta que hacía porque los bancos, los banqueros, los de la Bolsa, en resumen, todos los que se ocupan de asuntos de dinero no pueden ser más que unos estafadores. A la fuerza, señor mío. Y, si quiere, se lo explico. ¿Usted ha leído por casualidad un libro que se llama *El capital*, de Marx?

—Lo he hojeado —contestó Montalbano—. ¿Usted es comunista?

—¡Adelante, *Turì!*

El comisario, que no había comprendido la respuesta, lo miró, perplejo. Y, además, ¿quién era el tal *Turiddru*? Lo supo un instante después, cuando el loro gemelo de verdad, que debía de llamarse *Turiddru*, carraspeó y se puso a cantar *La Internacional*. La cantaba tan bien que Montalbano experimentó en su fuero interno una oleada de añoranza. Estaba a punto de felicitar al maestro cuando Michela apareció en la puerta. Al verla, Montalbano se quedó estupefacto. Se esperaba cualquier cosa menos aquella chica más bien alta, morena y de ojos violeta, con la nariz un poco enrojecida a causa de la gripe, guapa y rebosante de vida, con una minifalda que le llegaba hasta la mitad de los muslos, redondeados en su justo punto, y una blusita blanca que a duras penas conseguía contener unas tetas no aprisionadas por ningún sujetador. Un rápido y malicioso pensamiento, como la aparición de una víbora entre la hierba, le traspasó el cerebro. Seguro que el guaperas de Gargano, con una chica como aquella, se habría pegado el lote o, por lo menos, lo habría intentado.

—Estoy a su disposición.

¿A su disposición? Lo había dicho con una voz baja y un poco ronca, a lo Marlene Dietrich, que a Montalbano le encendió tanto la sangre que tuvo que contenerse para no hacer quiquiriquí como el profesor de *El ángel azul*. La

muchacha se sentó alisándose la falda al máximo hacia las rodillas con expresión comedida y mirada baja, una mano sobre una pierna y la otra apoyada en el brazo del sillón. Postura de buena chica de familia seria, honrada y trabajadora. El comisario recuperó el uso de la palabra.

—Lamento haberla hecho levantar.

—No se preocupe.

—He venido para averiguar algunos datos sobre el contable Gargano y la agencia en la que usted trabajaba.

—Dígame. Pero le advierto que ya me ha interrogado alguien de su comisaría. El señor Augello, me parece. Aunque, se lo digo con toda sinceridad, me ha parecido que le interesaban mucho más otras cosas.

—¿Otras cosas?

Y, mientras lo preguntaba, se arrepintió. Lo había comprendido. Y se imaginó la escena: Mimì haciéndole preguntas y más preguntas mientras sus ojos le quitaban delicadamente la blusita, el sujetador (en caso de que aquel día lo llevara), la falda y las bragas. ¡Bueno era Mimì para resistir en presencia de una belleza como aquella! Y pensó en su futura esposa, Beatrice, la pobrecilla, ¡cuántos amargos bocados se tendría que tragar! La chica no contestó a la pregunta, comprendió que el comisario lo había entendido. Y sonrió o, mejor dicho, dejó entrever una sonrisa, pues seguía manteniendo la cabeza inclinada, tal como corresponde en presencia de un desconocido. El loro y el gorrión contemplaban complacidos a su criatura.

En aquel momento, la chica levantó los ojos violeta y miró al comisario como si estuviera esperando las preguntas. Pero, en realidad, le dijo claramente sin necesidad de utilizar palabras:

«Aquí no pierdas el tiempo. No puedo hablar. Espérame abajo».

«Recibido», dijeron los ojos de Montalbano.

El comisario decidió no perder más el tiempo. Fingió sorpresa y turbación.

—¿De veras la han interrogado? ¿Y todo se ha hecho constar por escrito?

—Pues claro.

—¿Cómo es posible que yo no haya encontrado nada?

—¡Vaya usted a saber! Pregúnteselo al señor Augello que, aparte de ser un vanidoso, estos días anda con la cabeza perdida porque se tiene que casar.

Y se hizo la luz. Lo puso sobre aviso aquel «vanidoso» que, en presencia de unos padres chapados a la antigua, sustituía con toda certeza la palabra «cabrón», mucho más preñada de significados, tal como antes decían los críticos literarios. Poco después llegó la certeza absoluta: seguramente la chica había concedido sus favores (así se llama eso en presencia de unos padres chapados a la antigua), y Mimì, tras haber yacido con ella, se la había quitado de encima confesándole que tenía novia y estaba a punto de casarse.

Se levantó. Todos se levantaron.

—Lo lamento muchísimo.

Todos se mostraron comprensivos.

—Son cosas que ocurren —dijo el loro.

Se inició una pequeña procesión. La chica, delante; el comisario, detrás, y después, el padre, seguido por la madre. Contemplando el ondulante movimiento que lo precedía, Montalbano pensó en Mimì y se puso verde de envidia. La chica abrió la puerta y le tendió la mano.

—Encantada de haberlo conocido —dijo con la boca.

Y con los ojos: «Espérame».

Esperó aproximadamente media hora, el tiempo indispensable para que Michela se arreglara como Dios manda y disimulara con maquillaje el enrojecimiento de la naricita. Montalbano la vio aparecer en el portal y mirar a su alrededor; entonces hizo sonar ligeramente el claxon y abrió la portezuela. La chica se acercó lentamente al coche con fingida indiferencia, pero, al llegar a la altura de la portezuela, subió rápidamente y cerró diciendo:

—Vámonos de aquí.

Montalbano, que en aquel breve instante había tenido ocasión de constatar que Michela había olvidado ponerse el sujetador, puso el vehículo en marcha y salió disparado.

—He tenido que pelearme con mis padres, que no me dejaban salir porque tienen miedo de que sufra una recaída —dijo la chica. Después preguntó—: ¿Dónde podemos hablar?

—¿Quiere que vayamos a la comisaría?

—¿Y si me encuentro con ese cabrón?

De esta manera, las peores (y las mejores) sospechas de Montalbano quedaron confirmadas de golpe.

—Y, además, la comisaría no me gusta —añadió Michela.

—¿En un bar?

—¿Bromea? Aquí la gente ya me critica demasiado. Aunque con usted no hay peligro.

—¿Por qué?

—Porque usted podría ser mi padre.

Una puñalada habría sido mejor. El vehículo derrapó ligeramente.

—Tocado y hundido —añadió la chica—. Es un sistema que suele funcionar muy bien para disuadir a los ancianitos emprendedores. Pero según como se diga. —Y repitió con la voz todavía más ronca—: Usted podría ser mi padre.

Consiguió infundir en su voz todo el sabor de lo prohibido y del incesto.

Montalbano no pudo evitar imaginársela desnuda a su lado en la cama, empapada de sudor y respirando afanosamente. Aquella chica era peligrosa y no solo guapa sino también cabrona.

—Pues entonces, ¿adónde vamos? —preguntó en tono autoritario.

—¿Usted dónde vive?

¡Jamás en la vida! Habría sido como llevarse a casa una bomba con el detonante puesto.

—En mi casa hay gente.

—¿Está casado?

—No. Bueno, ¿qué hacemos?

—Me parece que ya lo sé —dijo Michela—. Tome la segunda a la derecha.

El comisario tomó inmediatamente la segunda a la derecha. Era una de esas pocas calles que todavía están en condiciones de revelarte enseguida adónde van a parar: directamente al campo. Te lo dicen con las casas, que son cada vez más pequeñas hasta convertirse en unos cubos rodeados de verdor, y con unos postes de la electricidad y del teléfono que, de repente, no están alineados, y un firme que empieza a ceder el paso a la hierba. Al final, hasta los cubos blancos desaparecieron.

—¿Tengo que seguir?

—Sí. Dentro de poco verá a la izquierda un camino, pero muy bien cuidado, no se preocupe por su coche.

Montalbano lo tomó y, al poco rato, se vio en mitad de una especie de tupido bosque de araucarias y matorrales.

—Hoy no hay nadie porque no es día festivo —dijo la chica—. ¡Pero tendría usted que ver el tráfico que hay los sábados y domingos!

—¿Viene usted a menudo?

—Cuando hay ocasión.

Montalbano bajó la ventanilla y sacó la cajetilla de cigarrillos.

—¿Le molesta...?

—No. Deme uno también a mí.

Fumaron en silencio. Al llegar a la mitad del cigarrillo, el comisario se lanzó.

—Veamos, quisiera averiguar algo más acerca del funcionamiento del sistema inventado por Gargano.

—Hágame preguntas concretas.

—¿Dónde guardaban el dinero que robaba Gargano?

—Pues verá, algunas veces era Gargano el que llegaba con los cheques, y entonces yo, Mariastella o Giacomo los ingresábamos en la sucursal de la Caja de Ahorros de aquí. Lo mismo hacíamos cuando era el cliente el que se presentaba en la agencia. Al cabo de algún tiempo, Gargano transfería las sumas a su banco de Bolonia. Pero, por lo que hemos sabido, allí el dinero tampoco se quedaba mucho tiempo. Al parecer, iba a parar a Suiza o a Liechtenstein, no lo sé.

—¿Por qué?

—¡Vaya pregunta! Porque Gargano tenía que sacarle provecho con sus especulaciones. Por lo menos, eso pensábamos nosotros.

—Y ahora, en cambio, ¿qué piensa?

—Que estaba acumulando el dinerito en el extranjero para joderlos a todos en el momento oportuno.

—¿A usted también la...?

—¿Jodió? No, no le confié ni siquiera una lira. No habría podido ni aun queriendo. Ya ha visto usted a mi papá, ¿no? Pero nos ha escamoteado la paga de dos meses.

—Oiga, ¿me permite que le haga una pregunta personal?

—¡Faltaría más!

—¿Gargano intentó llevársela a la cama?

La risa de Michela estalló de improviso, incontenible, y el color violeta de sus ojos se hizo más claro a causa del brillo de las lágrimas. Montalbano la dejó desahogarse, pensando qué había tenido de gracioso su pregunta. Michela recuperó la compostura.

—Oficialmente me cortejaba. Y también cortejaba a la pobre Mariastella. Mariastella estaba muy celosa de mí. Ya sabe, bombones, flores... Pero, si yo un día le hubiera dicho que estaba dispuesta a acostarme con él, ¿sabe lo que habría ocurrido?

—No, dígamelo usted.

—Se habría desmayado. Gargano era gay.

Seis

El comisario se quedó de piedra. Era algo que no se le había pasado en ningún momento por la cabeza. Pero, una vez superado el asombro inicial, lo pensó: ¿el hecho de que Gargano fuera homosexual tenía importancia para los fines de la investigación? Puede que sí y puede que no, pero Mimì no se lo había comentado.

—¿Está segura? ¿Se lo dijo él?

—Estoy más que segura, pero él jamás me dijo una palabra. Nos comprendimos al vuelo a la primera mirada.

—¿Y usted le señaló este... esta circunstancia o, mejor dicho, esta impresión suya, al señor Augello?

—Augello me hacía preguntas con la boca, pero me pedía otra cosa con los ojos. Sinceramente, no le sé decir si le comenté algo de eso al muy cabrón.

—Perdone, pero ¿por qué la tiene tan tomada con Augello?

—Mire, comisario, yo estuve con Augello porque me gustaba. Pero él, antes de que yo me fuera de su casa, desnudo y con una toalla sobre la pichula, me comunicó que tenía novia y estaba a punto de casarse. Pero ¿acaso yo le había preguntado algo? Fue tan mezquino que me arrepentí de haber estado con él, eso es todo. Quisiera olvidarlo.

—¿La señorita Cosentino sabía que Gargano...?

—Mire, comisario, si Gargano se hubiera transformado de repente en un monstruo horrendo, qué sé yo, como el escarabajo de Kafka, ella lo habría seguido adorando, perdida en su delirio amoroso y sin darse cuenta de nada. Y, además, creo que la pobre Mariastella no está en condiciones de distinguir entre un gallo y una gallina.

Michela Manganaro jamás dejaría de sorprenderlo. ¡Pues no le salía con *La metamorfosis* de Kafka!

—¿Le gusta?

—¿Quién? ¿Mariastella?

—No, Kafka.

—Lo he leído todo, desde *El proceso* a las *Cartas a Milena*. ¿Hemos venido aquí para hablar de literatura?

Montalbano encajó el golpe.

—¿Y Giacomo Pellegrino?

—Claro, Giacomo también lo comprendió enseguida, puede que un poco antes que yo. Porque Giacomo también lo es. Y, antes de que me lo pregunte, le diré que de eso tampoco hablé con Augello.

¿También lo es? ¿Había comprendido bien? Quiso confirmarlo.

—¿También lo es? —preguntó.

Y le salió una entonación de cómico siciliano, a medio camino entre el asombro y el enfado, de la cual se avergonzó, pues estaba muy lejos de su intención.

—También —dijo Michela sin la menor inflexión en la voz.

—Se podría plantear la hipótesis —dijo cautelosamente Montalbano, como si estuviera avanzando por un campo de minas—, pero se trata de una mera hipótesis, quiero que esto quede bien claro, de que entre Giacomo y Gargano pudiera haber habido unas relaciones que podríamos calificar de un tanto...

La chica abrió enormemente sus bellísimos ojos color violeta.

—Pero ¿por qué se pone a hablar ahora de esta manera?

—Perdone —dijo el comisario—. Me he confundido. Quería decir...

—He comprendido muy bien lo que quería decir. Y la respuesta es: quizá sí, quizá no.

—¿Eso también lo ha leído?

—No. D'Annunzio no me gusta. Pero, si tuviera que plantear una hipótesis, tal como usted dice, me inclinaría más por el sí que por el no.

—¿Qué la induce a suponerlo?

—A mi juicio, la historia entre ellos dos empezó casi enseguida. Algunas veces se apartaban, hablaban en voz baja...

—¡Pero eso no significa nada! ¡Puede que hablaran de negocios!

—¿Mirándose a los ojos tal como se miraban? Y, además, había días que sí y días que no.

—No entiendo.

—Lo típico entre los enamorados. Si el último encuentro ha ido bien, cuando se vuelven a ver todo son sonrisas, roces a escondidas... pero, si la cosa ha ido mal o ha habido una pelea, entonces se produce una especie de hielo y evitan rozarse y mirarse. Gargano, cuando venía a Vigàta, se quedaba por lo menos una semana y, por consiguiente, había tiempo de sobra para los días que sí y los días que no. Era difícil que yo no me diera cuenta.

—¿Tiene alguna idea de dónde se reunían?

—No. Gargano era un hombre discreto. Y Giacomo tampoco es manco en asuntos de discreción.

—Oiga, después de la desaparición de Gargano, ¿han tenido alguna noticia de Giacomo? ¿Les ha escrito o llamado por teléfono, ha dado alguna señal de vida?

—Esto no me lo tiene que preguntar a mí sino a Mariastella, la única que se quedó en el despacho. Yo dejé de aparecer por allí en cuanto comprendí que algún cliente enfurecido la podía tomar conmigo. Giacomo fue el más listo porque la mañana en que Gargano se esfumó, él tampoco apareció. Se ve que lo adivinó.

—¿Qué es lo que adivinó?

—Que Gargano se había embolsado el dinero. Comisario, Giacomo era el único de entre nosotros que tenía cierta idea acerca de los asuntos de Gargano. Se ve que la víspera pasó por el banco, y allí le dijeron que la transferencia del capital desde Bolonia a Vigàta no se había producido, y entonces debió de pensar que algo había ocurrido y ya no apareció. O, por lo menos, eso fue lo que yo pensé.

—Pero se equivocó, porque Giacomo, la víspera del día en que tendría que haber llegado Gargano, se fue a Alemania.

—¿De veras? —preguntó la chica, sinceramente sorprendida—. ¿Para hacer qué?

—Por encargo de Gargano. Una estancia de por lo menos un mes. Tenía que resolver ciertos asuntos.

—Pero, eso a usted, ¿quién se lo ha dicho?

—El tío de Giacomo, el que vigila la construcción del chalet.

—¿Qué chalet? —preguntó Michela, totalmente desconcertada.

—¿No sabe que Giacomo se hizo construir un chalet entre Vigàta y Montelusa?

Michela se sujetó la cabeza entre las manos.

—Pero ¿qué me está usted contando? ¡Giacomo vivía con los dos millones y doscientas mil liras del sueldo! ¡Lo sé con toda seguridad!

—Pero, a lo mejor sus padres...

—Sus padres son de Vizzini y sobreviven comiéndose la achicoria de su huerto. Mire, comisario, de toda esta historia que me ha contado no hay nada que me cuadre. Es cierto que de vez en cuando Gargano enviaba a Giacomo a resolver ciertas situaciones, pero se trataba de asuntos de poca importancia y siempre en nuestras agencias de la provincia. No creo que lo enviara a Alemania por asuntos importantes. He dicho que Giacomo sabía más cosas que nosotros, pero no estaba en modo alguno en condiciones de actuar a escala internacional. No tiene ni edad...

—¿Cuántos años tiene? —la interrumpió Montalbano.

—Veinticinco. Ni experiencia. No, estoy convencida de que se ha sacado de la manga la excusa del tío porque quería desaparecer durante algún tiempo. No habría conseguido soportar a los clientes enfurecidos.

—¿Y se pasará todo un mes escondido?

—Pues no sé qué pensar —dijo Michela—. Deme un cigarrillo.

Montalbano se lo dio y se lo encendió. La chica se lo fumó dando pequeñas y nerviosas caladas sin abrir la boca. Montalbano tampoco estaba de humor para hablar y dejó que su cerebro marchara a rienda suelta.

Cuando se terminó el cigarrillo, Michela dijo con su voz de Marlene (¿o de Garbo doblada?):

—Ahora me duele la cabeza.

Trató de abrir la ventanilla, pero no lo consiguió.

—Déjeme a mí —dijo Montalbano—. De vez en cuando, se atasca.

Se inclinó hacia la chica y comprendió demasiado tarde su error.

Michela le rodeó de repente el cuello con sus brazos. Montalbano abrió la boca, sorprendido. Y fue su segundo error. La boca de Michela se apoderó de

la otra boca entreabierta y empezó a explorarla a conciencia con la lengua. Por un instante, Montalbano cedió, pero enseguida se recuperó y llevó a cabo una dolorosa maniobra de despegue.

—Quieta —ordenó.

—Sí, papá —dijo Michela con un pícaro brillo en sus ojos violeta.

Montalbano puso el vehículo en marcha y arrancó.

Pero el «quieta» de Montalbano no se refería a la chica sino a aquella parte de su cuerpo que, obedeciendo a un estímulo, no solo había reaccionado de inmediato sino que incluso había empezado a entonar con voz vibrante un himno patriótico: «Se abren las tumbas, se levantan los muertos...».

—¡María santísima, *dottori*! ¡Virgen santa, qué susto tan grande me he pegado! ¡Aún estoy temblando, *dottori*! Míreme la mano. ¿Ve cómo tiembla?

—Lo veo. Pero ¿qué ha pasado?

—Llamó el *signor* jefe superior en persona personalmente y preguntó por usía. Yo le dije que usía estaba momentáneamente ausente y que, en cuanto regresara, le diría que él quería hablar con usted. Pero él, o sea, el *signor* jefe superior, me preguntó si había algún superior *encragado*.

—Encargado, Catarè.

—Bueno, lo que sea, lo importante es que se entienda. Entonces yo le dije que el *dottori* Augello estaba a punto de casarse y tenía un permiso. ¿Y sabe lo que me contestó el *signor* jefe superior? «¡Me importa un carajo!». ¡Así como le digo, *dottori*! Entonces le dije que, como Fazio también había salido, no había ningún *encragado*. Entonces él me preguntó cómo me llamaba y yo le dije que Catarella. Y entonces él me dijo: «Oye, Santarella», y yo entonces lo quise corregir y le dije: «Me llamo Catarella». ¿Y sabe lo que me contestó el *signor* jefe superior? «Me importa un carajo cómo te llames». Así como suena. ¡Estaba completamente fuera de sí!

—Catarè, a este paso se nos va a hacer de noche. ¿Qué quería?

—Me dijo que le dijera a usía que usía tiene veinticuatro horas de tiempo para darle la respuesta que usía sabe.

Al día siguiente, con permiso de Correos, el señor jefe superior recibiría la carta pseudoanónima y se calmaría.

—¿Hay alguna otra novedad?

—Nada de nada, *dottori*.

—¿Dónde están los demás?

—Fazio está en Via Lincoln porque ha habido una trifulca; Gallo, en la tienda de Sciacchitano porque ha habido un pequeño atraco...

—Pequeño, ¿en qué sentido?

—En el sentido de que el atracador era un chiquillo de trece años con un revólver de verdad tan grande como mi brazo. En cambio, Galluzzo se ha ido al sitio donde esta mañana han encontrado una bomba que no ha estallado. Imbrò y Gramaglia, por su parte, están...

—Bueno, bueno —dijo Montalbano—. Tú tienes razón, Catarè, sin novedad en el frente occidental.

Y se fue a su despacho mientras Catarella se rascaba perplejo la cabeza.

—¿Cuál es la frente occidental, *dottori*? ¿La mía?

En el escritorio, Fazio le había dejado un montón de metro y medio de papeles para firmar con una nota encima: «Urgentísimos». Soltó una maldición, sabía que no se podría escapar.

En cuanto se sentó a su mesa de costumbre de la *trattoria* San Calogero, el propietario, Calogero, se le acercó con aire de conspirador.

—*Dottore*, tengo chanquetes.

—Pero ¿no está prohibido pescarlos?

—Sí, señor, pero, de vez en cuando, permiten pescar una caja por barca.

—Pues entonces, ¿por qué me lo dices de esta manera, como si fuera una conjura?

—Porque todo el mundo los quiere y yo no tengo suficientes.

—¿Cómo me los prepararás? ¿Con limón?

—No, *dottore*. Los chanquetes se hacen fritos como albóndigas.

Tuvo que esperar un buen rato, pero mereció la pena. Las albondiguitas crujientes y aplastadas estaban consteladas por centenares de puntitos negros: los ojitos de los minúsculos peces recién nacidos. Montalbano se los comió como si fueran sagrados, pese a constarle que estaba devorando algo así como el fruto de una matanza, de un exterminio. Para castigarse, no quiso

comer nada más. Al salir de la *trattoria*, oyó, tal como de vez en cuando le ocurría, la molestísima voz de su conciencia.

«¿Para castigarte, has dicho? ¡Pero qué grandísimo hipócrita estás hecho, Montalbà! ¿No habrá sido más bien por temor a estropearte la digestión? ¿Sabes cuántas albondiguitas te has comido? ¡Dieciocho!».

Se fue a dar un paseo por el puerto sin saber muy bien por qué, llegó hasta el faro y se deleitó con la brisa del mar.

—Fazio, a tu juicio, ¿cuántas maneras hay de llegar a Sicilia desde el continente?

—Son las que hay, *dottore*. Con el coche, con el tren, en barco y en avión. O a pie, si uno quiere.

—Fazio, no me gustas nada cuando quieres hacerte el gracioso.

—No quería hacerme el gracioso. Mi padre en la última guerra hizo a pie el trayecto desde Bolzano a Palermo.

—¿Tenemos en algún sitio el número de la matrícula del coche de Gargano?

Fazio miró con asombro a su jefe.

—¿De este asunto no se ocupaba el señor Augello?

—Pues ahora me ocupo yo. ¿Tienes algo en contra?

—¿Y por qué lo tendría que tener? Voy a echar un vistazo a los papeles del señor Augello. Es más, lo voy a llamar por teléfono. Si ese se entera de que he revuelto sus cosas, es capaz de pegarme un tiro. ¿Ya ha firmado estos papeles? ¿Sí? Pues entonces me los llevo y le traigo otros.

—Como me traigas más papeles para firmar, te los hago tragar uno a uno.

Ya en la puerta, con los brazos cargados de carpetas, Fazio se detuvo y se volvió:

—*Dottore*, si me permite, con Gargano perderá el tiempo. ¿Quiere saber lo que pienso?

—No, pero si no puedes evitarlo, habla.

—¡Virgen María, pero cómo estamos hoy! ¿Qué ha pasado, le ha sentado mal la comida?

Y se retiró ofendido sin revelar lo que pensaba acerca de Gargano. Al cabo de menos de cinco minutos la puerta golpeó contra la pared y cayó al suelo un trozo de enlucido mientras aparecía Catarella sosteniendo en sus brazos más de un metro de documentos que le ocultaban el rostro.

—Perdone, *dottori*, he tenido que empujar con el pie porque tengo los brazos ocupados.

—¡Quieto ahí!

Catarella se quedó petrificado.

—¿Qué son?

—Papeles para firmar, *dottori*. Me los acaba de dar Fazio.

—Voy a contar hasta tres. Como no desaparezcas, te pego un tiro.

Catarella obedeció y retrocedió, gimoteando de miedo. Una pequeña venganza de Fazio, que se había ofendido.

Pasó una media hora larga sin que Fazio diera señales de vida. Después de la venganza, ¿había pasado al sabotaje?

—¡Fazio!

Se presentó con la cara muy seria.

—A sus órdenes, *dottore*.

—¿Todavía no se te ha pasado el enfado? ¿Tanto te has ofendido?

—¿Por qué tendría que haberme ofendido, según usted?

—Porque no te he dejado decir lo que pensabas. Bueno, dímelo.

—Ahora ya no se lo quiero decir.

¿Qué era aquello, la comisaría de policía de Vigàta o el jardín de infancia Maria Montessori? Si le hubiera dado a Fazio una concha roja o un botón con tres agujeros, ¿habría hablado? Mejor seguir adelante.

—Vamos a ver, ¿qué hay de la matrícula?

—No he conseguido encontrar al señor Augello, no contesta ni siquiera al móvil.

—Mira entre sus papeles.

—¿Me da usted su autorización?

—Te la doy. Anda, ve.

—No hace falta que vaya. La tengo en el bolsillo.

Sacó un papelito y se lo alargó a Montalbano, que no lo cogió.

—¿Cómo la has conseguido?

—Buscando entre los papeles del señor Augello.

Montalbano experimentó el impulso de emprenderla a tortazos con él. Cuando se empeñaba, Fazio era capaz de atacarle los nervios hasta a un invertebrado.

—Pues ahora vuelve a buscar entre los papeles de Augello. Quiero saber exactamente qué día esperaban todos el regreso de Gargano.

—Gargano tenía que estar aquí el uno de septiembre —dijo inmediatamente Fazio—. Se tenían que pagar los intereses, y a las nueve de la mañana ya había unas veinte personas esperando.

Montalbano comprendió que, durante su ausencia de media hora, Fazio se había dedicado en cuerpo y alma a la lectura de los expedientes de Augello. Era un policía auténtico, a esas alturas ya lo sabía todo acerca del caso.

—Pero ¿por qué esperaban? ¿Acaso les pagaba en efectivo?

—No, *dottore*. Con cheques, con ingresos, con transferencias. Los que hacían cola eran los ancianos jubilados, les gustaba recibir el cheque de manos del propio Gargano.

—Hoy estamos a cinco de octubre. Lo cual significa que hace treinta y cinco días que no se tiene noticias tuyas.

—No, *dottore*. La empleada de Bolonia ha dicho que la última vez que lo vio fue el veintiocho de agosto. En esa ocasión, Gargano le dijo que al día siguiente, es decir, el veintinueve, viajaría aquí. Puesto que el mes tiene treinta y un días, hace treinta y ocho días que al contable Gargano no se le ve el pelo.

El comisario consultó el reloj, cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Oiga?

Desde el despacho desierto, Mariastella Cosentino contestó al primer timbrado con voz esperanzada. Con toda seguridad, soñaba que algún día sonaría el teléfono y desde el otro extremo de la línea le llegaría la cálida y seductora voz de su amado jefe.

—Soy Montalbano.

—Ah.

La decepción de la mujer se materializó, penetró en el hilo telefónico, lo recorrió por entero y se introdujo en la oreja del comisario en forma de molesto prurito.

—Quisiera una información, señorita. Cuando el contable venía a Vigàta, ¿qué medio utilizaba?

—El coche. El suyo.

—Me explicaré mejor. ¿Viajaba en coche desde Bolonia hasta aquí?

—No, de ninguna manera. Yo siempre me encargaba de reservarle los billetes de la vuelta. Cargaba el coche en el transbordador Palermo-Nápoles y después reservaba para él un camarote individual.

Dio las gracias, colgó el aparato y miró a Fazio.

—Ahora te explico lo que vas a hacer.

Siete

En cuanto abrió la puerta de su casa, comprendió que Adelina había sacado un poco de tiempo para ir a dar un repaso, pues todo estaba en orden, no había ni una sola mota de polvo en los libros, y el suelo brillaba como un espejo. Pero no había sido su asistente; sobre la mesa de la cocina había una nota:

Totori, le mando para las faenas a mi sobrina Cuncetta que es muy mañosa y apañada y le preparara un poco de comida yo buelbo pasadomañana.

Concetta había hecho la colada en la lavadora y había tendido toda la ropa. El corazón de Montalbano se estremeció repentinamente de angustia al ver que el jersey que Livia le había regalado había quedado reducido a la talla de un niño de diez años. Había encogido porque él no había tenido en cuenta que aquella prenda se tenía que lavar a una temperatura distinta de la del resto de la colada. El terror lo atenazó, tenía que hacerlo desaparecer de inmediato, no debía quedar ni rastro de él. Lo único que podía hacer era quemarlo, reducirlo a ceniza. Lo cogió, pero aún estaba un poco mojado. ¿Qué hacer? Ah, ya estaba: cavar un profundo hoyo en la arena y enterrar el cuerpo del delito. Actuaría mientras aún fuera de noche, exactamente igual que un asesino. Estaba a punto de abrir la puerta vidriera que daba a la galería cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

Era Livia. De manera absurda, al verse pillado in fraganti, emitió un leve grito, dejó caer al suelo el maldito jersey y trató de esconderlo debajo de la mesa con el pie.

—¿Qué te pasa? —preguntó Livia.

—Nada, me he quemado con el cigarrillo. ¿Has pasado unas buenas vacaciones?

—Estupendas, las necesitaba. ¿Y tú? ¿Alguna novedad?

—Lo de siempre.

Sin saber por qué, siempre experimentaban una especie de turbación, de pudor, al iniciar una conversación.

—Tal como acordamos, pasado mañana estoy ahí.

¿Ahí? ¿Qué quería decir aquel «ahí»? ¿Livia pensaba viajar a Vigàta? ¿Por qué? Él se alegraba, por supuesto, pero ¿de qué acuerdo le estaba hablando? No tuvo necesidad de preguntar nada, a aquellas alturas Livia ya sabía cómo era.

—Como es natural, te habrás olvidado de que hace quince días acordamos una fecha. Dijimos: mejor dos días antes.

—Livia, no te enfades, te lo ruego, no pierdas la paciencia, pero...

—Tú la paciencia se la harías perder a un santo.

¡No, por Dios! ¡Frasas hechas, no! ¡Vivir como un crápula, comer a dos carrillos, vender la piel del oso antes de haberlo matado, con la variante del cuento de la lechera!

—¡Te lo suplico, Livia, no hables de esta manera!

—Perdona, cariño, pero yo hablo como todas las personas normales.

—¿Es que a tu juicio yo soy una persona anormal?

—Dejémoslo correr, Salvo. Habíamos acordado que yo iría dos días antes de la boda de Mimì. ¿De eso también te has olvidado? ¿De la boda de Mimì?

—Pues sí, te lo confieso. Fazio me ha tenido que recordar que Mimì ya disfrutaba de su permiso matrimonial. Qué extraño.

—A mí no me parece nada extraño —dijo Livia con una voz en la que ya se percibía la formación de banquisas polares.

—¿Ah, no? Y eso, ¿por qué?

—Porque tú no olvidas, desplazas. Lo cual es otra cosa.

Comprendió que no podría resistir mucho rato aquella conversación. Además de las frases hechas y los lugares comunes, le atacaban los nervios aquellas interpretaciones de psicoanálisis barato a las cuales solía entregarse Livia con tanta fruición. Aquel psicoanálisis de película americana, en la que alguien mata pongamos por caso a cincuenta personas y después se descubre

que la matanza se debe a que el padre del asesino múltiple, cuando este era pequeño, un día no le quiso dar la mermelada que le pedía.

—¿Qué es lo que desplazo, en tu opinión y en la de tus colegas Freud y Jung?

Oyó en el otro extremo de la línea una sarcástica carcajada.

—La idea misma del matrimonio —le explicó Livia.

Unos osos polares se paseaban por la banquisa de su voz. ¿Qué hacer? ¿Reaccionar de mala manera y echarlo todo a rodar? ¿O bien fingir sumisión, docilidad, buena disposición de ánimo? Eligió, por motivos tácticos, este segundo camino.

—Puede que tengas razón —dijo con voz arrepentida.

Fue una jugada acertada y triunfadora.

—Dejemos este tema —dijo Livia, magnánima.

—¡Pues no! Ahora vamos a hablar —replicó Montalbano, que sabía que ya pisaba terreno seguro.

—¿Ahora? ¿Por teléfono? Ya hablaremos con calma cuando yo esté en Marinella.

—De acuerdo. Pero piensa que todavía tenemos que elegir el regalo de boda.

—¡Quita, hombre! —dijo Livia riéndose.

—¿No se lo quieres hacer? —preguntó Montalbano, sorprendido.

—¡El regalo ya lo he comprado y enviado! ¿Cómo quieres que esperara al último día? He comprado una cosita que estoy segura de que a Mimì le encantará. Conozco sus gustos.

Otra vez la habitual punzada de celos, absolutamente absurda, pero siempre lista para aflorar a la superficie.

—Ya sé que conoces muy bien los gustos de Mimì.

No lo pudo evitar, la estocada se le había escapado sola. Un momento de pausa por parte de Livia y después, la parada.

—Imbécil.

Otra entrada a fondo:

—Como es natural, has pensado en los gustos de Mimì, pero no en los de Beatrice.

—Hablé con Beba por teléfono y le pedí consejo.

Montalbano ya no supo a qué terreno desviar el desafío, pues últimamente sus llamadas telefónicas se habían convertido sobre todo en ocasiones y pretextos para enfrentamientos y peleas. Y lo bueno era que aquella animosidad estaba al margen de la inmutable intensidad de su relación. Entonces, ¿a qué obedecía el hecho de que se pelearan por teléfono a cada dos por tres? Quizá, se dijo el comisario, sea un efecto de la lejanía, que cada día resulta más insoportable porque, cuando uno se hace mayor, lo mejor es contemplar de vez en cuando la verdad cara a cara y utilizar las palabras adecuadas, y se experimenta la creciente necesidad de tener al lado a la persona a la que más queremos. Mientras lo pensaba (y la idea le gustaba porque era tan trivial y tranquilizadora como las frases de las tarjetitas que a veces se encuentran dentro de las cajas de bombones), cogió el jersey de debajo de la mesa, lo introdujo en una bolsa de plástico, abrió el armario, el olor de la naftalina estuvo a punto de asfixiarlo, se echó hacia atrás cerrando la puerta del ropero de un puntapié y arrojó la bolsa de plástico hacia el techo del mueble. De momento, se podía quedar allí, ya lo enterraría antes de la llegada de Livia.

Abrió el frigorífico y no encontró nada especial, un bote de aceitunas, uno de anchoas y un poco de queso. Pero se animó al abrir el horno: Concetta le había preparado un plato muy fácil de patatas aderezadas, que podía no ser nada o serlo todo según la mano que dosificaba los condimentos y creaba una interacción entre la cebolla y las alcaparras, las aceitunas con el vinagre y el azúcar y la sal con la pimienta. Al primer bocado, comprendió que Concetta era una virtuosa de la cocina, digna alumna de su tía Adelina. Tras terminarse el abundante plato de patatas aderezadas, se puso a comer pan con queso, no porque se hubiera quedado con apetito sino por pura glotonería. Recordó que siempre había sido muy goloso y glotón ya desde pequeño, hasta el extremo de que su padre lo llamaba *liccu cannarutu*, que significa exactamente goloso y glotón. El recuerdo lo estaba arrastrando a un principio de emoción, a la que consiguió resistir valerosamente con la ayuda de un poco de *whisky* solo. Se preparó para irse a la cama. Pero antes quería elegir un libro para leer. Dudaba entre el último libro de Tabucchi y una antigua novela de Simenon

que jamás había leído. Estaba alargando la mano hacia Tabucchi cuando sonó el teléfono. Contestar o no contestar, he aquí la cuestión. La estupidez de la frase que le había venido a la mente lo hizo avergonzarse hasta el extremo de inducirlo a contestar aunque ello tuviera que suponerle una molestia descomunal.

—¿Te molesto, Salvo? Soy Mimì.

—En absoluto.

—¿Ya te ibas a acostar?

—Pues sí.

—¿Estás solo?

—¿Quién quieres que haya?

—¿Me puedes dedicar cinco minutos?

—Faltaría más, dime.

—Por teléfono, no.

—Pues entonces, ven.

Estaba claro que Mimì no quería hablarle de cuestiones de trabajo. Pues entonces, ¿de qué? ¿Qué problemas podía tener? ¿Habría discutido con Beatrice? Se le ocurrió un pensamiento miserable: si se trataba de una pelea con la novia, le diría que llamara a Livia. ¿Acaso no se entendían el uno al otro a la perfección? Llamaron a la puerta. ¿Quién podía ser a aquella hora?

Tenía que descartar a Mimì porque de Vigàta a Marinella se tardaba por lo menos diez minutos.

—¿Quién es?

—Soy yo, Mimì.

¿Cómo se las había arreglado? Entonces lo comprendió. Mimì, que debía de encontrarse en las inmediaciones, lo había llamado desde su móvil. Abrió. Augello entró muy pálido, abatido y apesadumbrado.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Montalbano, impresionado.

—Sí y no.

—¿Qué coño quiere decir sí y no?

—Después te lo explico. ¿Me das dos dedos de *whisky* sin hielo? —dijo Augello, sentándose en una silla junto a la mesa.

El comisario, que estaba escanciando el *whisky*, se bloqueó de golpe. Pero ¿aquella misma escena él y Mimì no la habían interpretado en otra ocasión?

¿Acaso no habían dicho casi las mismas palabras?

Augello se bebió el *whisky* de un solo trago, se levantó para tomarse otro y volvió a sentarse.

—De salud estoy bien —dijo—. El problema es otro.

«El problema, en política, en economía, en lo público y en lo privado, siempre es otro —pensó Montalbano—. Alguien dice: “Hay demasiados parados”, y el político de turno contesta: “Mire, el problema es otro”. Un marido le pregunta a la mujer: “¿Es cierto que me has puesto los cuernos?”, y ella contesta: “El problema es otro”». Pero, puesto que ya recordaba perfectamente el guión, le dijo a Mimì:

—Ya no te quieres casar.

Mimì lo miró estupefacto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, me lo dicen tus ojos, tu cara, tu aspecto.

—No es eso exactamente. La cuestión es más compleja.

No podía faltar la complejidad de la cuestión después de la otredad del problema. ¿Qué vendría a continuación, que el asunto se había ido al garete o que había que seguir adelante con él? Augello añadió:

—El caso es que yo a Beba la quiero muchísimo, me gusta hacer el amor con ella, su manera de pensar, de hablar, de vestir, de cocinar...

—¿Pero? —preguntó Montalbano, interrumpiéndolo a propósito.

Mimì se estaba adentrando por un camino muy largo y extenuante: la enumeración de las cualidades de una mujer de la cual un hombre se ha enamorado podía ser tan infinita como los nombres del Señor.

—Pero no me siento capaz de casarme con ella.

Montalbano no dijo nada, seguramente habría una continuación.

—O, mejor dicho, me siento capaz de casarme con ella, pero...

La continuación ya se había producido, pero tenía otra a su vez.

—Algunas noches, cuento las horas que me faltan para la boda.

Pausa atormentada.

—Y otras noches, en cambio, quisiera tomar el primer avión que pasara y largarme a Burkina Faso.

—¿Pasan muchos aviones con destino a Burkina Faso por aquí? —preguntó Montalbano con cara de querubín.

Mimì se levantó de golpe con el rostro congestionado.

—Me voy. No he venido para que te cachondees de mí.

Montalbano lo convenció de que se quedara y hablara. Y entonces Mimì dio comienzo a un largo monólogo. El caso era, explicó, que algunas noches tenía corazón de asno y otras noches tenía corazón de león. Se sentía dividido por la mitad, a veces tenía miedo de asumir obligaciones que no podría cumplir y otras se imaginaba en el papel de satisfecho padre de cuatro hijos. No sabía decidirse, temía largarse en el momento de tener que dar el sí y mandarlo todo al carajo. Y la pobre Beba, ¿cómo podría resistir semejante golpe? Tal como había ocurrido la vez anterior, ambos se bebieron todo el *whisky* que había en la casa. El primero en caer fue Augello, ya afectado por otras malas noches y agotado por el monólogo de tres horas de duración: se levantó y abandonó la sala. Montalbano pensó que se había ido al cuarto de baño. Se equivocaba, Mimì se había tumbado atravesado en su cama y estaba roncando. El comisario soltó un taco, lo maldijo, se tumbó en el sofá y, poco a poco, se quedó dormido.

Se despertó con dolor de cabeza porque alguien estaba cantando en el cuarto de baño. ¿Quién podía ser? De repente, recuperó la memoria. Se levantó con el cuerpo dolorido por la incómoda posición en que había dormido y corrió al aseo. Mimì se encontraba en la ducha y estaba inundando el suelo. Pero no le importaba, parecía contento. ¿Qué hacer? ¿Dejarlo fuera de combate con un puñetazo en la nuca? Se dirigió a la galería, el día era aceptable. Regresó a la cocina, se preparó el café y se bebió una taza. Apareció Mimì, afeitado, fresco como una rosa y sonriente.

—¿Hay también para mí?

Montalbano no contestó, no sabía qué le habría salido de la boca en caso de haberla abierto. Augello se llenó media taza de azúcar y, al verlo, el comisario experimentó un conato de vómito: aquel no bebía café, se lo comía como si fuera mermelada.

Tras haberse tomado el café o lo que fuera, Mimì lo miró con la cara muy seria.

—Te ruego que olvides lo que te dije anoche. Estoy más que decidido a casarme con Beba. Son bobadas pasajeras que de vez en cuando me rondan por la cabeza.

—Enhorabuena y que tengas hijos varones —murmuró Montalbano entre dientes.

Y, mientras Augello se disponía a salir, añadió, esta vez con toda claridad:

—Y te felicito.

Mimì se volvió muy despacio y se puso en guardia; el tono del comisario había sido deliberadamente insinuante.

—¿Por qué me felicitas?

—Por lo bien que has llevado el asunto de Gargano. Has hecho un trabajo genial.

—¿Has estado fisgando en mis papeles? —preguntó Augello, inmediatamente irritado.

—Tranquilo, prefiero otras lecturas más instructivas.

—Oye, Salvo —dijo Mimì, retrocediendo y volviendo a sentarse—, ¿cómo te tengo que explicar que yo solo he colaborado, y en grado mínimo, en la investigación? Todo está en manos de Guarnotta. Del asunto se encargan también en Bolonia. Por consiguiente, no la tomes conmigo, he hecho lo que me han dicho que hiciera y punto.

—¿No tienen idea de adónde ha ido a parar el dinero?

—Hasta el momento en que yo me encargué del caso, no lograban comprender qué camino había seguido. Tú ya sabes cómo actúan estos personajes: mueven el dinero de un país a otro, de un banco a otro, crean unas sociedades que son como cajas chinas, *off shore*, cosas de este tipo, y llega un momento en que hasta empiezas a dudar de la existencia del dinero.

—Por consiguiente, ¿el único que sabe dónde se encuentra ahora el botín es Gargano?

—Teóricamente, tendría que ser solo él.

—Explícate.

—Bueno, no podemos descartar que tenga un cómplice. O que le haya revelado algo a alguien. Aunque yo no creo que lo haya hecho.

—¿Por qué?

—No era ese tipo de persona, no se fiaba de sus colaboradores, lo tenía todo controlado. El único que gozaba de cierta autonomía, muy poca, aquí en la agencia de Vigàta, era Giacomo Pellegrino, creo que se llama así. Me lo

han dicho las otras dos empleadas, yo no lo he podido interrogar porque está en Alemania y aún no ha regresado.

—¿Quién te dijo que se había ido?

—Me lo dijo su patrona.

—¿Estáis seguros de que Gargano no ha desaparecido o lo han hecho desaparecer en nuestra tierra?

—Mira, Salvo, no hemos encontrado ningún billete de tren, de avión o de barco que atestigüe su partida hacia algún destino en los días anteriores a su desaparición. Nos dijimos que quizá viniera en coche. Tenía una tarjeta de crédito de autopistas. No hay constancia de que la haya utilizado. Paradójicamente, cabría la posibilidad de que Gargano no se hubiera movido de Bolonia. Por aquí nadie ha visto su coche, que era muy llamativo. —Mimì miró el reloj—. ¿Algo más? No quisiera que Beba se preocupara al no encontrarme.

Esa vez, Montalbano, que había recuperado el buen humor, se levantó y lo acompañó a la puerta. No porque Augello, con todo lo que había dicho, le hubiera facilitado las cosas, sino justo por todo lo contrario: la dificultad de la investigación le estaba produciendo una especie de satisfacción, de placer interior similar al que experimenta un auténtico cazador en presencia de una presa hábil y astuta.

Ya en el umbral, Mimì le preguntó:

—¿Me quieres decir por qué te estás metiendo en este asunto de Gargano?

—No. O, mejor dicho, quizá no lo sé muy bien ni yo mismo. A propósito, ¿sabes cómo está François?

—Ayer hablé con mi hermana, me dijo que estaban todos bien. Los verás en la boda. ¿Por qué has dicho «a propósito»? ¿Qué tiene que ver François con Gargano?

Hubiera sido demasiado largo y difícil explicarle el susto que se había llevado al pensar que el dinero del pequeño hubiera podido desaparecer junto con el contable estafador. Y que aquel susto había sido uno de los motivos que lo habían inducido a intervenir en todo aquel asunto.

—¿He dicho a propósito? Pues no sé por qué —contestó con la mayor desfachatez.

—Fazio, no hagas nada de lo que te dije ayer. Mimì me ha explicado que han llevado a cabo investigaciones muy serias, no hace falta que pierdas el tiempo. Entre otras cosas, no hay ni un perro que haya visto a Gargano por aquí.

—Como usted mande, *dottore* —dijo Fazio.

Y no se movió de delante del escritorio del comisario.

—¿Me querías decir algo?

—Bueno, es que he encontrado una hoja entre los papeles del señor Augello. Era la declaración de alguien que aseguraba haber visto el Alfa ciento sesenta y seis de Gargano en un camino rural en la noche entre el treinta y uno de agosto y el uno de septiembre.

Montalbano se levantó de un salto del sillón.

—¿Y bien?

—Al margen, el señor Augello había escrito «no tomar en consideración». Y es lo que hicieron.

—Pero ¿por qué, Dios bendito?

—Porque el hombre se llama Antonino Tommasino.

—¡Y a mí qué coño me importa cómo se llame! Lo importante es...

—Pues le tendría que importar, *dottore*. Este Antonino Tommasino hace dos años denunció a los carabinieri la aparición en la zona de Puntasecca de un monstruo marino con tres cabezas. El año pasado se presentó aquí a las tantas, diciendo a gritos que había visto aterrizar un platillo volante. Imagínese, *dottore*, le contó la historia a Catarella y Catarella se impresionó tanto que él también se puso a dar voces. Un auténtico chalado, *dottore*.

Ocho

Llevaba una hora firmando los expedientes que Fazio le había colocado sobre la mesa echando mano de toda su autoridad («¡*Dottore*, estos los tiene que despachar usted sin falta, usted no se levanta de aquí hasta que termine!»), cuando apareció Augello sin haber llamado siquiera a la puerta. Parecía muy alterado.

—¡La boda se ha aplazado!

Santo Dios, el ataque de tira y afloja debía de haberse agravado.

—¿Te lo has vuelto a pensar como los cornudos?

—No, pero esta mañana han telefoneado a Beba desde Aidone, su padre ha sufrido un infarto. Al parecer, no es grave, pero Beba no se quiere casar sin que esté su padre, está muy encariñada con él. Ya se ha ido, hoy mismo me reuniré con ella. Más o menos, si todo va bien, la boda se aplaza un mes. Y yo ¿qué hago?

La pregunta desconcertó a Montalbano.

—¿Qué quieres decir?

—Que no conseguiré resistir un mes, una noche despierto, pensando en lo que falta para la boda, y la siguiente pensando en cómo escapar de ella. Llegaré al altar con una camisa de fuerza o con un agotamiento nervioso.

—El agotamiento te lo voy a evitar yo. Vamos a hacer una cosa. Vete a Aidone, comprueba cómo está la situación y después vuelves y te incorporas de nuevo al servicio.

Alargó una mano hacia el teléfono.

—Voy a avisar a Livia.

—No hace falta. Ya la he llamado yo —dijo Augello al salir.

Montalbano experimentó un ataque de celos. Pero ¿cómo? ¿A tu futuro suegro le da un infarto, tu novia llora y se desespera, la boda se va al carajo y

tú lo primero que haces es llamar a Livia? Dio un manotazo a los expedientes, que se esparcieron por el suelo, se levantó, salió, se fue al puerto y comenzó un largo paseo para que se le calmaran los nervios.

No supo por qué, pero, mientras regresaba a la comisaría, se le ocurrió la idea de cambiar de camino y pasar por delante de la agencia de la Rey Midas. Estaba abierta. Empujó la puerta de cristales y entró.

E inmediatamente lo asaltó una sensación de desolado abandono. En el interior de la agencia solo había una lámpara encendida que esparcía a su alrededor una mortecina luz de velatorio. Mariastella Cosentino estaba sentada inmóvil detrás de la ventanilla, con los ojos perdidos en la distancia.

—Buenos días —dijo Montalbano—. Pasaba por aquí... ¿Hay alguna novedad?

Mariastella extendió los brazos sin abrir la boca.

—¿Ha dado señales de vida Giacomo Pellegrino desde Alemania?

Mariastella abrió enormemente los ojos.

—¿Desde Alemania?

—Sí, se fue a Alemania por encargo de Gargano, ¿no lo sabía?

Mariastella lo miró confusa y desconcertada.

—No lo sabía. Y la verdad es que me preguntaba dónde se habría metido. Pensaba que se escondía para evitar que...

—No —dijo Montalbano—. Su tío, que se llama exactamente igual que él, me ha dicho que Gargano le encargó a Giacomo por teléfono que se fuera a Alemania la tarde del treinta y uno de agosto.

—¿La víspera de la prevista llegada del contable?

—Exactamente.

Mariastella no dijo nada.

—¿Hay algo que no la convence?

—Si he de serle sincera, sí.

—Dígame.

—Verá, Giacomo era el que, de entre todos nosotros, colaboraba con el contable en la cuestión de los pagos y el cálculo de los intereses. Me extraña

que el contable le encargara un asunto lejos de aquí cuando más lo necesitaba. Y, además, Giacomo...

Interrumpió la frase, estaba claro que no deseaba seguir adelante.

—Tenga confianza y dígame todo lo que piensa. En el propio interés del contable Gargano.

La última frase la pronunció sintiéndose un tramposo de marca mayor, pero la señorita Cosentino picó el anzuelo.

—No creo que Giacomo fuera un entendido en altas finanzas. En cambio, el contable era un verdadero mago.

Le brillaban los ojos al pensar en lo listo que era su amor.

—Oiga —dijo el comisario—, ¿sabe dónde vive Giacomo Pellegrino?

—Pues claro —contestó Mariastella.

Y se lo indicó.

—Si hubiera alguna novedad, llámeme —dijo Montalbano.

Le tendió la mano, pero Mariastella se limitó a exhalar un «buenos días» por debajo del nivel de percepción. Puede que no le quedaran fuerzas, puede que se estuviera dejando morir de hambre como hacían algunos perros sobre la tumba de su amo. El comisario salió corriendo de la agencia, le faltaba el aire.

La puerta del apartamento de Giacomo Pellegrino estaba abierta de par en par, y en el rellano se amontonaban unos sacos de cemento, unos botes de pintura de pared de distintos colores y otros elementos propios de albañiles.

Entró.

—¿Permiso?

—¿Qué desea? —preguntó desde lo alto de una escalera de mano un albañil con atuendo de albañil, incluido el pañuelo en la cabeza.

—No sé —contestó Montalbano un tanto desorientado—. ¿Aquí no vive uno que se llama Pellegrino?

—Yo no sé nada de quién vive o no vive aquí —contestó el albañil.

Levantó un brazo y llamó al techo con los nudillos, tal como se hace en las puertas.

—¡Señora Catarina! —llamó.

Se oyó una amortiguada voz de mujer desde arriba.

—¿Quién hay?

—Baje, señora, hay uno que pregunta por usted.

—Voy ahora mismo.

Montalbano salió al rellano. Oyó abrirse y cerrarse una puerta en el rellano de arriba y después un curioso ruido semejante al de un fuelle en acción. Montalbano comprendió lo que era cuando vio aparecer en lo alto del tramo de la escalera a la señora Catarina. Debía de pesar no menos de ciento cuarenta kilos y, a cada paso que daba, respiraba de aquella manera. En cuanto vio al comisario, la mujer se detuvo.

—¿Usted quién es?

—Un comisario de las fuerzas del orden. Me llamo Montalbano.

—¿Y qué quiere de mí?

—Hablar con usted, señora.

—¿Será muy largo?

El comisario hizo un gesto evasivo con la mano. La señora Catarina lo miró con expresión pensativa.

—Mejor que suba usted —dijo al final, dando comienzo a la complicada maniobra de girar sobre sí misma.

El comisario no se movió hasta que oyó el ruido de la llave que abría la puerta del piso superior.

—Venga por aquí —lo guio la voz de la mujer.

Era el salón de las visitas. Vírgenes bajo campanas de cristal, reproducciones de vírgenes que lloraban, frasquitos en forma de Virgen llenos de agua de Lourdes. La señora ya se había sentado en un sillón hecho visiblemente a la medida. Le hizo señas a Montalbano de que se sentara a su lado, en el sofá.

—Dígame, señor comisario. ¡Me lo esperaba! ¡Me lo estaba oliendo que acabaría así ese delincuente degenerado! ¡En la cárcel! ¡En prisión para toda la vida hasta el día que se muera!

—¿De quién me habla, señora?

—¿De quién quiere que le hable? ¡De mi marido! ¡Lleva tres noches fuera de casa! ¡Juega, se emborracha, va con putas ese grandísimo guarro!

—Perdone, señora, no he venido por su marido.

—Ah, ¿no? Y entonces, ¿por qué ha venido?

—Por Giacomo Pellegrino. Usted le alquiló el apartamento del piso de abajo, ¿no?

Aquella especie de mapamundi que era el rostro de la señora Catarina empezó a hincharse progresivamente hasta que el comisario temió que se produjera una explosión. Pero, en vez de eso, la señora estaba esbozando una ancha sonrisa de complacencia.

—¡Virgen santísima, qué chico tan bueno! ¡Educado, limpio! ¡Lástima que lo haya perdido!

—¿En qué sentido lo ha perdido?

—Lo he perdido porque dejó la casa.

—¿Ya no vive en el piso de abajo?

—No, señor.

—Señora, cuéntemelo todo desde el principio.

—¿Qué principio? Sobre el veinticinco de agosto subió y me dijo que dejaba el apartamento y, como no me había avisado con antelación, me entregó el importe del alquiler de tres meses. El día treinta por la mañana, se preparó dos maletas con sus cosas, se despidió y dejó el piso vacío. Este es el principio y el final.

—¿Le dijo adónde se iba a vivir?

—¿Y por qué me lo tenía que decir? ¿Qué éramos? ¿Madre e hijo? ¿Marido y mujer? ¿Hermano y hermana?

—¿Ni siquiera eran primos? —preguntó Montalbano, proponiendo una interesante variación a los posibles parentescos. Pero la señora Catarina no captó la ironía.

—¡Pero qué dice! Solo me dijo que se pasaría un mes en Alemania y que, a la vuelta, se iría a vivir a una casa que tenía. ¡Es tan bueno, que Dios lo bendiga! ¡El Señor tiene que proteger y ayudar a este chico!

—¿Ha escrito o telefoneado desde Alemania?

—¿Por qué? ¿Qué somos, parientes?

—Creo que esto ya ha quedado claro —dijo Montalbano—. ¿Ha venido alguien preguntando por él?

—No, señor, nadie. Solo vino a buscarlo uno el cuatro o cinco de septiembre.

—¿Sabe quién era?

—Sí, señor, un policía. Dijo que el señorito Giacumu se tenía que presentar en la comisaría. Pero yo le dije que se había ido a Alemania.

—¿Tenía coche?

—¿Jacuminu? No, señor, sabía conducir, tenía el carnet. Pero no tenía coche, solo un ciclomotor muy viejo que a veces funcionaba y a veces no.

Montalbano se levantó, dio las gracias y se despidió.

—Perdone que no lo acompañe —dijo la señora Catarina—, pero me cuesta mucho levantarme.

—A ver si reflexionáis un momento conmigo —les dijo el comisario a los salmonetes de roca que tenía en el plato—. Según lo que me ha dicho la señora Catarina, Giacomo dejó el apartamento la mañana del treinta de agosto. Según su homónimo tío, Giacomo le dijo al día siguiente que a las cuatro de la tarde tomaría un avión con destino a Alemania. Por consiguiente, la pregunta es esta: ¿dónde durmió Giacomo la noche entre el treinta y el treinta y uno de agosto? ¿No habría sido más lógico dejar el apartamento la mañana del treinta y uno tras haber pasado la noche en él? Y, además: ¿dónde está el ciclomotor? Sin embargo, la pregunta fundamental es: ¿esta historia de Giacomo tiene importancia para la investigación? En caso afirmativo, ¿por qué?

Los salmonetes de roca no contestaron porque ya no estaban en el plato sino en la tripa de Montalbano.

—Vamos a suponer que tiene importancia —terminó diciendo.

—Fazio, quisiera que comprobaras si en el vuelo de las dieciséis del día treinta y uno de agosto con destino a Alemania había una reserva a nombre de Giacomo Pellegrino.

—¿A qué lugar de Alemania?

—No lo sé.

—*Dottore*, piense que en Alemania hay muchas ciudades.

—¿Te quieres hacer el gracioso?

—No, señor. ¿Y desde qué aeropuerto? ¿Punta Raisi o Fontanarossa?

—Desde Punta Raisi, creo. Y quítate ya de mi vista.

—A sus órdenes, *dottore*. Solo quería decirle que ha llamado el director Burgio para recordarle lo que usted ya sabe.

El antiguo director de la escuela lo había llamado unos días atrás para invitarlo a un debate entre partidarios y opositores a la construcción del puente sobre el estrecho de Messina. El director era el portavoz de los partidarios. Al final, vete tú a saber por qué, se proyectaría la película *La vida es bella*, de Roberto Benigni. Montalbano había prometido asistir para darle gusto a su amigo y también para ver la película, sobre la cual había oído opiniones tan divergentes.

Decidió ir a cambiarse de ropa a Marinella porque los vaqueros no le parecían apropiados. Tomó el vehículo, se fue a casa y, una vez allí, se le ocurrió la desventurada idea de tumbarse un poco en la cama, solo cinco minutos. Durmió tres horas seguidas. Cuando se despertó de golpe, comprendió que, si se daba prisa, llegaría justo a tiempo para la proyección.

La sala estaba abarrotada de gente, y su entrada casi coincidió con el momento en que se apagaron las luces. Permaneció de pie. De vez en cuando, se reía. La situación cambió hacia el final, cuando empezó a notar que la emoción le subía a la garganta. Jamás había llorado viendo una película. Abandonó la sala antes de que volvieran a encenderse las luces, temiendo que alguien se diera cuenta de que tenía los ojos humedecidos por las lágrimas. ¿Por qué le había ocurrido esta vez? ¿Por la edad? ¿Era un signo de vejez? Lo que ocurre es que, cuando uno envejece, empieza a enternecerse con cierta facilidad. Pero no era solo por eso. ¿Por la historia que contaba la película o por cómo la contaba? Por supuesto, pero no solo por eso. Esperó fuera a que saliera la gente para saludar un momento al director Burgio. Le apetecía estar solo, regresar enseguida a casa.

En la galería soplaba el viento y hacía frío. El mar ya se había comido casi toda la playa. En la entrada tenía un grueso impermeable forrado. Se lo puso, regresó a la galería y se sentó. Las ráfagas de viento le impedían encender un cigarrillo. Para poder hacerlo, habría tenido que entrar en la casa. Antes que levantarse, prefirió no fumar. A lo lejos se veían unas luces que de vez en cuando desaparecían. Si eran pescadores, las debían de estar pasando

canutas con aquella mar. Permaneció inmóvil con las manos en los bolsillos de la gabardina, pensando en lo que le había ocurrido durante la proyección de la película. Y, de golpe, comprendió con claridad meridiana la verdadera, única e innegable razón de su llanto. Y la rechazó de golpe porque le pareció increíble. Pero poco a poco, y a pesar de sus intentos de rodearla y atacarla por todas partes, aquella razón siguió resistiendo. Al final, tuvo que darse por vencido. Y entonces tomó una decisión.

Antes de salir, tuvo que esperar a que llegaran al bar Albanese los barquillos rellenos de requesón fresco. Compró unos treinta junto con varios kilos de galletas recubiertas de azúcar, mazapán y mostachones. Durante el viaje, su coche dejaba una estela aromática a su paso. Tenía que mantener forzosamente las ventanillas abiertas; de lo contrario, la intensidad de los aromas le habría provocado dolor de cabeza.

Para llegar a Calapiano, decidió seguir el camino más largo e incómodo, el que siempre había seguido las pocas veces que había ido, pues le permitía volver a contemplar aquella Sicilia que iba desapareciendo día a día, hecha de tierra avara de verdor y de hombres avaros de palabras. Al cabo de dos horas de viaje, nada más salir de Gagliano, se encontró con una hilera de coches que avanzaba a paso de tortuga sobre el maldito asfalto. Un letrero escrito a mano y clavado a un poste de la electricidad decía: «¡CIRCULEN DESPACIO!».

Un sujeto con cara de presidiario (pero ¿estamos seguros de que los presidiarios tienen esta cara?), vestido de paisano y con un silbato en la boca, emitió un silbido de árbitro, levantó un brazo, y el coche que precedía al de Montalbano se detuvo de golpe. Tras esperar un ratito y ver que no ocurría nada, el comisario decidió estirar un poco las piernas, bajó y se acercó al hombre.

—¿Es usted un guardia municipal?

—¿Yo? ¡Quite, hombre! Yo soy Gaspere Indelicato, el bedel de la escuela elemental. Apártese, que se acercan los coches que vienen hacia acá.

—Perdone, pero ¿hoy no es día de clase?

—Pues claro. Pero han cerrado la escuela porque se han caído dos techos.

—¿Por eso lo han destacado a usted para hacer de urbano?

—A mí no me ha destacado nadie. He venido voluntariamente. Si yo no estuviera en este lado y Peppi Brucculeri en el otro, también voluntario, ¿se imagina el follón que se podría armar?

—Pero ¿qué le ha ocurrido a la carretera?

—Se hundió a un kilómetro de aquí. Hace cinco meses. Los coches solo pueden pasar de uno en uno.

—¿Hace cinco meses?

—Sí, señor. El Ayuntamiento dice que el bache lo tiene que arreglar la provincia; la provincia dice que la región; la región, que la Dirección de Carreteras, y a ustedes entretanto que les den por el culo.

—¿Y a usted no?

—Yo voy en bicicleta.

Media hora más tarde, Montalbano pudo reanudar su viaje. Recordaba que la finca se encontraba a cuatro kilómetros de Calapiano y que, para llegar hasta ella, tenía que seguir un camino tan lleno de baches, piedras y polvo que hasta las cabras lo evitaban. Esa vez, en cambio, encontró un camino estrecho, pero asfaltado y bien cuidado. Las posibilidades eran dos: o se había equivocado o el Ayuntamiento de Calapiano funcionaba muy bien. Resultó ser lo segundo. La gran casa rural apareció después de una curva; de la chimenea surgía un poco de humo, señal de que alguien estaba preparando la comida en la cocina. Consultó el reloj, era casi la una. Bajó, cargó con los barquillos y los dulces y entró en la casa, cuya espaciosa sala principal incluía el comedor pero también la sala de estar, tal como demostraba el televisor del rincón. Depositó su carga sobre la mesita y se dirigió a la cocina. Franca, la hermana de Mimì, se encontraba de espaldas y no se dio cuenta de que él había entrado. El comisario la contempló un ratito en silencio y admiró la armonía de sus movimientos, pero, sobre todo, se extasió ante el aroma de ragú que le ensanchaba los pulmones.

—Franca.

La mujer se volvió y, al ver a Montalbano, se le iluminó el rostro y corrió a arrojarse en sus brazos.

—¡Qué sorpresa tan grande me has dado, Salvo! —E inmediatamente después, añadió—: ¿Te has enterado de lo de la boda de Mimì?

—Sí.

—Esta mañana me ha llamado Beba. Su padre ha mejorado.

Y ya no dijo nada más, volvió a dedicar su atención a los fogones y no preguntó por qué razón Salvo había ido a verlos.

«¡Qué mujer tan extraordinaria!», pensó Montalbano, y preguntó:

—¿Dónde están los demás?

—Los mayores, trabajando. Giuseppe, Domenico y François están en la escuela. No tardarán en regresar. Los iré a recoger Ernst en el coche, ¿te acuerdas de aquel estudiante alemán que nos echó una mano durante las vacaciones? Regresa siempre que puede, se ha encariñado con todo esto.

—Tengo que hablar contigo —dijo Montalbano.

Y le contó la historia de la libreta de ahorro y del dinero del notario. Jamás se lo había contado ni a Franca ni a su marido, Aldo, por la sencilla razón de que siempre se olvidaba. Durante el relato, Franca iba y venía de la cocina al comedor con el comisario al lado. Al final, su único comentario fue:

—Hiciste bien. Me alegro por François. ¿Me ayudas a llevar los cubiertos?

Nueve

Cuando oyó el rumor de un vehículo en el patio, no pudo contenerse y salió corriendo.

Reconoció inmediatamente a François. ¡Dios santo, cuánto había cambiado! Ya no era el chiquillo que él recordaba, sino un muchacho moreno y espigado de cabello rizado y grandes ojos negros. En el mismo momento, François lo vio a él.

—¡Salvo!

Y corrió a su encuentro para darle un fuerte abrazo. No como aquella vez en que primero había corrido hacia él, pero, de pronto, se había apartado; en esta ocasión, entre ellos no había ningún problema, no había ninguna sombra, sino tan solo un profundo afecto que se puso de manifiesto en la intensidad y la duración del abrazo. Y, de esta manera, mientras Montalbano rodeaba con su brazo los hombros de François, quien trataba a su vez de rodearle la cintura con el suyo, ambos entraron en la casa seguidos de los demás.

Después llegaron Aldo y sus tres ayudantes, y todos se sentaron alrededor de la mesa. François estaba a la derecha de Montalbano y, en determinado momento, apoyó la mano izquierda en su rodilla. Este se pasó el tenedor a la otra mano y se las arregló para comer la pasta con ragú con la izquierda mientras apoyaba la derecha en la del niño. Cada vez que ambas manos tenían que separarse para beber un sorbo de vino o cortar la carne, se apresuraban a regresar a su cita secreta bajo la mesa.

—Si quieres descansar, hay una habitación preparada —dijo Franca después de comer.

—No, tengo que volver enseguida —contestó Montalbano.

Aldo y sus ayudantes se levantaron, lo saludaron y salieron.

Giuseppe y Domenico imitaron su ejemplo.

—Van a trabajar hasta las cinco —explicó Franca—. Después regresan y hacen los deberes.

—¿Y tú? —le preguntó Montalbano a François.

—Yo me quedo contigo hasta que te vayas. Te quiero enseñar una cosa.

—Anda —dijo Franca, y, dirigiéndose a Montalbano, añadió—: Yo entretanto te escribiré lo que me has pedido.

François lo llevó a la parte de atrás de la casa, donde se extendía un gran prado de alfalfa. Cuatro caballos estaban pastando.

—¡Bimba! —llamó François.

Una yegua joven de rubia crin levantó la cabeza y se acercó al chiquillo. En cuanto estuvo a su alcance, François tomó carrerilla y, de un salto, montó a pelo sobre el animal, dio la vuelta y retrocedió.

—¿Te gusta? —le preguntó alegremente—. Me la ha regalado papá.

¿Papá? Ah, sí, se refería a Aldo, a quien con toda justicia llamaba papá. Fue la simple punta de un alfiler que, por un instante, le pinchó el corazón, casi nada, pero la percibió.

—También le enseñé a Livia lo bien que lo hago —dijo François.

—Ah, ¿sí?

—Sí, el otro día, cuando vino. Y tenía miedo de que me cayera. Ya sabes tú cómo son las mujeres.

—¿Durmió aquí?

—Sí, una noche. Al día siguiente se fue. Ernst la acompañó a Punta Raisi. Estuve muy contento.

Montalbano no dijo nada. Regresaron a la casa en silencio, entrelazados como antes, el comisario con un brazo alrededor de los hombros del muchacho y François tratando de rodearle la cintura con el suyo, aunque, en realidad, se agarraba a la chaqueta. Al llegar a la puerta, François dijo en voz baja:

—Te tengo que contar un secreto.

Montalbano se inclinó.

—Cuando sea mayor, quiero ser policía como tú.

A la vuelta, siguió el otro camino y, por consiguiente, en lugar de tardar cuatro horas y media, tardó solo tres horas largas. En la comisaría lo asaltó de inmediato un Catarella más alterado que de costumbre.

—¡Ah, *dottori, dottori!* El *siñor* jefe superior dice que...

—No me vengáis a tocar los cojones tú y él.

Catarella se quedó tan anonadado que ni siquiera tuvo fuerzas para reaccionar.

Una vez en su despacho, Montalbano se dedicó a la afanosa búsqueda de una hoja de papel y un sobre que no llevaran el membrete de la comisaría. Tuvo suerte y le escribió al jefe superior una carta sin andarse con preámbulos de «ilustre» o «distinguido».

Espero que ya haya recibido copia de la carta del notario que yo le envié con carácter anónimo. Adjunto a la presente la transcripción de todos los documentos relacionados con la adopción legal de aquel niño de cuyo secuestro usted llegó a acusarme. Por mi parte, considero zanjada la cuestión. Si usted desea volver sobre el tema, le advierto que presentaré una querrela por difamación.

Montalbano

—¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori!*

—Toma estas mil liras, compra un sello, pégalo a este sobre y envíalo.

—¡*Dottori*, pero si aquí en el despacho hay sellos a porrillo!

—Haz lo que te mando. ¡Fazio!

—A sus órdenes, *dottore*.

—¿Tenemos alguna noticia?

—Sí, *dottore*. Y tengo que darle las gracias a un amigo mío de la policía del aeropuerto que tiene un amigo que es novio de una chica que trabaja en el mostrador de billetes de Punta Raisi. Si no se nos hubiera presentado esta buena ocasión, habrían pasado por lo menos tres meses antes de obtener una respuesta.

El sistema italiano para agilizar la burocracia. Por suerte, siempre hay alguien que conoce a alguien que conoce a un tercero.

—¿Y bien?

Fazio, que quería disfrutar de su triunfo, tardó una eternidad en introducirse una mano en el bolsillo, sacar una hoja de papel, desdoblarla y

colocársela delante como recordatorio.

—Resulta que Giacomo Pellegrino tenía un billete facilitado por la agencia Icaro de Vigàta para un vuelo con salida a las dieciséis del treinta y uno de agosto. ¿Y sabe una cosa? No tomó aquel vuelo.

—¿Seguro?

—Tan seguro como el evangelio, *dottore*. Pero me da la impresión de que usted no se ha sorprendido demasiado.

—Porque ya estaba empezando a convencerme de que Pellegrino no se había ido.

—Vamos a ver si lo que le voy a decir lo sorprende. Dos horas antes Pellegrino se presentó personalmente para decir que renunciaba a aquel vuelo.

—O sea, a las dos de la tarde.

—Exacto. Y cambió de destino.

—Esta vez me has sorprendido —reconoció Montalbano—. ¿Adónde se fue?

—Espere, no termina aquí la cosa. Sacó un billete para Madrid. El avión salía el uno de septiembre a las diez de la mañana, pero...

Fazio esbozó una sonrisita triunfal. Puede que, como música de fondo, se imaginara la marcha de *Aida*. Abrió la boca para hablar, pero el comisario, con toda la mala idea del mundo, se le adelantó.

—... ese vuelo tampoco lo tomó —terminó diciendo.

Fazio se molestó visiblemente, arrugó el papel y se lo guardó con muy malos modos en el bolsillo.

—Con usted no hay manera, uno nunca puede disfrutar.

—Vamos, hombre, no te enfades —lo consoló el comisario—. ¿Cuántas agencias de viaje hay en Montelusa?

—Aquí en Vigàta hay otras tres.

—No me interesan las de Vigàta.

—Voy a consultar la guía telefónica y le daré los números.

—No es necesario. Llama tú y pregunta si entre el veintiocho de agosto y el uno de septiembre hubo alguna reserva a nombre de Giacomo Pellegrino.

Fazio se quedó parado un momento. Pero inmediatamente se recuperó.

—No puedo. Las agencias ya han cerrado, pero me encargaré de ello mañana a primera hora en cuanto llegue. *Dottore*, y si descubro que este Pellegrino había hecho una reserva, qué sé yo, para Moscú o Londres, ¿eso qué significaría?

—Significaría que nuestro amigo quería crear confusión. Guarda en el bolsillo un billete para Madrid, pero les había dicho a todos que se iba a Alemania. Mañana sabremos si se guarda otros billetes en el bolsillo. ¿Tienes en algún sitio el teléfono del domicilio particular de Mariastella Cosentino?

—Voy a ver entre los papeles del señor Augello.

Se retiró, regresó al poco rato con una hojita de papel, se la entregó a Montalbano y volvió a retirarse. El comisario marcó el número. No obtuvo respuesta, a lo mejor la señorita Cosentino se había ido a hacer la compra. Se guardó el papelito en el bolsillo y decidió regresar a Marinella.

No tenía apetito, la pasta al ragú y la carne de cerdo que había comido en casa de Franca le habían revuelto un poco el estómago. Se hizo un huevo frito y después se comió cuatro anchoas con aceite, vinagre y orégano. Después de comer, volvió a llamar a casa de Cosentino, quien debía de mantener la mano permanentemente extendida hacia el teléfono, pues contestó cuando aún no había terminado de sonar el primer timbrado. Una voz de moribunda, una voz con una consistencia semejante a la de una telaraña.

—¿Diga? ¿Con quién hablo?

—Soy Montalbano. Perdona que la moleste, a lo mejor estaba viendo la televisión y...

—Yo no tengo televisor.

El comisario no supo explicarse por qué motivo experimentó la sensación de haber percibido en su cerebro el levísimo sonido de un remoto y lejano timbre. Fue tan rápido y breve que ni siquiera tuvo la seguridad de haberlo oído.

—Desearía saber, siempre y cuando usted lo recuerde, si Giacomo Pellegrino no acudió al despacho ni siquiera el treinta y uno de agosto.

La respuesta fue inmediata, sin la menor vacilación.

—Señor comisario, no puedo olvidar aquellos días porque los he repasado una y mil veces en la memoria. El día treinta y uno, Pellegrino se presentó un poco tarde en la agencia, digamos que sobre las once. Se fue casi inmediatamente después porque dijo que tenía que reunirse con un cliente. Regresó por la tarde sobre las cuatro y media. Y se quedó hasta la hora del cierre.

El comisario le dio las gracias y colgó el teléfono.

Todo encajaba. Pellegrino, tras haber hablado con su tío por la mañana, se presenta en la agencia. A mediodía se va, no para reunirse con un cliente sino para tomar un taxi o un coche de alquiler. Se traslada a Punta Raisi. Llega al aeropuerto a las dos, anula el billete para Berlín y adquiere uno para Madrid. Toma de nuevo un taxi o el vehículo de alquiler y vuelve a la agencia a las cuatro y media. Los horarios coincidían.

Pero ¿por qué arma Giacomo todo este jaleo? De acuerdo, no quiere que se le pueda localizar fácilmente. Pero ¿quién no debía localizarlo? Y, sobre todo, ¿por qué? Mientras que el contable Gargano tenía miles de millones de motivos para desaparecer, Pellegrino no tenía aparentemente ninguno.

—Hola, cariño. ¿Has tenido un día muy duro hoy?

—Livia, ¿te esperas un momento?

—Claro.

Tomó una silla, se sentó, encendió un cigarrillo y se puso cómodo. Estaba seguro de que aquella llamada iba a ser muy larga.

—Estoy un poco cansado, pero no debido al trabajo.

—Pues entonces, ¿por qué?

—En total, me he pegado casi ocho horas de carretera.

—¿Adónde fuiste?

—A Calapiano, cariño.

A Livia se le debió de cortar la respiración de golpe, pues el comisario oyó con toda claridad una especie de sollozo. Esperó generosamente a que se recuperara y la dejó hablar.

—¿Has ido por François?

—Sí.

—¿Está enfermo?

—No.

—Pues entonces, ¿por qué has ido?

—Tenía *spinno*.

—¡Salvo, no empieces a hablar en dialecto! ¡Sabes que hay momentos en que no lo soporto! ¿Qué has dicho?

—Que deseaba ver a François. *Spinno* significa deseo, ansia. Y, ahora que ya conoces el significado de la palabra, te pregunto: ¿tú nunca has tenido *spinno* de ver a François?

—¿Qué cabrón eres, Salvo!

—¿Hacemos un pacto? Yo no hablaré en dialecto y tú no me insultarás. ¿De acuerdo?

—¿Quién te dijo que había ido a ver a François?

—Él mismo, el niño, mientras me enseñaba lo bien que sabe montar. Los mayores te han seguido el juego, no han abierto la boca, han respetado el pacto. Porque está claro que tú les pediste que no me dijeran nada de tu visita. En cambio, a mí me dijiste que tenías un día de vacaciones y te ibas a la playa con una amiga y yo, como un imbécil, me lo tragué. Tengo una curiosidad: ¿a Mimì le dijiste que irías a Calapiano?

Esperaba una respuesta violenta, una trifulca memorable. En su lugar, Livia rompió a llorar con unos prolongados, desesperados y desgarradores sollozos.

—Livia, escúchame...

La comunicación se cortó.

Se levantó con calma, se dirigió al cuarto de baño, se desnudó, se duchó y, antes de salir, se miró al espejo. Largo rato. Después recogió toda la saliva que tenía en la boca y escupió contra su imagen reflejada en el espejo. Apagó la luz y se acostó. Se incorporó inmediatamente porque el teléfono estaba sonando. Se puso al aparato, pero la persona que estaba en el otro extremo de la línea no dijo nada, solo se oía su respiración. Montalbano conocía aquella respiración.

Y se puso a hablar. Un monólogo que duró casi una hora, sin llanto, sin lágrimas, pero tan doloroso como los sollozos de Livia. Y le dijo cosas que jamás se había querido decir a sí mismo, que hería para que no lo hirieran,

que desde hacía algún tiempo había descubierto que su soledad estaba pasando de la fuerza a la debilidad, que le estaba resultando muy duro tomar nota de algo que era enteramente sencillo y natural: el hecho de envejecer. Al final, Livia se limitó a decir:

—Te quiero. —Antes de colgar, añadió—: Aún no he renunciado al permiso. Me quedo aquí un día más y después voy a Vigàta. Líbrate de todos los compromisos, te quiero solo para mí.

Montalbano volvió a acostarse. En cuanto se deslizó bajo la sábana, cerró los ojos y se quedó dormido. Penetró en el país de los sueños con unas pisadas tan suaves como las de un niño.

Eran las once de la mañana cuando Fazio se presentó en el despacho de Montalbano.

—*Dottore*, ¿sabe la última? En la agencia Intertour de Montelusa, Pellegrino había reservado un billete para Lisboa. El vuelo salía a las tres y media de la tarde del día treinta y uno. He llamado a Punta Raisi. Consta que Pellegrino tomó este vuelo.

—¿Y tú lo crees?

—¿Y por qué no lo iba a creer?

—Porque lo debió de revender a otro pasajero en lista de espera y él volvió al despacho de Vigàta. De eso no cabe la menor duda. A las cinco, Pellegrino estaba en la agencia de la Rey Midas y no podía estar volando rumbo a Lisboa.

—Pero ¿eso qué significa?

—Significa que Pellegrino es un imbécil que se cree un experto, pero sigue siendo un imbécil. Haz una cosa. Averigua en todos los hoteles, las pensiones y los hostales de Vigàta y Montelusa si Pellegrino durmió en alguno de ellos la noche entre el treinta y el treinta y uno de agosto.

—Ahora mismo.

—Otra cosa: pregunta en las agencias de alquiler de vehículos de Vigàta y Montelusa si Pellegrino, más o menos por las mismas fechas, alquiló algún coche.

—Pero ¿cómo es que antes buscábamos a Gargano y ahora estamos buscando a Pellegrino? —preguntó Fazio en tono dubitativo.

—Porque ahora ya estoy convencido de que, en cuanto encontremos a uno de ellos, encontraremos al otro. ¿Qué te apuestas?

—Nada. Con usía jamás me apostaría nada —contestó Fazio, retirándose. Y, sin embargo, si hubiera aceptado la apuesta, la habría ganado.

Se le había pasado la habitual hambre canina, quizá porque llevaba mucho tiempo sin dormir tan bien. Su desahogo con Livia lo había tranquilizado, le había permitido recuperar la justa medida de sí mismo. Le entraron ganas de bromear. Interrumpió de inmediato a Calogero, que ya había empezado a recitar la breve letanía del menú:

—Hoy me apetece una chuletita a la milanesa.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido Calogero, agarrándose a la mesita para no caer.

—¿Pero tú crees que yo voy a pedirte a ti una chuletita? Sería como pretender que un monje budista oficiara la santa misa. ¿Qué tienes hoy?

—Espaguetis a la tinta de jibia.

—Tráemelos. ¿Y después?

—Albondiguillas de pulpitos.

—De esas me traes diez.

A las seis de la tarde, Fazio le presentó el informe.

—*Dottore*, no consta que haya dormido en ningún sitio. Pero alquiló un vehículo en Montelusa la mañana del treinta y uno y lo devolvió por la tarde a las cuatro. La empleada, que es experta, me ha dicho que el kilometraje podría corresponder a un viaje de ida y vuelta a Palermo.

—Coincide —dijo el comisario.

—Ah, la chica también me ha dicho que Pellegrino explicó que quería un coche con un maletero muy grande.

—Pues sí. Tenía que llevar consigo las dos maletas.

Ambos permanecieron un rato en silencio.

—¿Pero dónde durmió ese desgraciado? —se preguntó finalmente Fazio en voz alta.

El efecto que sus palabras ejercieron en el comisario hizo que se pegara un susto tremendo, pues Montalbano lo miró con los ojos enormemente abiertos y después se dio un fuerte manotazo en la frente.

—¡Qué cabrón!

—¿Qué he dicho? —preguntó Fazio, disponiéndose a pedir disculpas.

Montalbano se levantó, sacó algo del cajón y se lo guardó en el bolsillo.

—Vamos.

Diez

Montalbano corrió con su coche a Montelusa como si alguien lo estuviera persiguiendo. Cuando se adentró por el camino que conducía al chalet recién construido de Pellegrino, Fazio se quedó petrificado y miró hacia delante sin abrir la boca. Al llegar a la verja cerrada, el comisario se detuvo y ambos bajaron. Los cristales rotos de las ventanas aún no se habían cambiado, pero alguien había colocado en su lugar unas hojas de papel de celofán, prendidas con chinchetas. Las pintadas verdes que decían «cabrón» no habían sido borradas.

—A lo mejor hay alguien dentro, puede que el tío —dijo Fazio.

—Vamos a asegurarnos —dijo el comisario—. Llama inmediatamente al despacho, dile a alguien que te dé el número de Giacomo Pellegrino, el que presentó la denuncia. Después lo llamas, le dices que has venido aquí para llevar a cabo una inspección y le preguntas si ha sido él quien ha colocado las hojas de celofán y si ha tenido alguna noticia de su sobrino. Si no contesta, ya veremos lo que hacemos.

Mientras Fazio empezaba a efectuar las llamadas, Montalbano se acercó al acebuche derribado. El árbol había perdido casi todas las hojas, y estas, amarillentas, estaban diseminadas por el suelo. Le faltaba muy poco para transformarse de árbol vivo en leña inerte. Entonces el comisario hizo una cosa muy rara o, mejor dicho, una chiquillada: se situó a la altura del centro del tronco derribado y apoyó la oreja en él tal como se hace con un moribundo para comprobar si todavía le late el corazón.

Permaneció un ratito de aquella guisa, ¿esperaba tal vez percibir el susurro de la linfa? De repente, le entraron ganas de reír. Pero ¿qué estaba haciendo? Aquello era una cosa propia del barón de Münchhausen, al cual le bastaba con apoyar la oreja sobre la tierra para oír crecer la hierba. No se

había percatado de que, desde lejos, Fazio había observado todo aquel número y se estaba acercando a él.

—*Dottore*, he hablado con el tío. Fue él quien cubrió las ventanas porque el sobrino le dejó la llave de la verja, pero no la de la casa. No ha recibido noticias tuyas desde Alemania, pero, según él, no tardará en regresar.

Después Fazio contempló el olivo silvestre y sacudió la cabeza.

—¡Mira qué carnicería! —dijo Montalbano.

—Cabrón —dijo Fazio, utilizando a propósito la misma palabra que el comisario había escrito en las paredes.

—¿Comprendes ahora por qué me dio un ataque de furia?

—No tiene por qué darme más explicaciones —dijo Fazio—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Ahora entramos en la casa —contestó Montalbano, sacándose del bolsillo aquella especie de saquito que había cogido del cajón de su escritorio, un variado surtido de ganzúas y llaves falsas, regalo de un ladrón amigo suyo—. Tú vigila por si viniera alguien.

Manipuló la cerradura de la verja y logró abrirla sin demasiada dificultad. Le costó más abrir la puerta del chalet, pero, al final, también lo consiguió. Llamó a Fazio.

Ambos entraron. Un espacioso salón completamente vacío apareció ante sus ojos. También estaban vacíos la cocina y el cuarto de baño. Una escalera de piedra y madera conducía desde el salón al piso de arriba, donde había dos dormitorios sin muebles, en el segundo de los cuales vieron extendida en el suelo una gruesa colcha recién estrenada y todavía con la etiqueta de la marca prendida. El cuarto de baño situado entre las dos habitaciones disponía de todos los accesorios necesarios. En la repisa bajo el espejo había un aerosol de espuma para el afeitado y cinco cuchillas de un solo uso. Dos de ellas se habían utilizado.

—Giacomo hizo lo más lógico que se podía hacer. Cuando dejó el apartamento de alquiler, vino aquí. Durmió sobre la colcha. Pero ¿dónde están las dos maletas que llevaba? —se preguntó Montalbano.

Buscaron en el altillo y en un cuartito situado en el hueco bajo la escalera. Nada. Cerraron la puerta y, para más seguridad, rodearon el chalet. En la pared trasera había una puertecita de hierro cuya parte superior era de rejas

para que circulara el aire. Montalbano la abrió. Era una especie de trastero para las herramientas, en cuyo centro había dos maletas de gran tamaño.

Las sacaron al exterior, pues el trastero era demasiado estrecho. No estaban cerradas con llave. Montalbano cogió una, y Fazio, la otra. No sabían lo que buscaban, pero buscaron a pesar de todo. Calcetines, calzoncillos, camisetas, pañuelos, un traje, un impermeable. Ambos se miraron el uno al otro. Volvieron a colocar en las maletas lo que habían sacado, sin intercambiar ni una sola palabra. Fazio no conseguía cerrar la suya.

—Déjala así —le ordenó el comisario.

Las volvieron a guardar en el trastero, cerraron la puertecita y la verja y se fueron.

—*Dottore*, todo eso no encaja —dijo Fazio cuando ya estaban muy cerca de Vigàta—. Si este Giacomo Pellegrino ha emprendido un largo viaje a Alemania, ¿cómo es posible que no haya llevado siquiera una muda? No me parece lógico que se lo haya comprado todo nuevo.

—Y hay otra cosa que tampoco encaja —dijo Montalbano—. ¿Te parece normal que en las maletas no hayamos encontrado ni una hoja, un trozo de papel, una carta, un cuaderno, una agenda?

Una vez en Vigàta, el comisario enfiló una estrecha calle que no conducía a la comisaría.

—¿Adónde vamos?

—Yo voy a ver a la excasera de Giacomo. Tú coge mi coche y llévalo a la comisaría. Cuando termine, iré a pie, no está muy lejos.

—¿Quién es, más molestias? —preguntó desde el otro lado de la puerta la voz de ballena asmática de la señora Catarina.

—Soy Montalbano.

Se abrió la puerta. Apareció una cabeza monstruosa erizada de canutos de plástico para los bigudíes.

—No le puedo hacer pasar porque no voy vestida.

—Le pido perdón por la molestia, señora Catarina. Solo una pregunta: Giacomo Pellegrino, ¿cuántas maletas tenía?

—¿No se lo dije? Dos.

—¿Y nada más?

—Tenía también una maletita, pero muy pequeña. Guardaba en ella unos papeles.

—¿Sabe qué clase de papeles?

—¿Es que, según usted, yo soy una persona que revuelve las cosas de los demás? ¿Es que soy una maleducada? ¿Una fisgona?

—Señora Catarina, ¿cómo se le ocurre que yo pueda pensar de usted semejante cosa? Quería decir que, a veces, estando la maletita abierta, hubiera podido echarle un vistazo casual, sin mala intención...

—Me ocurrió una vez. Pero por casualidad, ¿eh? Dentro había muchas cartas, hojas de papel llenas de números, agendas y unas cuantas de estas cosas negras que parecen discos muy chiquititos...

—¿Disquetes de ordenador?

—Pues sí, cosas así.

—¿Giacomo tenía ordenador?

—Sí. Lo llevaba siempre consigo en una bolsa especial.

—¿Sabe si estaba conectado a Internet?

—Comisario, yo de estas cosas no entiendo nada. Pero recuerdo que una vez que le tenía que hablar del escape de una cañería, encontré el teléfono ocupado.

—Perdone, señora, pero ¿por qué, en lugar de llamarlo por teléfono, no bajó un piso y...?

—A usted le parece que bajar un piso no es nada, pero a mí me cuesta mucho.

—No lo había pensado, perdone.

—Venga a llamar y llamar, pero el teléfono estaba siempre ocupado. Entonces me armé de valor, bajé y llamé. Le dije a Jacuminu que, a lo mejor, había dejado el teléfono mal colgado. Y él me contestó que el teléfono estaba ocupado porque lo tenía conectado con este *intronet*.

—Comprendo. ¿Y también se llevó la maletita y el ordenador?

—Pues claro que se los llevó. ¿Quería que me los dejara a mí?

Regresó a la comisaría de mal humor. Hubiera tenido que alegrarse de saber que los papeles de Pellegrino existían y que probablemente este los había llevado consigo, pero el temor de tener que volver a manejar, tal como

le había ocurrido en el caso conocido como el de «la excursión a Tindari», ordenadores, disquetes, CD-ROM y artilugios similares le revolvió el estómago. Menos mal que estaba Catarella y le podría echar una mano.

Le reveló a Fazio lo que le había dicho la señora Catarina tanto en su primer encuentro con ella como en el segundo.

—Muy bien —dijo Fazio, tras haberlo pensado un rato—. Supongamos que Pellegrino se ha largado al extranjero. La primera pregunta es: ¿por qué? Él no tenía directamente nada que ver con la estafa de Gargano. Solo algún exaltado como el difunto aparejador Garzullo la podía tomar con él. La segunda pregunta es: ¿de dónde sacó el dinero para hacerse construir un chalet tan bonito?

—De esta historia del chalet se deduce una consecuencia —dijo Montalbano.

—¿Cuál?

—Que Pellegrino quiere permanecer escondido algún tiempo, pero, en todo caso, tiene intención de regresar más tarde o más temprano, mejor a escondidas, para disfrutar tranquilamente del chalet. De lo contrario, ¿por qué se lo habría construido? A no ser que se haya producido un acontecimiento inesperado que lo haya obligado a huir tal vez para siempre y a mandar al carajo el chalet.

—Y hay otra cosa —añadió Fazio—. Es lógico que uno, cuando sale del país, se lleve documentos, papeles y el ordenador. Pero no creo que se llevara un ciclomotor a Alemania, si es que se ha ido allí.

—Llama a su tío, a ver si se lo dejó a él.

Fazio se retiró y regresó al poco rato.

—No, no se lo dejó, no sabe nada de eso. Mire, *dottore*, que el tío ya tiene la mosca detrás de la oreja y me ha preguntado que por qué tenemos tanto interés en su sobrino. Me ha parecido que está preocupado, porque él la historia del viaje a Alemania por asuntos de negocios se la ha tragado.

—Y nosotros nos hemos quedado a dos velas —dijo el comisario.

Se sumieron en un derrotado silencio.

—Pero todavía se puede hacer algo —dijo en determinado momento Montalbano—. Tú mañana por la mañana te das una vuelta por todos los bancos que hay en Vigàta y tratas de averiguar en cuál de ellos tiene depositado su dinero Pellegrino. Seguramente no será el mismo que utilizaba Gargano. Si tienes algún amigo, procura averiguar cuánto tiene en la cuenta, si ingresa otras cantidades aparte del sueldo, cosas de este tipo. Un último favor: ¿cómo se llama ese que ve platillos volantes y dragones de tres cabezas?

Antes de contestar, Fazio lo miró estupefacto.

—Se llama Antonino Tommasino. Pero tenga cuidado, *dottore*, es un loco de atar y no se le puede tomar en serio.

—Fazio, ¿qué hace un hombre que está gravemente enfermo cuando los médicos lo desahucian? Con tal de no morir, es capaz de recurrir a un hechicero, un mago o un charlatán. Y nosotros, mi querido amigo, me parece que a esta hora de la noche estamos a punto de morir por lo que respecta a esta investigación. Dame el número de teléfono.

Fazio se retiró y regresó con una hoja de papel en la mano.

—Esta es su declaración voluntaria. Dice que no tiene teléfono.

—¿Pero tiene por lo menos una casa?

—Sí, *dottore*. Pero es difícil llegar hasta allí. ¿Quiere que le haga un plano?

Mientras abría la puerta, se percató de que en el buzón de las cartas había un sobre. Lo cogió y reconoció la letra de Livia. Pero no era una carta sino que dentro había un recorte de periódico, una entrevista con un viejo filósofo que vivía en Turín. Dominado por la curiosidad, decidió leerlo enseguida, antes de ir a ver qué le había dejado la sobrina de Adelina en la nevera. Refiriéndose a su familia, el filósofo decía en determinado momento: «Cuando nos hacemos viejos, cuentan más los afectos que los conceptos».

Se le pasó de golpe el apetito. Si para un filósofo llega un momento en que la especulación vale menos que un afecto, ¿cuánto puede valer una investigación para un policía que ya se está encaminando hacia el ocaso? Esta era la pregunta implícita que Livia le dirigía por medio de aquel recorte de

periódico que le había enviado. Tuvo que reconocer a regañadientes que no existía una sola respuesta: puede que una investigación valga menos que un concepto. Durmió mal.

A las seis de la mañana ya había salido de casa. El día prometía ser bueno, con un cielo claro y despejado y sin el menor soplo de viento. Había colocado el plano que Fazio le había dibujado en el asiento de al lado y de vez en cuando lo consultaba. Antonino Tommasino o como coño lo llamaran vivía en el campo por la parte de Montereale y, por consiguiente, no estaba muy lejos de Vigàta. El problema estribaba en elegir el camino apropiado, pues era fácil perderse en una especie de desierto sin árboles y lleno de senderos, caminitos, huellas de tractores, salpicado aquí y allá por casuchas rurales y alguna que otra casa de campo. Un lugar que procuraba por todos los medios no convertirse en un laberinto de casitas adosadas para fines de semana, aunque ya se empezaban a vislumbrar las primeras señales de la inutilidad de aquella resistencia, canalizaciones para tuberías, postes eléctricos y telefónicos, trazados de auténticas carreteras de calzada ancha. Dio tres o cuatro vueltas por el interior del desierto y volvió cada vez al punto de partida, pues el mapa de Fazio era demasiado general. Al verse perdido, optó por dirigirse a una especie de alquería. Se detuvo y bajó, la puerta estaba abierta.

—¿Hay alguien aquí?

—Pase —dijo una voz de mujer.

Era una habitación muy grande y ordenada, una especie de sala comedor con muebles viejos pero muy bien abrigados. Una sexagenaria vestida de gris y de aspecto cuidado se estaba bebiendo una taza de café mientras una cafetera humeaba sobre la mesa.

—Solo una información, señora. Quisiera saber dónde vive el señor Antonino Tommasino.

—Vive aquí. Yo soy su mujer.

Se había imaginado, cualquiera sabía por qué, que Tommasino era una especie de vagabundo o, en la mejor de las hipótesis, un campesino, una raza en vías de extinción y merecedora de protección.

—Soy el comisario Montalbano.

—Lo he reconocido —dijo la señora, señalando con un movimiento de la cabeza el televisor que había en un rincón—. Voy a avisar a mi marido. Entretanto, tómese un café, yo lo hago muy fuerte.

—Gracias.

La señora se lo sirvió, se retiró y regresó casi enseguida.

—Mi marido pregunta si no le molesta ir a donde él está.

Recorrieron un pasillo encalado y la mujer le indicó por señas la segunda puerta a mano izquierda. Era un auténtico estudio, con grandes estanterías llenas de libros y viejas cartas de navegación en las paredes. El hombre que se levantó de un sillón para ir a su encuentro era un septuagenario alto y erguido, con un elegante *blazer*, gafas y atractiva cabellera blanca. Su aspecto intimidaba un poco. Montalbano se había convencido de que se iba a encontrar con un chiflado de ojos desorbitados y un hilo de saliva colgándole de la comisura de los labios. Y se sorprendió. ¿Seguro que no se había equivocado?

—¿Usted es Antonino Tommasino? —preguntó.

Y habría deseado añadir para mayor seguridad: ¿aquel loco de atar que ve monstruos y platillos volantes?

—Sí. Y usted es el comisario Montalbano. Tome asiento.

Lo hizo sentar en un mullido sillón.

—Dígame, estoy a su disposición.

Ahí estaba el quid de la cuestión. ¿Cómo iniciar la conversación sin ofender al señor Tommasino, que le parecía un hombre de lo más normal?

—¿Qué está leyendo de bueno?

La pregunta que le salió era tan estúpida y absurda que se avergonzó. En cambio, Tommasino esbozó una sonrisa.

—Estoy leyendo el llamado *Libro de Roger*, escrito por Idrisi, un geógrafo musulmán. Pero usted no ha venido aquí para preguntarme qué estoy leyendo. Usted ha venido para averiguar qué es lo que vi una noche hace poco más de un mes. Puede que en la comisaría hayan cambiado de parecer.

—Sí, gracias —dijo Montalbano, alegrándose de que el otro hubiera tomado la iniciativa.

Tommasino era una persona no solo normal sino también culta, refinada e inteligente.

—Tengo que hacerle una advertencia. ¿Qué le han dicho de mí?

Montalbano titubeó, azorado. Después llegó a la conclusión de que lo mejor era decir la verdad.

—Me han dicho que usted, de vez en cuando, ve cosas raras, cosas inexistentes.

—Usted es un caballero muy amable, comisario. En pocas palabras, de mí se dice que estoy loco. Un loco tranquilo, un ciudadano que paga sus impuestos, respeta las leyes, no comete actos obscenos o violentos, no amenaza, no maltrata a su mujer, va a misa, ha criado hijos y nietos, pero está loco. Ha dicho usted bien: de vez en cuando me ocurre que veo cosas inexistentes.

—Disculpe —dijo Montalbano—. ¿A qué se dedica usted?

—¿Se refiere a mi profesión? He sido profesor de Geografía en el instituto de Montelusa. Hace años que estoy jubilado. ¿Me permite que le cuente una historia?

—Pues claro.

—Mi nieto Michele tiene ahora catorce años. Un día de hace más de diez años, mi hijo vino a verme con su mujer y el niño. Lo sigue haciendo, gracias a Dios. Michele y yo salimos a jugar fuera de la casa. De pronto, Michele empezó a gritar, diciendo que la explanada estaba llena de terribles y enfurecidos dragones; entonces yo le seguí la corriente y me puse a gritar de miedo. El chiquillo se asustó al verme tan asustado y quiso tranquilizarme; me dijo, mira, los dragones no existen y por eso no tienes que asustarte. Me los invento yo para divertirme. Puede creerme, comisario, desde hace algunos años, yo me encuentro en la misma situación que mi nieto Michele. Una parte de mi cerebro tiene que haber retrocedido, de alguna manera y por alguna misteriosa razón, a los años de mi infancia. Solo que, a diferencia del chiquillo, yo me tomo en serio lo que veo y me lo sigo tomando durante algún tiempo. Después se me pasa y me doy cuenta de que he visto algo inexistente. ¿Está claro lo que he dicho hasta aquí?

—Clarísimo —contestó el comisario.

—¿Le puedo preguntar ahora qué le han dicho que vi?

—Bueno, creo que un monstruo marino de tres cabezas y un platillo volante.

—¿Solo eso? ¿No le han dicho que también he visto un banco de peces con alas de hojalata que se posaban en un árbol? ¿O no le han hablado de aquella vez que un enano venusiano se presentó en mi cocina y me pidió un cigarrillo? ¿Quiere que lo dejemos aquí para no confundirnos?

—Como quiera.

—Pues entonces enumeraré las cosas que le he dicho o que usted ya sabía. Un monstruo marino de tres cabezas, un platillo volante, un banco de peces con alas de hojalata, un enano venusiano. ¿Está de acuerdo en que son cosas que no existen?

—Claro.

—Pues entonces, si yo acudo a usted y le digo: mire que el otro día vi un coche así y así, ¿por qué no me cree? ¿Acaso los coches son cosas fantásticas que no existen? ¡Yo le estoy hablando de una cosa de todos los días, de un coche de verdad con cuatro ruedas y matrícula, no le estoy diciendo que me tropecé con un monopatín espacial con destino a Marte!

—Acompáñeme al lugar donde vio el coche de Gargano —dijo Montalbano.

Había encontrado un testigo valioso, estaba seguro.

Once

El rato que había permanecido en el interior de la casa había sido suficiente para que el tiempo cambiara. Soplaban un frío e irascible viento, con unas ráfagas que parecían zarpazos de un animal enfurecido. Desde el mar se desplazaban hacia la tierra unas nubes grandes y preñadas. Montalbano conducía siguiendo las instrucciones del profesor Tommasino y, entretanto, aprovechaba para que este le explicara mejor la historia.

—¿Está seguro de que fue la noche entre el treinta y uno de agosto y el uno de septiembre?

—Pongo la mano en el fuego.

—¿Y cómo puede estar tan seguro?

—Porque, cuando vi su vehículo, estaba pensando precisamente que, al día siguiente, uno de septiembre, Gargano me pagaría los intereses. Y me sorprendí.

—Perdone, profesor, pero ¿usted también es una víctima de Gargano?

—Sí, fui tan estúpido que le creí. Treinta millones de liras me ha estafado. Pero entonces, cuando vi el coche, me sorprendí, pero también me alegré. Pensé que cumpliría su palabra. En lugar de eso, a la mañana siguiente me dijeron que no se había presentado.

—¿Por qué se sorprendió al ver el vehículo?

—Por muchos motivos. Para empezar, el lugar en que se encontraba. Usted también se sorprenderá cuando llegemos allí. Se llama Punta Pizzillo. Y, además, la hora: era pasada la medianoche.

—¿Consultó el reloj?

—No tengo reloj, de día me guío por el sol; cuando está oscuro, por el olor de la noche: tengo una especie de marcador natural del tiempo insertado en el cuerpo.

—¿Ha dicho usted el olor de la noche?

—Sí. Según la hora, la noche cambia de olor.

Montalbano no insistió en el tema.

—Puede que Gargano estuviera con alguien y buscara un lugar apartado —dijo.

—*Dottore* Montalbano, aquel lugar está demasiado aislado para ser seguro. ¿Recuerda que hace dos años atacaron a una parejita de novios? Y, además, me pregunté: este Gargano, con la cantidad de dinero que tiene, con su posición y su obligación de guardar las apariencias, ¿qué necesidad tiene de follar en un coche como un chaval cualquiera?

—¿Le puedo preguntar, y es muy libre de no contestar, qué estaba haciendo usted en un lugar que, según me dice, es tan solitario a aquella hora de la noche?

—Yo de noche camino.

Montalbano se abstuvo de hacer otras preguntas. Al cabo de menos de cinco minutos de silencio, el profesor dijo:

—Ya hemos llegado. Esto es Punta Pizzillo.

Y bajó en primer lugar, seguido del comisario. Se encontraban en una pequeña meseta, una especie de proa completamente desierta y exenta de árboles, con solo algún que otro matojo de sorgo o de alcaparra. El borde de la meseta estaba a unos diez metros de distancia, y debajo debía de haber un acantilado sobre el mar.

Montalbano se adelantó unos pasos, pero la voz de Tommasino lo obligó a detenerse.

—Cuidado, puede haber corrimientos de tierra. El coche de Gargano estaba estacionado donde ahora se encuentra el suyo y en la misma posición, con el capó mirando al mar.

—Y usted ¿de dónde venía?

—De la dirección de Vigàta.

—Está muy lejos.

—No tanto como parece. De aquí a Vigàta a pie se tarda tres cuartos de hora o una hora como máximo. Por consiguiente, viniendo de aquella dirección necesariamente tenía que pasar por delante del morro del vehículo, a cinco o seis pasos de distancia. A no ser que hubiera dado un largo rodeo

por el interior para esquivarlo. Pero ¿qué motivo tenía yo para esquivarlo? Así fue como lo reconocí. La luz de la luna era suficiente.

—¿Pudo ver la matrícula?

—¿Bromea? Para leerla, habría tenido que inclinarme y pegarle la nariz encima.

—Pero, si no vio la matrícula, ¿cómo lo hizo para...?

—Reconocí el modelo. Era un Alfa ciento sesenta y seis. El mismo coche con que se presentó el año pasado en mi casa para birlarme el dinero.

—¿Usted qué coche tiene? —le dio por preguntar al comisario.

—¿Yo? Ni siquiera tengo carnet de conducir.

Noche perdida y ha sido niña, se dijo decepcionado Montalbano. El profesor Tommasino era un chalado que veía cosas inexistentes, pero, cuando veía cosas que existían, las modificaba a su manera. Había refrescado, y el cielo estaba encapotado. ¿Para qué perder el tiempo en aquel lugar tan desolado? Sin embargo, el profesor debió de intuir de alguna manera la decepción del comisario.

—Mire, señor comisario, yo tengo una manía.

Santo Dios, ¿otra? Montalbano empezó a preocuparse. Y si al tío le diera un ataque y empezara a gritar que estaba viendo a Lucifer en persona, ¿cómo tendría que comportarse? ¿Hacer como si nada? ¿Subir al coche y largarse?

—Mi manía tiene que ver con los coches —añadió Tommasino—. Estoy suscrito a revistas italianas y extranjeras especializadas en este campo. Si participara en un concurso de la televisión sobre el tema, estoy seguro de que ganaría.

—¿Había alguien en el interior del vehículo? —preguntó el comisario, resignándose al carácter imprevisible del profesor.

—Mire, viniendo de allí tal como ya le he dicho, durante un buen rato pude observar el perfil lateral del coche, por así decirlo. Cuando estuve más cerca, tuve la posibilidad de comprobar si en el interior había siluetas humanas. No pude ver ninguna. Puede que los que estaban dentro, al ver acercarse una sombra, se agacharan. Yo pasé de largo sin volverme.

—¿Oyó después el ruido de la puesta en marcha del vehículo?

—No. Pero me parece, repito, me parece que el maletero estaba abierto.

—¿Y no había nadie a la altura del maletero?

—Nadie.

A Montalbano se le ocurrió una idea de cuya sencillez casi se avergonzó.

—Profesor, ¿me hace el favor de alejarse unos treinta pasos y después regresar a mi coche, siguiendo el mismo camino que hizo aquella noche?

—Pues claro —dijo Tommasino—. Me gusta caminar.

Mientras el profesor se alejaba de espaldas a él, Montalbano abrió el maletero de su coche y después se agachó detrás del vehículo, levantando la cabeza justo lo suficiente para distinguir a través de los cristales de las portezuelas de atrás a Tommasino, que, tras haber recorrido treinta pasos, daba la vuelta para regresar. Entonces agachó la cabeza y se escondió del todo. Cuando calculó que el profesor había llegado a la altura del morro del coche, se desplazó agachado hasta situarse a la altura del maletero. Se desplazó un poco más hasta llegar al otro lado cuando calculó que el profesor había pasado: una precaución inútil puesto que este le había dicho que no se había vuelto. Entonces se incorporó.

—Ya basta, profesor, muchas gracias.

Tommasino lo miró sorprendido.

—¿Dónde se ha escondido? Yo he visto el maletero abierto, pero el coche estaba vacío y a usted no lo he visto.

—Usted venía desde allí, y Gargano, al ver su sombra...

Interrumpió la frase. El cielo se había abierto de repente. En el negro y uniforme tejido de las nubes se había producido un pequeño agujero, un desgarró, y, a través de la abertura, se había escapado un luminoso rayo de sol casi exclusivamente limitado al lugar que ambos ocupaban. Le entraron ganas de reír. Parecían dos personajes de un ingenuo exvoto, iluminados por la luz divina. En aquel momento observó algo que solo aquella especial trayectoria de la luz, casi semejante a la de un reflector de teatro, habría podido poner de manifiesto. Experimentó un frío estremecimiento mientras el consabido timbre empezaba a sonar en su cerebro.

—Lo acompañaré a su casa —le dijo al profesor, el cual lo estaba mirando con expresión inquisitiva, esperando que continuara con la explicación.

Después de dejar al profesor, reprimiendo con gran esfuerzo el impulso de abrazarlo, regresó a toda pastilla al lugar. En el intervalo, no habían llegado otros coches para tocarle los cojones. Se detuvo, bajó, se acercó muy despacio, colocando cuidadosamente un pie detrás del otro sin apartar los ojos del suelo, hasta llegar al borde del acantilado. Ya no podía contar con la ayuda del rayo de luz, aquel rayo de luz que había sido algo así como el haz luminoso de una linterna eléctrica en medio de la oscuridad, pero entonces ya sabía lo que tenía que buscar.

A continuación, se asomó con cuidado para mirar abajo. La meseta estaba integrada por un estrato de tierra sobre un lecho de marga. Y, en efecto, una blanca y lisa pared de marga caía perpendicularmente sobre el mar, cuya profundidad en aquel lugar debía de ser por lo menos de diez metros. El agua era del mismo color gris oscuro que el cielo. No quería perder más tiempo. Miró a su alrededor una, dos, tres veces para establecer los puntos fijos de referencia. Después subió al coche y regresó corriendo a la comisaría.

Fazio no estaba, pero en cambio sí estaba, inesperadamente, Mimì Augello.

—El padre de Beba ya está mejor. Hemos decidido aplazar la boda un mes. ¿Hay alguna novedad?

—Sí, Mimì. Muchas.

Se lo contó todo y, al final, Augello se quedó boquiabierto de asombro.

—Y ahora, ¿qué quieres hacer?

—Tú facilítame una balsa neumática con un buen motor. En cuestión de una hora creo que podría llegar hasta allí, aunque el tiempo no sea demasiado bueno.

—Mira, Salvo, que igual te da un infarto. Déjalo para otro día. Hoy el agua tiene que estar helada. Y tú, perdona que te lo diga, no eres un chaval.

—Tú facilítame una balsa y no me toques los cojones.

—¿Tienes por lo menos un traje isotérmico? ¿Y las bombonas?

—El traje isotérmico lo debo de tener en casa en algún sitio. Las bombonas jamás las he utilizado. Bajaré a pulmón libre.

—Salvo, tú antes practicabas la inmersión a pulmón libre. Llevas años sin hacerlo. Y, en todos estos años, has seguido fumando. No sabes en qué

condiciones están tus pulmones. Así que, ¿cuánto rato podrás permanecer bajo el agua? ¿Pongamos veinte segundos para ser generosos?

—¡No digas chorradas!

—¿Fumar te parece una chorrada?

—¡Pero a ver si acabáis de una vez con esta historia del tabaco! A los fumadores les hace daño, eso es evidente. Pero, a vuestro juicio, la polución del aire no importa, la contaminación eléctrica no importa, el uranio empobrecido es beneficioso para la salud, las chimeneas no hacen daño, Chernobil ha mejorado la agricultura, los peces con uranio o lo que sea son más alimenticios, la dioxina es un reconstituyente, las vacas locas, la fiebre aftosa, los alimentos transgénicos, la globalización os permitirán vivir como Dios, lo único que hace daño y mata a millones de personas es el humo que respiran los fumadores pasivos. ¿Sabes cuál será el lema de los próximos años? Hacedos una raya de coca, así no contaminaréis el medio ambiente.

—Bueno, bueno, cálmate —dijo Mimì—. Te buscaré la balsa neumática. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Yo voy contigo.

—¿Para hacer qué?

—Nada, pero no tengo valor para dejarte solo, no estaría tranquilo.

—Está bien. A las dos, en el puerto; de todas maneras, tengo que estar en ayunas. No digas adónde vamos, sobre todo. Si después resultara que, por desgracia, me he equivocado, en la comisaría no veas el cachondeo que se iba a armar.

Montalbano pudo comprobar lo difícil que era ponerse un traje isotérmico a bordo de una balsa neumática que flotaba sobre una mar que muy en calma no estaba que digamos. Mimì, al timón, parecía tenso y preocupado.

—¿Te estás mareando? —le preguntó en determinado momento el comisario.

—No. Me estoy enfadando.

—¿Por qué?

—Porque a veces me doy cuenta de lo gilipollas que soy por seguirte la corriente en algunas de tus ingeniosas ocurrencias.

No se dijeron nada más. Volvieron a dirigirse la palabra cuando, tras prolongados y repetidos intentos, consiguieron llegar por mar a la altura del lugar de Punta Pizzillo donde Montalbano había estado por tierra aquella mañana. La pared de marga se levantaba sin salientes y sin huecos. Mimì la contempló con el rostro ensombrecido.

—Corremos el riesgo de pegárnosla contra ella —dijo.

—Pues ten cuidado —le dijo el comisario como único consuelo mientras se preparaba para la inmersión arrastrándose boca abajo sobre la balsa.

—Muy tranquilo no te veo —dijo Mimì.

Montalbano lo miró sin atreverse a bajar. Tenía un corazón de asno y otro de león. El deseo de comprobar bajo el agua si había acertado era muy grande, pero no lo era menos el repentino impulso de mandarlo todo al carajo. El día no ayudaba demasiado, el cielo estaba tan negro que casi parecía que fuera de noche, y el viento era mucho más frío que al principio. Decidió seguir adelante porque jamás en su vida habría querido hacer el papelón de arrepentirse en presencia de Augello. Se soltó.

E inmediatamente se vio envuelto por una densa oscuridad impenetrable hasta el extremo de no poder comprender en qué posición se encontraba su cuerpo dentro del agua. ¿Estaba situado en posición horizontal o vertical? Una vez, al despertarse de noche en su cama, no había conseguido orientarse, saber dónde estaban las señales de siempre, la ventana, la puerta, el techo. Se golpeó de espaldas contra algo sólido. Se apartó. Tocó con la mano una masa viscosa. Sintió que esta lo envolvía. Se agitó y consiguió librarse de ella. Entonces trató desesperadamente de hacer dos cosas: luchar contra el absurdo terror que se estaba apoderando de él y coger la linterna eléctrica que llevaba en el cinturón. Al final, consiguió conectarla. Se horrorizó al no ver ningún haz luminoso, la linterna no funcionaba. Acto seguido, una fuerte corriente empezó a arrastrarlo hacia el fondo.

—Pero ¿por qué hago estas idioteces? —se preguntó con desconsuelo.

El miedo se transformó en pánico. No consiguió dominarlo y subió rápidamente a la superficie, golpeándose la cabeza contra el rostro de Augello, que estaba completamente asomado al borde de la balsa.

—Por poco me escoñas la nariz —dijo Mimì, tocándosela.

—Pues quítate de en medio —replicó el comisario, agarrándose a la balsa. ¿Cómo era posible que ya se hubiera hecho de noche? Seguía sin ver nada. Solo percibía su afanoso jadeo de moribundo.

—¿Por qué tienes los ojos cerrados? —le preguntó Augello preocupado.

Solo entonces comprendió el comisario que durante toda la inmersión había mantenido los ojos cerrados, en una obstinada negativa a aceptar lo que estaba haciendo. Abrió los ojos. Para confirmarlo, encendió la linterna, que funcionaba a la perfección. Permaneció de aquella guisa unos cuantos minutos, insultándose mentalmente, y, cuando percibió que los latidos de su corazón se habían normalizado, volvió a bajar. Se sentía ya más tranquilo, el miedo que había experimentado había sido una consecuencia del primer impacto. Una reacción natural.

Se encontraba a cinco metros de profundidad. Dirigió la luz un poco más hacia abajo, experimentó una sacudida y no pudo creer lo que estaba viendo. Apagó la linterna, contó lentamente hasta tres y la volvió a encender.

A unos tres o cuatro metros más de profundidad, vio, completamente encajada entre la pared y una roca blanca, la carrocería de un coche. La emoción hizo que se le escapara el aire de los pulmones. Volvió a subir rápidamente.

—¿Has encontrado algo? ¿Meros? ¿Saurios? —preguntó irónicamente Mimì, cubriéndose la nariz con un pañuelo mojado.

—He tenido una suerte increíble, Mimì. El vehículo está aquí abajo. Cayó o lo hicieron caer. Acerté en mi suposición esta mañana, las huellas de las cubiertas terminaban justo en el borde del acantilado. Ahora bajo a ver una cosa y después nos vamos.

Mimì había sido previsor. Se había llevado una bolsa de plástico con toallas y una botella de *whisky* sin abrir. Antes de empezar a hacer preguntas, Augello esperó a que el comisario se quitara el traje isotérmico, se secara y se volviera a vestir. Esperó también a que su jefe terminara de agarrarse a la botella y después se agarró él. Al final, preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué has visto a veinte mil leguas bajo el mar?

—Mimì, tú te haces el gracioso porque no quieres reconocer mi mérito. Tú esta investigación te la has tomado a la ligera, tú mismo me lo dijiste. Y

yo, en cambio, te he jodido. Pásame la botella.

Ingirió un buen trago y le ofreció la botella a Augello, que hizo lo propio. Pero estaba claro que, después de las palabras de Montalbano, la cosa ya no le hacía tanta gracia.

—¿Y bien? —volvió a preguntar, arrepentido.

—En el interior del coche hay un muerto. No sé decirte quién es, está en muy malas condiciones. Con el golpe se abrieron las portezuelas, puede que haya otro cadáver por allí. El maletero también estaba abierto. ¿Y sabes qué había dentro? Un ciclomotor. Eso es todo.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—La investigación no es nuestra. Y, por consiguiente, le pasaremos la información a quien corresponda.

Los dos caballeros que bajaron de la balsa neumática eran sin la menor duda el comisario Salvo Montalbano y su subcomisario el señor Domenico «Mimì» Augello, los dos conocidos guardianes de la ley. Pero quienes los vieron se quedaron un poco extrañados. Ambos iban agarrados del brazo, se tambaleaban un poco y canturreaban a media voz *La donna è mobile*.

Entraron en la comisaría, se lavaron, se arreglaron y pidieron que les llevaran dos tazas de café. Después, Montalbano dijo:

—Salgo un momento, voy a llamar a Montelusa.

—¿No puedes hacerlo desde aquí?

—Desde una cabina es más seguro.

—¿Oiga? ¿Está Guannodda? —preguntó el comisario con voz de persona resfriada.

—¿El señor Guarnotta ha dicho?

—Di.

—¿Quién habla?

—El general Jaruzelski.

—Se lo paso enseguida —dijo el encargado de la centralita, muy impresionado.

—¿Dígame? Guarnotta al habla. No he entendido con quién hablo.

—Oiga, doddore, escucheme sin haced preguntas.

Fue una conversación telefónica muy larga y atormentada, pero, al final, el señor Guarnotta, de la Jefatura Superior de Policía de Montelusa, comprendió que un anónimo polaco le había facilitado una información muy valiosa.

Ya eran las siete de la tarde, pero a Fazio no se le había visto el pelo en la comisaría. El comisario llamó por teléfono a su amigo el periodista Nicolò Zito, de Retelibera.

—¿Ya has decidido venir a recoger la cinta que Annalisa te ha preparado?

—¿Qué cinta?

Lo había olvidado por completo, pero fingió haber llamado justo por aquel motivo.

—Si paso dentro de media hora, ¿estarás ahí?

Llegó a Retelibera y encontró a Zito esperándolo en la puerta con la cinta en la mano.

—Toma, date prisa, tengo que preparar el telediario.

—Gracias, Nicolò. Te voy a decir una cosa: a partir de este momento, vigila lo que hace Guarnotta. Y, si puedes, cuéntamelo.

A Nicolò se le pasó de golpe la prisa y levantó las orejas, pues sabía que media palabra de Montalbano valía más que una conversación de tres horas.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Sí.

—¿En relación con Gargano?

—Creo que sí.

* * *

En la *trattoria* San Calogero le entró un apetito tan grande que hasta el propietario, que estaba acostumbrado a verlo comer, se quedó perplejo.

—*Dottore*, ¿qué hace? ¿Es que no tiene bastante?

Llegó a Marinella rebotando de satisfacción. No por la cuestión del coche, eso en aquel momento no le importaba demasiado, sino por el orgullo de

haber estado todavía en condiciones de llevar a cabo aquellas agotadoras inmersiones.

—¡Ya quisiera saber cuántos chavales son capaces de hacer lo que he hecho yo!

¡De viejo, nada! ¿Cómo era posible que se le hubieran pasado por la cabeza aquellos malos pensamientos acerca de la vejez? ¡Aún no había llegado la hora!

Mientras la introducía en el vídeo, la cinta se le cayó al suelo. Se agachó para recogerla y se quedó así, medio inclinado y sin poder moverse, con una lacerante punzada de dolor en la espalda.

La vejez se estaba vengando miserablemente.

Doce

Lo que sonaba era el teléfono, no el violín del maestro Cataldo Barbera, el cual, nada más aparecérselo en sueños, le había dicho:

—Preste atención a este concertino.

Abrió los ojos y consultó el reloj: las ocho menos cinco de la mañana.

Raras veces se despertaba tan tarde. Al levantarse, observó con satisfacción que el dolor de espalda se le había pasado.

—¿Diga?

—Salvo, soy Nicolò. Hay un reportaje mío en directo en el telediario de las ocho. ¡Míralo!

Encendió el televisor y sintonizó Retelibera. Después de la sintonía apareció el rostro de Nicolò. Este explicó en pocas palabras que se encontraba en Punta Pizzillo porque la Jefatura Superior de Policía de Montelusa había recibido una llamada de un almirante polaco a propósito de un coche que había caído al mar. El señor Guarnotta había tenido la brillante intuición de que podía tratarse del Alfa 166 del contable Emanuele Gargano. Por consiguiente, dispuso de inmediato la operación de rescate del vehículo. Un rescate que aún no se había podido llevar a cabo. Aquí hubo un cambio de encuadre. El cámara, mediante un vertiginoso *zoom* desde arriba, mostró una limitada zona de mar, al fondo del precipicio.

El coche, explicó Zito fuera de la pantalla, se encontraba allí, a unos diez metros de profundidad, literalmente encajado entre la pared de marga y una roca de gran tamaño. El cámara amplió la imagen y en la pantalla aparecieron un gran pontón con una grúa y una decena de embarcaciones, entre lanchas motoras, balsas neumáticas y barcos de pesca. Las operaciones se prolongarían a lo largo del día, añadió Zito, pero entretanto los submarinistas habían conseguido sacar a la superficie un cadáver que habían hallado

aprisionado en el interior del vehículo. Cambio de encuadre. En el puente^[2] de una embarcación pesquera, un cuerpo tendido y un hombre agachado al lado del muerto. Era el doctor Pasquano.

Voz de un periodista: «Perdone, *dottore*, a su juicio, ¿murió como consecuencia de la caída o lo mataron primero?».

Pasquano (sin apenas levantar los ojos): «No me toquéis los (bip)...».

Su encantadora y habitual simpatía.

«Ahora vamos a ceder la palabra a los responsables de las investigaciones», dijo Nicolò.

Aparecieron todos juntos como en una foto: una familia numerosa en unos exteriores. El jefe superior Bonetti-Alderighi; el fiscal Tommaseo; el jefe de la Policía Científica, Arquà; el responsable de la investigación, comisario Guarnotta. Todos sonrientes como si estuvieran en una fiesta y todos peligrosamente cerca del inestable borde del acantilado. Montalbano apartó de su mente el siniestro pensamiento que se le había ocurrido, pero no cabía duda de que ver desaparecer en directo a media Jefatura de Policía de Montelusa habría sido cuando menos un espectáculo insólito.

El jefe superior dio las gracias a todo el mundo, desde Dios Padre Todopoderoso al ujier, por el tesón que habían mostrado en el desempeño de, etcétera, etcétera. El fiscal Tommaseo dijo que estaba descartado un delito de trasfondo sexual, por lo que todo aquel asunto le importaba un carajo. En realidad, esto último no lo dijo, pero lo dio claramente a entender por medio de la expresión de su rostro. Arquà, el jefe de la Científica, señaló que, a primera vista, el coche llevaba más de un mes en el agua. El que más habló fue Guarnotta, solo porque Zito, como experto periodista que era, comprendió que la retransmisión en directo se estaba yendo al garete y él tenía que formular las preguntas apropiadas para salvar lo salvable.

—Señor Guarnotta, ¿el cadáver encontrado en el coche ha sido identificado con toda seguridad?

—Todavía no se ha hecho una identificación oficial, pero podemos afirmar que se trata con toda probabilidad de Giacomo Pellegrino.

—¿Viajaba solo en el coche?

—No podemos decir nada a este respecto. En el interior del habitáculo había solo aquel cadáver, pero no se descarta que pudiera haber una segunda

persona que probablemente a causa del impacto del coche contra el agua saliera despedida. Nuestros submarinistas están inspeccionando activamente la zona.

—¿Este segundo cadáver podría ser el de Gargano?

—Podría.

—¿Giacomo Pellegrino aún estaba vivo cuando el vehículo cayó o antes lo asesinaron?

—Esto nos lo dirá la autopsia. Pero tenga en cuenta que no está confirmado que se trate de un acto delictivo. Podría haber sido un accidente. Aquí, el terreno, como puede ver, es muy...

No consiguió terminar la frase. El cámara, que había ampliado la toma, captó la escena. A la espalda del grupo se produjo el corrimiento de una ancha franja de tierra. Todos, como en un *ballet* muy bien ensayado, emitieron simultáneamente un grito y dieron un salto hacia delante. Montalbano se medio levantó de golpe del sillón; lo mismo le solía ocurrir cuando veía películas de aventuras del tipo *En busca del arca perdida*. En cuanto estuvieron situados en zona segura, Zito siguió adelante.

—¿Se ha encontrado algo más en el coche?

—Aún no ha sido posible inspeccionar el interior del vehículo. Muy cerca del coche se ha encontrado un ciclomotor.

Montalbano levantó las orejas. Y allí terminó la retransmisión en directo.

¿Qué significaba la frase «muy cerca del coche»? Él había visto con sus propios ojos el ciclomotor en el interior del maletero sin ninguna posibilidad de error. ¿Pues entonces? Solo podía haber dos explicaciones: o algún submarinista lo había sacado del lugar donde se encontraba, tal vez sin ninguna intención especial, o Guarnotta mentía deliberadamente. Pero, en este segundo caso, ¿con qué propósito? ¿Acaso Guarnotta tenía su propia idea acerca del asunto e intentaba que todos los detalles encajaran en el conjunto?

Sonó el teléfono. Era nuevamente Zito.

—¿Te ha gustado el reportaje?

—Sí, Nicolò.

—Gracias por haberme ayudado a fastidiar a la competencia.

—¿Has conseguido averiguar lo que piensa Guarnotta?

—No es necesario averiguarlo porque Guarnotta no oculta lo que piensa, habla claro. Pero en privado. Le parecen prematuras las declaraciones públicas. Según él, Gargano le pisó el pie a la mafia. Directamente, es decir, embolsándose la pasta de algún mafioso, o indirectamente, es decir, invadiendo un territorio en el que no habría tenido que sembrar ni labrar.

—Pero ¿qué pinta en todo eso el pobre Pellegrino?

—Pellegrino tuvo la desgracia de acompañar a Gargano. Te estoy transmitiendo la opinión de Guarnotta, que conste. Y, de esta manera, los mataron a los dos, los introdujeron en el coche y los arrojaron al mar. Después, o puede que antes, pero eso no tiene importancia, arrojaron también al mar el ciclomotor de Pellegrino. En cuestión de pocas horas encontraremos el cadáver de Gargano en las inmediaciones del vehículo, a no ser que la corriente se lo haya llevado lejos.

—¿Y eso a ti te convence?

—No.

—¿Por qué?

—¿Me quieres explicar qué hacían Pellegrino y Gargano a aquella hora de la noche en un lugar tan desolado? Allí la gente solo va a follar. Y no me consta que Gargano y Pellegrino...

—Y, sin embargo, te tendría que constar.

Nicolò emitió una especie de gemido; se había quedado sin respiración.

—Pero ¿qué estás diciendo!

—Para más detalles, pásate a las once de esta mañana por la comisaría de Vigàta —dijo Montalbano con voz de locutora de grandes almacenes.

* * *

Mientras colgaba el teléfono se le ocurrió una idea que lo obligó a salir de casa sin haberse duchado ni afeitado. Llegó a Vigàta en pocos minutos y, una vez delante de la oficina de la Rey Midas, se sintió finalmente más tranquilo: aún estaba cerrada. Aparcó y se dispuso a esperar. Después, a través del espejo retrovisor, vio acercarse un viejo Cinquecento amarillo de coleccionista. El vehículo encontró sitio algo más adelante del coche de

Montalbano. De él bajó la señorita Mariastella Cosentino que, con expresión compungida, fue a abrir la puerta de la Rey Midas. El comisario dejó pasar unos cuantos minutos y entró. Mariastella ya estaba en su sitio, inmóvil como una estatua, con la mano apoyada en el teléfono a la espera de aquella llamada determinada que jamás se iba a producir. No se daba por vencida. No tenía televisión y puede que ni siquiera tuviera amigos, por lo que cabía la posibilidad de que aún no se hubiera enterado del hallazgo del cuerpo de Pellegrino y el coche de Gargano.

—Buenos días, señorita, ¿qué tal está?

—Bastante bien, gracias.

Por el timbre de su voz, el comisario comprendió que Mariastella no estaba al corriente de lo ocurrido. Había llegado el momento de jugar con habilidad y astucia la carta que se guardaba en la manga, pues Mariastella era capaz de encerrarse en sí misma más de lo acostumbrado.

—¿Se ha enterado de las novedades?

Pero ¡cómo! ¿Primero decides tratar el asunto con habilidad y astucia y después sales con una frase inicial tan directa, brutal y trivial que ni que fueras Catarella? Ya daba lo mismo seguir adelante como un carro de combate y que se fuera todo a la mierda. La única señal de atención por parte de Mariastella consistió en posar la mirada en el comisario, aunque no abrió la boca ni preguntó nada.

—Han descubierto el cadáver de Giacomo Pellegrino.

Pero, por Dios bendito, ¿quieres hacer el puñetero favor de reaccionar de la manera que sea?

—Estaba en el mar, en el interior del coche del contable Gargano.

Al final, Mariastella hizo algo que, de objeto inerte, la convirtió en miembro del género humano. Se movió, apartó lentamente la mano que mantenía apoyada en el teléfono y la juntó con la otra como en gesto de oración. Los ojos de Mariastella estaban enormemente abiertos y preguntaban con insistencia. Y Montalbano se compadeció de ella y le contestó.

—Él no estaba.

La mirada de Mariastella se normalizó. Como si actuara con independencia del resto del cuerpo todavía inmóvil, su mano se movió de

nuevo muy despacio y se apoyó sobre el teléfono. La espera se podía reanudar.

Entonces Montalbano se sintió invadido por una sorda furia. Introdujo la cabeza a través de la ventanilla y se encontró cara a cara con la mujer.

—Tú sabes muy bien que jamás te volverá a llamar —le dijo con voz sibilante.

Y tuvo la sensación de haberse convertido en una serpiente venenosa, de esas a las que se aplasta la cabeza con el pie. Abandonó la agencia precipitadamente.

Una vez en la comisaría, llamó al doctor Pasquano, a Montelusa.

—¿Qué quiere, Montalbano? ¿Por qué me molesta? Que yo sepa, no ha habido ningún asesinato por su zona —dijo Pasquano con su proverbial simpatía.

—O sea que a Pellegrino no lo asesinaron.

—Pero ¿quién le ha dicho semejante bobada?

—Usted, *dottore*, ahora mismo. Mientras no se demuestre lo contrario, el lugar en el que se ha encontrado el coche de Gargano pertenece a mi jurisdicción.

—¡Sí, pero la investigación no es suya! ¡Es del muy ilustre Guarnotta! Y, para su conocimiento, le diré que el muchacho murió a causa de un disparo en pleno rostro. Un solo disparo. De momento, no puedo ni quiero decirle nada más. En los próximos días cómprese los periódicos y conocerá el resultado de la autopsia. Buenos días.

Sonó el teléfono.

—¿Qué hago, le paso esta llamada o no?

—Catarè, si no me dices quién está al aparato, ¿cómo te puedo decir que sí o que no?

—Gran verdad, *dottori*. El caso es que la telefonista quiere conservar el *nonimato*, no me quiere decir cómo se llama.

—Pásamela.

—¿Oiga, papá?

La voz ronca a lo Marlene de Michela Manganaro, la muy cabrona.

—¿Qué quiere?

—He visto la televisión esta mañana.

—¿Suele ser tan madrugadora?

—No, pero tenía que preparar unas cosas. Esta tarde voy a Palermo a hacer unos exámenes. Estaré ausente algún tiempo. Pero antes quisiera verlo, tengo que decirle una cosa.

—Venga aquí.

—Ahí no quiero, podría tener malos encuentros. Vamos a aquel bosquecito que tanto le gusta. Si le parece bien, a las doce y media del mediodía, delante de mi casa.

—Pero ¿estás seguro de lo que me dices? —preguntó Nicolò Zito, que se había presentado puntualmente en la comisaría a las once—. Jamás lo habría imaginado. Y pensar que lo había entrevistado tres o cuatro veces.

—Yo he visto la grabación —dijo Montalbano—. Y, por su manera de hablar y de moverse, la verdad es que no parecía un homosexual.

—¿Lo ves? ¿Quién te ha contado esta historia? ¿No podría ser una trola, un chisme que alguien ha hecho correr para...?

—No, me fío de la fuente. Es una mujer.

—¿Y Pellegrino también lo era?

—Sí.

—¿Y tú crees que entre ellos había algo?

—Me han dicho que sí.

Nicolò Zito lo pensó un poco.

—Pero eso no modifica esencialmente la situación. Puede que ambos fueran cómplices en la estafa.

—Es una posibilidad. Yo te quería decir simplemente que estuvieras atento porque puede que el asunto no sea tan fácil como quiere dar a entender Guarnotta. Y otra cosa: trata de averiguar dónde han encontrado exactamente el ciclomotor.

—Guarnotta ha dicho que...

—Ya sé lo que ha dicho Guarnotta. Pero necesito saber si eso coincide con la verdad. Porque, si el ciclomotor se ha encontrado a escasa distancia del coche, quiere decir que un submarinista lo ha sacado del lugar donde estaba.

—¿Dónde estaba?

—En el maletero.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Lo he visto.

Nicolò lo miró, perplejo.

—¿Eres tú el almirante polaco?

—Yo no dije que fuera almirante ni polaco —contestó solemnemente Montalbano.

Era una cabrona, pero guapísima, todavía más guapa que la otra vez, quizá porque ya se le había pasado la gripe. Subió al coche en un revuelo de muslos al viento. Montalbano giró a la segunda a la derecha y después cogió el camino de la izquierda.

—Recuerda muy bien el camino. ¿Quizá ha vuelto después? —preguntó Michela cuando vio el bosquecillo, abriendo la boca por vez primera.

—Tengo buena memoria —dijo Montalbano—. ¿Por qué quería verme?

—¡Pero qué prisa tiene! —dijo la chica.

Se desperezó como una gata cruzando las muñecas por encima de la cabeza y sacando pecho. La camiseta pareció alcanzar el punto de rotura.

«Si llevara sujetador, se sentiría como con una camisa de fuerza», pensó el comisario.

—Cigarrillo.

Mientras se lo encendía, le preguntó:

—¿Qué exámenes tiene que hacer?

Michela se rio de tan buena gana que la calada la hizo atragantarse.

—Si me queda tiempo, haré uno.

—¿Si le queda tiempo? ¿Qué otra cosa tiene que hacer?

Michela se limitó a mirarlo mientras en sus ojos violeta se encendía un pícaro destello. Más elocuente que una prolongada y detallada explicación. El comisario se dio cuenta, con rabia, de que se estaba poniendo colorado.

Entonces rodeó de golpe con un brazo los hombros de Michela y la atrajo con fuerza hacia sí mientras le introducía brutalmente la otra mano en la entrepierna.

—¡Déjeme! ¡Déjeme! —gritó la chica con voz repentinamente estridente, casi histérica.

Se libró del abrazo del comisario y abrió la portezuela. Bajó del vehículo, pero no se alejó. Montalbano, que no se había movido de su sitio, se quedó mirándola. De pronto, Michela sonrió, abrió de nuevo la portezuela y volvió a sentarse al lado del comisario.

—Usted es muy astuto. Y yo he caído en su trampa. Tendría que haber permitido que siguiera adelante a ver cómo salía de este lío.

—Habría salido como la otra vez, cuando se te ocurrió la idea de besarme —dijo Montalbano—. Pero, en cualquier caso, estaba seguro de que tú reaccionarías así. ¿Tanto te divierte provocar?

—Sí. Tanto como a usted interpretar el papel del casto José. ¿Hacemos las paces?

Aquella chica lo tenía todo, hasta inteligencia.

—Las hacemos —dijo Montalbano—. ¿De verdad me querías decir algo o ha sido un pretexto para divertirme?

—Mitad y mitad —contestó Michela—. Esta mañana, cuando me he enterado de que Giacomo había muerto, me he quedado muy impresionada. ¿Sabe cómo murió?

—Le pegaron un disparo en la cara.

La chica experimentó una sacudida, y después dos lágrimas tan gruesas como perlas le mojaron la blusa.

—Perdona, necesito un poco de aire.

Bajó. Mientras se alejaba, Montalbano observó cómo se estremecían sus hombros a causa de los sollozos. ¿Qué reacción era más normal, la de Michela o la de Mariastella? Bien mirado, ambas eran normales. Bajó del vehículo y se acercó a la chica para ofrecerle un pañuelo.

—¡Pobrecito! ¡Qué pena me da! —dijo Michela, enjugándose las lágrimas de los ojos.

—¿Erais muy amigos?

—No, pero habíamos trabajado dos años juntos en la misma habitación, ¿no te parece suficiente?

Le seguía hablando de tú, y su italiano se estaba mezclando con giros dialectales.

—¿Me coges?

Por un instante, Montalbano no comprendió el significado de la pregunta; después le rodeó los hombros con su brazo y Michela se apoyó en él.

—¿Quieres que regresemos al coche?

—No. Es lo de la cara lo que me ha... se la cuidaba tanto... se afeitaba dos veces al día... utilizaba cremas para la piel... Disculpa, ya sé que estoy diciendo tonterías, pero...

Se sorbió los mocos. ¡Madre santísima, así todavía estaba más guapa!

—No he entendido bien la historia del ciclomotor —dijo tras haberse recuperado un poco, lanzando un profundo suspiro.

El comisario se tensó y prestó atención.

—El que se encarga de las investigaciones dice que lo encontraron bajo el agua a poca distancia del coche de Gargano. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque lo solían colocar en el maletero.

—Explícate mejor.

—Bueno, por lo menos una vez lo hicieron así. Gargano le pidió a Giacomo que lo acompañara a Montelusa, pero, como no lo podía acompañar a la vuelta porque él tenía que desplazarse a otro sitio, colocaron el ciclomotor en el maletero, que era muy grande. De esa manera, Giacomo podría regresar solo cuando quisiera.

—A lo mejor, con el golpe contra la roca, se abrió el maletero y el ciclomotor salió despedido.

—Puede ser —dijo Michela—. Pero hay tantas cosas que no me explico.

—Dímelas.

—Te las diré por el camino. Quiero volver a casa.

Mientras subían al coche, el comisario recordó que otra persona había utilizado las mismas palabras de Michela: «Un maletero muy grande».

Trece

—Las cosas que no me cuadran son muchas —dijo Michela mientras el comisario circulaba despacio—. Para empezar, ¿por qué se ha encontrado aquí el coche de Gargano? Hay dos posibilidades: o la última vez que estuvo con nosotros en la agencia se lo dejó a Giacomo o bien Gargano regresó. Pero ¿para qué? Si tenía previsto desaparecer tras haber puesto el dinero a buen recaudo, y este proyecto seguro que lo tenía, tanto es así que la habitual transferencia de fondos desde Bolonia a Vigàta esta vez no se hizo, ¿por qué lo puso todo en peligro viniendo aquí?

—Continúa.

—Otra cosa: suponiendo que Gargano mantuviera relaciones con Giacomo, ¿por qué reunirse en el coche como dos amantes furtivos? ¿Por qué no hacerlo en el hotel de Gargano o en cualquier otro lugar tranquilo y seguro? Estoy convencida de que las otras veces no se habían encontrado en el coche. Es cierto que Gargano era muy tacaño, pero...

—¿Cómo sabes que Gargano era tacaño?

—Bueno, tacaño, lo que se dice tacaño, no, pero un poco roñoso, sí. Lo sé porque una noche que fui a cenar con él, mejor dicho, fui dos veces...

—¿Te invitó él?

—Claro, formaba parte de su sistema de seducción, le gustaba gustar. Bueno, me llevó a una *trattoria* de Montelusa y se le leía en la cara el miedo que tenía de que yo eligiera platos caros y después protestó por la cuenta.

—¿Dices que eso formaba parte de su sistema? ¿No te invitó porque eres una chica muy guapa? Creo que a todos los hombres les encanta exhibirse con una chica como tú a su lado.

—Gracias por los cumplidos. No quiero parecer mala, pero tengo que decirte que también invitó a cenar a Mariastella. Al día siguiente, Mariastella

estaba completamente aturdida, no se enteraba de nada, esbozaba una radiante sonrisa y se movía a trompicones entre las mesas. ¿Y sabes una cosa?

—Dímela.

—Mariastella le devolvió la invitación. Lo invitó a cenar a su casa. Y Gargano fue, por lo menos así lo deduje, porque Mariastella no hablaba sino que gimoteaba de alegría, en las nubes.

—¿Tiene una casa bonita?

—Nunca he estado allí. Es un chalet muy grande y aislado, justo en las afueras de Vigàta. Vivía allí con sus padres. Ahora lo ocupa ella sola.

—Pero ¿es cierto que Mariastella sigue pagando el alquiler y el teléfono del local?

—Sí.

—Pero ¿tiene dinero?

—Algo le debió de dejar su padre. ¿Sabes una cosa? Me quería pagar de su propio bolsillo los dos sueldos atrasados. «Después ya me los pagará el contable», dijo. Mejor dicho, no. Se le escapó decir, enrojeciendo como un tomate: «Después ya me los pagará Emanuele». Está loca por ese hombre y no quiere rendirse ante la evidencia.

—¿Y cuál es la evidencia?

—Que, en el mejor de los casos, Gargano se lo está pasando bomba en una isla de la Polinesia. Y, en el peor, se lo están comiendo los peces.

Ya habían llegado. Michela besó en la mejilla a Montalbano y bajó. Después se inclinó hacia la ventanilla diciendo:

—Los exámenes que tengo que hacer en Palermo son tres.

—Te deseo lo mejor —dijo Montalbano—. Ya me dirás qué tal te ha ido.

Regresó directamente a Marinella. En cuanto entró, se dio cuenta de que Adelina había reanudado su servicio: la ropa interior y las camisas estaban sobre la cama, planchadas. Abrió la nevera y la encontró vacía, exceptuando una *passuluna*, anchoas condimentadas con vinagre, aceite y orégano y un buen trozo de queso de vaca. La pequeña decepción se le pasó cuando abrió el horno: ¡dentro estaba la mítica pasta *'ncasciata*! Cuatro raciones. Se la

comió despacio y con perseverancia. Después, aprovechando que el día lo permitía, fue a sentarse en la galería. Necesitaba pensar. Pero no pensó. Al poco rato, el susurro del oleaje lo adormeció dulcemente.

«Menos mal que no soy un cocodrilo; de lo contrario, me ahogaría en mis propias lágrimas».

Fue la única cosa sensata, o insensata, que le vino a la mente.

* * *

A las cuatro de la tarde ya estaba en su despacho de la comisaría, e inmediatamente se presentó Mimì.

—¿Dónde estabas?

—Cumpliendo con mi deber. En cuanto me he enterado de la noticia, he corrido al lugar de los hechos y me he puesto a la disposición de Guarnotta. En tu nombre y siguiendo las instrucciones de nuestro jefe superior. Aquello corresponde a nuestra jurisdicción, ¿verdad? ¿Hice bien?

Cuando quería, Augello era capaz de complacer a todo el mundo.

—Hiciste muy bien.

—Le he dicho que estaba allí solo y exclusivamente para prestar ayuda. Si quería, podía ir a comprarle unos cigarrillos. Me lo ha agradecido mucho.

—¿Han encontrado el cuerpo de Gargano?

—No, pero están desanimados. Han preguntado a un viejo pescador del lugar. Este les ha dicho que, si no encuentran a Gargano retenido en alguna roca, a estas horas, a causa de las fuertes corrientes que hay por allí, el cadáver ya estará navegando rumbo a Tunicia. Por consiguiente, al atardecer, interrumpirán las tareas de búsqueda.

Apareció Fazio en la puerta. El comisario le indicó por señas que entrara y tomara asiento. Fazio ponía cara de circunstancias. Estaba claro que no podía con su alma.

—¿Y bien? —le preguntó Montalbano a Mimì.

—Mañana por la mañana está prevista una rueda de prensa de Guarnotta.

—¿Sabes lo que dirá?

—Pues claro. De lo contrario, ¿por qué me habría desplazado hasta aquel infame lugar? Dirá que tanto Gargano como Pellegrino han sido víctimas de una venganza de la mafia, estafada por nuestro contable.

—Pero, lo digo y lo repito, ¿cómo se las arregló esta condenada mafia para saber con un día de antelación que Gargano no cumpliría sus compromisos y matarlo? Si lo hubieran matado el uno o el dos de septiembre, lo comprendería. Pero matarlo la víspera, ¿no te parece por lo menos un poco raro?

—Pues claro que me parece raro. Rarísimo. Pero eso pregúntaselo a Guarnotta y no a mí.

El comisario se volvió con una ancha sonrisa en los labios hacia Fazio.

—¡Dichosos los ojos!

—Voy muy cargado —dijo Fazio en tono pausado—. Llevo una carga de una tonelada.

Quería decir que tenía unas cartas muy importantes para jugar. Montalbano no le hizo ninguna pregunta, dejó que se tomara su tiempo y disfrutara de su hazaña. Después, Fazio se sacó del bolsillo una hojita de papel, la consultó y empezó a hablar.

—Averiguar lo que quería me ha costado muchísimo.

—¿Has tenido que pagar? —le preguntó Augello.

Fazio lo miró con expresión de hastío.

—Quería decir que me ha costado muchísimo en palabras y paciencia. Los bancos se niegan a facilitar información acerca de los asuntos de sus clientes y tanto menos cuando esos asuntos huelen a chamusquina. Aun así, he conseguido convencer a un empleado de que hablara. Pero me ha rogado de rodillas que no dijera su nombre. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Montalbano—. Sobre todo porque esta investigación no nos corresponde a nosotros. Lo nuestro es pura y simple curiosidad. Digamos privada.

—Vamos allá —dijo Fazio—. El uno de octubre del año pasado, en el banco donde cada mes le ingresaban el sueldo, la cuenta de Giacomo Pellegrino recibió una transferencia por valor de doscientos millones de liras. El quince de enero de este año recibió una segunda transferencia por el mismo importe. La última, por valor de trescientos millones, se recibió el

siete de julio. En total, setecientos millones de liras. Ya no se recibió nada más. Y no tenía otras cuentas en los demás bancos de aquí ni en los de Montelusa.

—¿Quién le hacía las transferencias? —preguntó Montalbano.

—Emanuele Gargano.

—¡Coño! —dijo Augello.

—Desde el banco donde tenía abierta su cuenta personal, no desde el que utilizaba para trabajar con la Rey Midas —añadió Fazio—. Por consiguiente, las cantidades que se enviaban a Pellegrino no tenían nada que ver con los asuntos de la agencia. Está claro que se trataba de relaciones de tipo personal.

Fazio terminó su informe con la cara muy larga. Estaba decepcionado porque Montalbano no se había sorprendido ni siquiera mínimamente, la noticia no le había dado ni frío ni calor. Sin embargo, no quería darse por vencido y siguió adelante.

—¿Y quieren saber qué otra cosa he descubierto? Cada vez que recibía una transferencia, al día siguiente Pellegrino ingresaba el dinero en la...

—... cuenta de la empresa que le estaba construyendo el chalet —acabó la frase Montalbano.

Érase una vez un rey de Francia que, harto de oírle decir a su mujer, la reina, que él no la amaba porque no era celoso, rogó a un gentilhomme de la corte que entrara al día siguiente en el dormitorio de la reina, se arrojara a sus pies y le confesara su amor. A los pocos minutos entraría el rey, que, al ver la situación, le armaría a su mujer una terrible escena de celos. A la mañana siguiente, el rey se apostó al otro lado de la puerta de la habitación de la reina, esperó a que entrara el gentilhomme con quien había concertado el pacto, contó hasta cien, desenvainó la espada y abrió la puerta de par en par. Entonces vio a su mujer y al gentilhomme desnudos en la cama, follando con tanto entusiasmo que ni siquiera se percataron de su presencia. El pobre rey abandonó la habitación, volvió a envainar la espada y dijo: «¡Maldita sea, me ha estropeado la escena!».

Fazio hizo todo lo contrario de lo que había hecho el rey de Francia. Al ver que le estropeaban la escena, se levantó de un salto de la silla, enrojeció de furia, soltó una palabrota y abandonó el despacho murmurando por lo bajo.

—Pero ¿qué le ha pasado? —preguntó Augello, estupefacto.

—La verdad es que a veces soy un poco cabroncete —dijo Montalbano.

—¿Y a mí me lo cuentas? —replicó Augello, frecuente víctima de las cabronadas del comisario.

Fazio regresó casi enseguida. Se veía que había ido a lavarse la cara.

—Perdón.

—Perdóname tú a mí —dijo con toda sinceridad el comisario. Y añadió —: O sea que el chalet se lo compró Gargano. Solo cabe una pregunta: ¿por qué?

Mimì abrió la boca, pero un gesto del comisario lo obligó a cerrarla.

—Antes quiero saber si recuerdo bien una cosa —dijo Montalbano, dirigiéndose a Fazio—: ¿Fuiste tú quien me dijo que, cuando Pellegrino alquiló un coche en Montelusa, especificó que lo quería con un maletero muy grande?

—Sí —contestó Fazio.

—¿Y entonces nosotros pensamos que lo quería para guardar las maletas?

—Sí.

—Pero nos equivocamos porque las maletas las había dejado en el chalet.

—¿Y qué quería poner en el maletero? —terció Augello.

—Su ciclomotor. Alquiló el coche en Montelusa, guardó el ciclomotor en el maletero, se dirigió a Punta Raisi por el asunto de los billetes de avión, regresó a Montelusa, devolvió el vehículo de alquiler y regresó a Vigàta en el ciclomotor.

—No creo que eso sea importante —comentó Mimì.

—Y, sin embargo, lo es. Quizá porque he sabido que, en cierta ocasión, guardó el ciclomotor en el maletero del coche de Gargano.

—Sí, pero...

—De momento, dejemos esta historia del ciclomotor y volvamos a la pregunta: ¿por qué razón pagó Gargano la construcción del chalet? Y tened en cuenta una cosa: he averiguado, y me fío de la persona que me lo ha dicho, que Gargano era muy tacaño y procuraba no malgastar el dinero.

Augello fue el primero en hablar.

—¿Por qué no por amor? Por lo que tú me has dicho, la suya no era solo una relación de cama.

—Y tú, ¿cómo la ves? —le preguntó Montalbano a Fazio.

—La explicación del señor Augello podría ser acertada. Pero no sé por qué no me convence. Yo me inclino a pensar más bien en un chantaje.

—¿Por qué?

—No sé, a lo mejor Pellegrino amenazó a Gargano con revelar a todo el mundo que ambos mantenían una relación... que Gargano era homosexual...

Augello estalló en una carcajada y Fazio lo miró, perplejo.

—Pero ¿cuántos años tienes, Fazio? ¡Hoy en día, y gracias a Dios, el hecho de que uno sea o no sea homosexual no le importa un carajo a nadie!

—Gargano tenía mucho empeño en no parecerlo —terció Montalbano—. Pero, aunque el hecho amenazara con aflorar a la superficie, no creo que ello hubiera constituido un drama para él. No, una amenaza de esta clase no hubiera obligado a un sujeto como Gargano a ceder a un chantaje.

Fazio extendió los brazos y renunció a defender su hipótesis, mirando fijamente al comisario. Augello también lo miró.

—Pero ¿qué os ocurre? —les preguntó Montalbano.

—Nos ocurre que ahora te toca hablar a ti —respondió Mimì.

—Muy bien —dijo el comisario—. Pero tengo que hacer una salvedad: lo mío es una pura novela. En el sentido de que no tengo la menor prueba de lo que voy a decir. Y, como ocurre en todas las novelas, a medida que uno la va escribiendo, los hechos pueden seguir un camino distinto y llegar a conclusiones inesperadas.

—De acuerdo —dijo Augello.

—Partimos de un hecho auténtico: Gargano monta una estafa que necesariamente no se puede resolver en el transcurso de una semana sino que exige periodos más largos. Más aún: tiene que establecer toda una organización propiamente dicha, con despachos, empleados y demás. Entre los empleados que contrata en Vigàta, hay un muchacho, Giacomo Pellegrino. Al cabo de algún tiempo, entre ambos se inicia una relación. Una especie de enamoramiento, no una vulgar chapa. La persona que me lo ha dicho ha añadido que, a pesar de su intento de disimularla, la relación entre ambos era evidente por su manera de comportarse. Algunos días se sonreían y se buscaban y otros ponían la cara muy larga y se esquivaban. Tal como hacen los enamorados. ¿Es así, Mimì, tú que entiendes de eso?

—¿Por qué, tú no? —replicó Augello.

—Lo bueno es que ambos tenéis razón —prosiguió diciendo Montalbano—. Una historia nacida en la ambigüedad y que se prolonga en la ambigüedad. Pellegrino es una cabeza parcial que...

—Alto ahí —dijo Mimì—. ¿Qué significa eso?

—Por cabeza parcial entiendo la cabeza de los que se ocupan del dinero. No de la agricultura o el comercio o la industria o la construcción o lo que vosotros queráis, sino del dinero en sí. Del dinero como tal lo saben o lo entienden todo, hora a hora, minuto a minuto. Lo conocen tanto como a sí mismos, saben cómo ha meado, cómo ha cagado, cómo ha comido y dormido, cómo se ha despertado por la mañana, sus días buenos y sus días malos, cuándo quiere tener hijos, es decir, producir más dinero, cuándo le entran impulsos suicidas, cuándo quiere permanecer estéril, incluso cuándo quiere echar un polvo sin consecuencias. En palabras todavía más sencillas, cuándo subirá el dinero o cuándo caerá en picado, como dicen los del telediario que se ocupan de estas cosas. Estas cabezas parciales se suelen llamar «magos de las finanzas», grandes banqueros, grandes operadores económicos, grandes especuladores. Pero su cabeza solo funciona en este sentido, en todo lo demás son unos incultos, son torpes y limitados, primitivos e incluso absolutamente cabrones, aunque jamás ingenuos.

—Este retrato me parece excesivo —dijo Augello.

—¿Ah, sí? Y, a tu juicio, ¿no era una cabeza parcial el que acabó ahorcado bajo el puente de los Blackfriars de Londres? ¿Y el otro que simuló haber sido secuestrado por la mafia, mandó que le pegaran un tiro en una pierna y se fue a beber un café envenenado en la cárcel? ¡Pero, hombre, por Dios!

Mimì no se atrevió a contradecirlo.

—Volvamos a Giacomo Pellegrino —dijo Montalbano—. Es una cabeza parcial que se tropieza con otra todavía más parcial que ella, es decir, el contable Emanuele Gargano. Este intuye al vuelo la afinidad de gustos. Lo contrata y empieza a confiarle algunas tareas que se guarda mucho de encomendar a las otras dos empleadas. Después, la relación entre Gargano y Pellegrino se transforma, ambos descubren que su afinidad no se limita exclusivamente al dinero sino que se puede ampliar también a la esfera

afectiva. He dicho que estas personas jamás son ingenuas, pero existen distintos grados de ingenuidad. Digamos que Giacomo es ligeramente más astuto que el contable, pero esta ligera diferencia le basta y le sobra al chaval.

—¿En qué sentido? —preguntó Augello.

—En el sentido de que Giacomo debió de descubrir casi inmediatamente que en la Rey Midas había algo que no encajaba, pero no se lo dijo a nadie y decidió, sin embargo, seguir atentamente los movimientos y las actuaciones de su patrón. Empieza a acumular datos, a establecer nexos. Y puede que, por la relación de intimidad que se había establecido, haga alguna pregunta que a primera vista podría parecer inofensiva, pero cuya finalidad exacta es penetrar cada vez más en las intenciones de Gargano.

—¿Y Gargano está tan enamorado del chaval que no sospecha nada? —preguntó Fazio en tono escéptico.

—Has dado en el blanco —dijo el comisario—. Este es el punto más delicado de la novela que estamos escribiendo. Tratemos de comprender cómo actúa el personaje Gargano. Recuerda que al principio he dicho que la relación entre ambos se caracteriza por la ambigüedad. Estoy convencido de que, en determinado momento, Gargano intuye que Pellegrino se está acercando peligrosamente a comprender el ingenioso método de su estafa. Pero ¿qué puede hacer? Despedirlo sería peor. Y, por consiguiente, se hace el loco para no ir a la guerra.

—¿Espera que Pellegrino se conforme con el chalet que él le ha regalado y no pregunte nada más? —dijo Mimì.

—En parte lo espera porque no está seguro de que el muchacho lo esté sometiendo a chantaje: probablemente el muchacho debió de convencerlo, diciéndole lo bonito que sería tener un nido de amor, un lugar en el que quizá ambos pudieran vivir juntos cuando el contable se retirara de los negocios... Lo debió de tranquilizar en este sentido. Ambos saben, pero no lo dicen, cómo acabará todo el asunto. Gargano huirá al extranjero con el dinero, y Giacomo, que no está implicado en modo alguno en la estafa, podrá disfrutar tranquilamente del chalet.

—Sigo sin comprender por qué le dijo a su tío que se iba a Alemania —dijo Fazio, casi hablando para sus adentros.

—Para que el tío nos lo dijera a nosotros cuando empezáramos a buscar a Gargano. Y para que, de esta manera, nosotros aguardáramos su regreso sin seguir adelante con las investigaciones. Después habría aparecido con cara de inocente y nos habría dicho que se había ido efectivamente a Alemania, pero que había sido un engaño de Gargano para quitárselo de encima, pues él era el único capaz de comprender con antelación que su jefe se disponía a recoger las redes. Nos habría dicho que en los bancos a los que lo había enviado Gargano no había encontrado ni una lira, pues Gargano jamás había tenido en ellos ningún depósito.

—Pero, en tal caso, ¿por qué armar todo este jaleo con los billetes de avión? —insistió Fazio.

—Para protegerse. Protegerse de todos: de Gargano y de nosotros. Podéis creerme, Giacomo lo tenía todo muy bien pensado. Pero le ocurrió un imprevisto.

—¿Qué? —preguntó Mimì.

—¿Un disparo de revólver en pleno rostro no te parece suficiente como imprevisto? —dijo el comisario.

Catorce

—¿Queréis que sigamos mañana con la segunda entrega? Mirad, es que me estoy dando cuenta por el camino de que, más que una novela, esto es un serial de televisión. Si yo hubiera escrito y publicado esta novela, algún crítico la habría definido así seguramente, añadiendo tal vez «un serial, y no de los mejores». ¿Qué os parece?

La propuesta de Montalbano provocó la protesta de sus dos únicos oyentes. No podía quejarse de los resultados de los análisis de los índices de audiencia. Se vio obligado a seguir adelante, tras haber pedido y obtenido una pequeña pausa para tomarse un café. Cuando reanudó el relato dijo:

—Sin embargo, en los últimos tiempos las relaciones entre Gargano y Pellegrino parece que se habían deteriorado, aunque eso no lo podemos saber con certeza.

—Pero se podría —dijo Mimì.

—¿Cómo?

—Preguntándolo a la misma persona que te ha facilitado las restantes informaciones.

—No sé dónde está, se ha ido a Palermo.

—Pues entonces, pregúntaselo a la señorita Cosentino.

—Puedo hacerlo. Pero esa no se enteraba de nada, ni siquiera si Gargano y Pellegrino se hubieran abrazado y besado delante de sus mismas narices.

—Muy bien. Supongamos que las relaciones se deterioran. ¿Por qué?

—Yo no he dicho que se hubieran deteriorado, he dicho que lo parece.

—¿Y qué diferencia hay entre lo uno y lo otro? —preguntó Fazio.

—La hay, vaya si la hay. Si se pelean delante de los demás, si se muestran fríos y distantes, lo hacen porque así lo han acordado, están interpretando un papel.

—Pero hasta en un serial eso me resultaría artificioso —dijo irónicamente Mimì.

—Si quieres, quitamos estas escenas del guión, las cortamos. Pero sería un error. Mira, yo creo que el chico, al ver que llegaba el momento del desenlace de la estafa, pasó al chantaje directo. Quiere sacar el máximo provecho antes de que Gargano desaparezca. Le pide más dinero. Pero el contable no se lo suelta, eso lo sabemos con toda certeza porque tú, Fazio, dijiste que no se habían registrado más ingresos. ¿Y qué hace entonces Gargano, sabiendo que el apetito de un chantajista es insaciable? Simula ceder al chantaje e incluso va más allá y le hace una propuesta al muchacho, del que sigue declarándose enamorado a pesar de todo. Huirán juntos al extranjero con el dinero y vivirán felices. Giacomo, que no acaba de fiarse del todo, acepta con una condición: que el contable le revele a qué bancos han ido a parar los depósitos de la Rey Midas.

»Gargano se los enumera con todas las claves de acceso y, al mismo tiempo, le dice que es mejor que, a los ojos de todo el mundo, simulen haberse peleado o mantener unas tensas relaciones para que, de esta manera, cuando la policía empiece a buscarlo tras el descubrimiento de la estafa, no tenga motivos para pensar que ambos han huido juntos. Y, por este mismo motivo, sigue diciendo Gargano, ambos deberán trasladarse al extranjero por separado. Puede que elijan incluso la ciudad del extranjero en la que deberán reunirse.

—¡Ya he comprendido el truco de Gargano! —dijo de repente Augello—. Le dio a Giacomo las auténticas claves de acceso de las cuentas. El muchacho efectúa comprobaciones y ve que el contable no le está tendiendo una trampa. En realidad, Gargano tiene previsto transferir los depósitos unas pocas horas antes de desaparecer: total, hoy en día para hacer estas cosas son suficientes diez minutos. Y también tiene previsto no presentarse a la cita en el extranjero. ¿Es así?

—Has acertado, Mimì. Pero ya hemos establecido que nuestro Giacomino no tiene un pelo de tonto en estas cosas. Ha comprendido el plan de Gargano y lo controla con su móvil, llamándolo constantemente. Después, cuando llega el momento, es decir, el treinta y uno de agosto, llama a Gargano al amanecer y, amenazándolo con contárselo todo a la policía, lo obliga a venir

rápidamente a Vigàta. Tendrán que irse juntos al extranjero, dice Giacomo, está dispuesto a correr el riesgo. A estas alturas, Gargano sabe que no tiene ninguna otra alternativa. Sube a su coche y se pone en marcha sin utilizar la tarjeta de crédito de autopistas para no dejar huellas. Cuando llega al lugar establecido, ya es de noche. Poco después aparece Giacomo con el ciclomotor que guardaba en el chalet. Las maletas grandes le importan un carajo, lo importante es la maletita que contiene las pruebas de la estafa. Y ambos se reúnen.

—¿Puedo contar el final? —lo interrumpió Fazio, añadiendo de inmediato—: Ambos discuten y Gargano, viéndose perdido porque sabe que ahora el chico lo tiene en sus manos, saca el revólver y dispara.

—En el rostro —puntualizó Augello.

—¿Es importante?

—Sí. Cuando se dispara a alguien en el rostro, casi siempre es por odio, porque se quiere destruir ese rostro.

—No creo que hubiera una discusión —dijo Montalbano—. Gargano tuvo mucho tiempo desde Bolonia hasta aquí por carretera para ir pensando en la peligrosa situación en la que se encontraba. Y para llegar a la conclusión de que tenía que eliminar al chico. Sí, comprendo que una violenta pelea al borde del acantilado, donde ambos corren a cada momento el peligro de precipitarse al vacío mientras Giacomo intenta desarmar a Gargano y el mar ruge enfurecido a sus pies, podría quedar muy bonita en la televisión con su correspondiente música de fondo. Por desgracia, creo que Gargano disparó contra Giacomo en cuanto lo vio aparecer. No tenía tiempo que perder.

—¿Y es por eso por lo que, a tu juicio, lo mató fuera del coche?

—Claro. Después coge el cadáver y lo coloca en el asiento del copiloto, el cuerpo resbala lateralmente y queda tumbado sobre los dos asientos. Por eso, cuando pasa el profesor Tommasino, este no ve el muerto y cree que el coche está vacío. Gargano abre el maletero, saca su maleta, que quizá llevaba consigo a propósito, como elemento escenográfico, para demostrar, en caso de que ello hubiera sido necesario, que estaba dispuesto a marcharse, y coloca en su lugar el ciclomotor tras haber abierto la guantera de este y sacado de su interior la maletita con los documentos, mientras que su maleta

la coloca, por el contrario, sobre los asientos de la parte de atrás del vehículo. Cuando llega el profesor Tommasino, Gargano juega con él al escondite, espera a que se aleje y entonces cierra las portezuelas y empieza a empujar el vehículo hasta conseguir que caiga al mar. Supone, y supone bien, que habrá algún gilipollas que empezará a buscar su cadáver, en la certeza de que se trata de la venganza de la mafia. Con la maletita en la mano, menos de un cuarto de hora después, lo vemos en una carretera por la que circulan muchos coches. Pide a alguien que lo lleve y hasta puede que le pague una buena pasta para que no abra el pico.

—Déjame terminar a mí —dijo Mimì—. Último encuadre. Música. Vemos en una carretera larga y recta...

—¿Las hay en Sicilia? —preguntó Montalbano.

—No tiene importancia, la escena se rueda en el continente y, con el montaje, hacemos como si fuera de aquí. El coche se va alejando cada vez más hasta convertirse en un puntito. Imagen congelada. Aparecen unas palabras: «Así triunfa el mal y le dan por el culo a la justicia». Títulos de crédito.

—No me gusta este final —dijo Fazio con la cara muy seria.

—A mí tampoco —dijo Montalbano—. Pero te tienes que resignar, Fazio. Las cosas son así. Hoy en día, a la justicia le pueden dar por el culo. Bueno, dejémoslo correr.

Fazio parecía todavía más preocupado.

—¿Pero de veras no podemos hacer nada contra Gargano?

—Cuéntale nuestro serial a Guarnotta, a ver qué te dice.

Fazio se levantó, hizo ademán de retirarse y chocó contra Catarella, que justo en aquel momento estaba entrando con la cara muy pálida y respirando afanosamente.

—¡Virgen santa, *dottori*! ¡Acaba de llamar el *siñor* jefe superior! ¡Madre mía, el susto que me pego cada vez que llama!

—¿Preguntaba por mí?

—No, *dottori*.

—Pues ¿por quién preguntaba entonces?

—¡Por mí, *dottori*, por mí! ¡Madre mía, me noto las piernas como si fueran de requesón! ¿Me permite que me siente?

—Siéntate. ¿Qué quería de ti?

—Bueno pues. Suena el *tilífono*. Yo descuelgo y digo diga. Y entonces oigo la voz del *siñor* jefe superior. «¿Eres tú, Santarella?», me dice. «Personalmente en persona», contesto yo. «Dile esto al comisario», dice él. «No está», digo yo, sabiendo que usía no tenía ganas de hablar con él. «No importa. Dile que acuso recibo», me dice, y se va. *Dottori*, ¿por qué el señor jefe superior acusa al recibo? ¿Qué le ha hecho el recibo? ¿Lo ha ofendido?

—Déjalo correr y no te preocupes. La ha tomado con el recibo, no contigo. Cálmate.

El «siñor» jefe superior, tal como lo llamaba Catarella, ¿quería ofrecerle un decoroso armisticio? Pero, en tal caso, el «siñor» jefe superior habría tenido que pedirlo en lugar de proponerlo.

Al regresar a su casa de Marinella, encontró en la mesita de la cocina el jersey que le había regalado Livia y, a su lado, una nota de Adelina en la que esta le decía que había pasado por la tarde a limpiar un poco la casa y había encontrado el jersey en el armario. Añadía que, como había visto en el mercado unas pescadillas muy buenas, se las había preparado hervidas. Bastaría con aliñarlas con aceite, limón y sal. ¿Qué hacer con el jersey? ¡Dios, qué difícil era hacer desaparecer el cuerpo del delito! Él ya había desplazado aquel jersey, y este habría podido quedarse eternamente en el lugar al que lo había arrojado. En lugar de eso, allí lo tenía. Lo único que podía hacer era enterrarlo en la arena. Pero se notaba cansado. Entonces cogió el jersey y volvió a arrojarlo encima del armario, no era fácil que Adelina en los días siguientes volviera a mirar encima del armario. Sonó el teléfono. Era Nicolò, que le aconsejaba que encendiera el televisor. Había una edición extraordinaria a las nueve y media. Consultó el reloj, faltaban quince minutos. Fue al cuarto de baño, se quitó la ropa, se duchó rápidamente y se sentó en el sillón. Se comería las pescadillas después del telediario.

En cuanto terminó la sintonía, aparecieron unas imágenes propias de película americana. Un maltrecho y enorme coche afloraba lentamente a la superficie del agua mientras la voz de Zito explicaba que el complicado rescate del vehículo se había producido poco antes del anochecer. Enseguida

se veía el coche colocado en el pontón y a unos hombres que retiraban los cables de acero que se habían utilizado para izarlo a la superficie. A continuación, apareció el rostro de Guarnotta.

—Señor Guarnotta, ¿nos podría decir, si es tan amable, qué han encontrado en el interior del coche de Gargano?

—En el asiento posterior, una maleta con efectos personales del propio Gargano.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Lo cual confirmaba que el contable se había llevado la valiosa maletita de Giacomo.

—¿Seguirá la búsqueda del cadáver de Gargano?

—Puedo anunciar oficialmente que las investigaciones han concluido. Estamos más que convencidos de que el cadáver de Gargano ha sido arrastrado lejos por la corriente.

Así quedaba demostrado que Gargano había acertado con su montaje, pensando que ya habría algún gilipollas que se lo tragaría. Allí estaba el ilustre señor Guarnotta.

—Corren rumores, y nosotros los comentamos para completar la noticia, de que entre Pellegrino y Gargano existía un cierto tipo de relación. ¿A ustedes les consta?

—Dichos rumores también han llegado hasta nosotros. Estamos investigando en este sentido. Si fueran ciertos, el dato sería importante.

—¿Por qué, señor?

—Porque explicaría la razón por la cual Gargano y Pellegrino se reunieron de noche en este lugar tan solitario y apartado. Significaría que habían venido aquí, ¿cómo diría?, para estar solos. Y aquí fueron asesinados por el que los había seguido.

No había nada que hacer, Guarnotta estaba emperrado en su versión. Tenía que ser la mafia y, por consiguiente, era la mafia.

—Hace aproximadamente una hora hemos tenido ocasión de hablar con el doctor Pasquano, quien ya ha concluido la autopsia del cadáver de Pellegrino. Nos ha dicho que el joven murió de un solo disparo efectuado a bocajarro que le alcanzó justo entre los ojos. El proyectil no salió y se ha

podido recuperar. El doctor Pasquano dice que se trata de un arma de pequeño calibre.

Zito se detuvo, sin añadir nada más. Guarnotta puso cara de perplejidad.

—¿Y bien?

—Pues ¿no le parece un arma un poco anómala para la mafia?

Guarnotta emitió una compasiva risita.

—La mafia utiliza cualquier clase de arma. No tiene preferencias. Desde la bazuca hasta la punta de un mondadientes. Téngalo en cuenta.

Apareció el rostro estupefacto de Zito. Estaba claro que no lograba explicarse cómo era posible que un mondadientes se convirtiera en un arma letal.

Montalbano apagó el televisor.

«Entre estas armas, querido Guarnotta —pensó—, figuran también las personas como tú, los jueces, los policías y los carabineros que ven la mafia donde no está y no la ven donde está».

Pero no quería dejarse dominar por la furia. Se levantó. Las pescadillas lo estaban esperando.

Decidió acostarse temprano para poder leer un ratito. Acababa de tumbarse cuando sonó el teléfono.

—¿Cariño? Aquí todo arreglado. Mañana por la tarde tomo el avión. Estaré en Vigàta sobre las ocho de la tarde.

—Si me dices la hora exacta, voy a buscarte a Punta Raisi. No tengo gran cosa que hacer e iría con mucho gusto.

—El caso es que todavía tengo un poco de trabajo en el despacho. No sé a qué hora conseguiré salir. No te preocupes, cogeré el autobús. Cuando vuelvas, me encontrarás en casa.

—De acuerdo.

—Procura volver temprano, no hagas como de costumbre. Estoy deseando estar contigo.

—¿Por qué, acaso yo no?

Sus ojos se desplazaron instintivamente hacia la parte superior del armario, donde estaba el jersey. A la mañana siguiente, antes de ir a la

comisaría, tendría que enterrarlo. ¿Y si Livia le preguntaba adónde había ido a parar su regalo? Fingiría sorprenderse y, de esta manera, Livia acabaría sospechando de Adelina, a la cual aborrecía y por la que era a su vez aborrecida. Después, sin darse cuenta, cogió una silla, la acercó al armario, se subió a ella, buscó a tientas con la mano hasta encontrar el jersey, lo cogió, bajó de la silla, la dejó en su sitio, sujetó el jersey con ambas manos, consiguió con mucho esfuerzo hacerle un desgarrón, la emprendió a mordiscos con él, le hizo uno, dos, tres agujeros, cogió un cuchillo, lo traspasó con cinco o seis cuchilladas, lo arrojó al suelo y lo pisoteó. Un auténtico asesino dominado por un arrebató homicida. Finalmente lo dejó encima de la mesa de la cocina para acordarse de enterrarlo a la mañana siguiente. Y, de repente, se sintió tremendamente ridículo. ¿Por qué se había dejado arrastrar por aquella furia incontrolada? ¿Quizá porque lo había desplazado por completo y entonces el jersey se le había vuelto a aparecer con toda su prepotencia? Después de desahogarse, no solo se sentía ridículo sino que, encima, experimentaba una especie de melancólico remordimiento. ¡Pobre Livia, que se lo había comprado y regalado con tanto amor! Fue entonces cuando se le ocurrió una comparación absurda, imposible. ¿Cómo se habría comportado la señorita Mariastella Cosentino con un jersey que le hubiera regalado Gargano, el hombre al que amaba? Mejor dicho, no, al que adoraba. Hasta el extremo de no ver, o no querer ver, que el contable no era más que un estafador sinvergüenza que se había fugado con el dinero y que, para no tener que compartirlo con otra persona, había matado a un hombre a sangre fría. No lo habría creído o bien lo habría desplazado. ¿Por qué no había reaccionado cuando él, para calmar al pobre aparejador Garzullo, se había inventado la trola de que la televisión había dado la noticia de la detención de Gargano? Ella no tenía televisor y era lógico que se creyera lo que decía Montalbano. Y, sin embargo, nada, inmóvil, sin una sacudida, sin un suspiro. Se había comportado más o menos de la misma manera cuando él había ido a comunicarle la noticia del hallazgo del cadáver de Pellegrino. Habría tenido que hundirse en la desesperación, temiendo que el contable hubiera corrido la misma suerte. Y, sin embargo, había reaccionado prácticamente como la otra vez. Montalbano había tenido la sensación de

estar hablando con algo muy parecido a una estatua con los ojos abiertos. La señorita Mariastella Cosentino se comportaba como si...

Sonó el teléfono. ¿Cómo era posible que en aquella casa no hubiera manera de dormir en paz? Y, además, ya era muy tarde, casi la una. Soltando una maldición, descolgó el auricular.

—¿Sí? ¿Dígame? —preguntó con una voz que habría podido asustar a un bandido que pasara por allí.

—¿Te he despertado? Soy Nicolò.

—No, aún estaba despierto. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna, pero quiero contarte una cosa que te pondrá de buen humor.

—Buena falta me hace.

—¿Sabes qué teoría se ha sacado de la manga el fiscal Tommaseo en una entrevista que le he hecho? Que no ha sido la mafia la que se ha cargado a esos dos, tal como afirma Guarnotta.

—¿Pues quién ha sido?

—Según Tommaseo, un tercer hombre celoso que los sorprendió en plena faena. ¿Qué te parece?

—A Tommaseo, en cuanto hay de por medio una pizca de sexo, se le dispara la fantasía. ¿Cuándo la pondrás en antena?

—Jamás. El jefe de la fiscalía, en cuanto se ha enterado, me ha llamado. Estaba cohibido, el pobre. Y yo le he dado mi palabra de no dar a conocer jamás públicamente la entrevista.

Leyó apenas tres páginas de Simenon, pero, a pesar de sus intentos, no consiguió seguir adelante, tenía demasiado sueño. Apagó la luz y se hundió de inmediato en un sueño más bien desagradable. Estaba otra vez bajo el agua cerca del coche de Gargano y veía que el cuerpo de Giacomo en el interior del habitáculo se movía como un astronauta ingrávido, ejecutando una especie de danza. Después oía una voz procedente del otro lado de la roca.

—¡Cucú! ¡Cucú!

Se volvía de golpe y veía al contable Gargano. Muerto también desde hacía mucho tiempo, con el rostro cubierto de musgo verde y unas algas que

se enroscaban alrededor de sus brazos y sus piernas. La corriente lo hacía girar lentamente sobre sí mismo como si estuviera ensartado en un espetón y lo hubieran colocado en un asador automático. Cada vez que el rostro, o lo que fuera, se situaba de cara a Montalbano, abría la boca y decía:

—¡Cucú! ¡Cucú!

Se despertó emergiendo con dificultad del sueño, empapado de sudor. Encendió la luz. Y tuvo la sensación de que otra luz, tan violenta y rápida como un relámpago, le estallaba por un instante en el cerebro.

Completó la frase que la llamada de Zito había interrumpido: la señorita Mariastella Cosentino se comportaba como si supiera muy bien dónde estaba escondido el contable Gargano.

Quince

Después de aquel pensamiento, apenas durmió. Se quedaba dormido y, antes de media hora, volvía a despertarse y su mente corría de inmediato a Mariastella Cosentino. Había conseguido hacerse una idea exacta de dos de los tres empleados de la Rey Midas, a pesar de que a Giacomo solo lo había visto muerto. A las siete se levantó, cogió la cinta que le habían preparado en Retelibera y la vio atentamente. Mariastella aparecía en ella dos veces con ocasión de la inauguración de la agencia de Vigàta, y ambas veces al lado de Gargano, a quien ella miraba con adoración. Por consiguiente, un auténtico flechazo que, con el tiempo, se iba a convertir en total y absoluto. Necesitaba hablar con la chica y tenía una buena excusa. Puesto que sus suposiciones estaban siendo confirmadas por los hechos, le preguntaría si, en los últimos tiempos, las relaciones entre Gargano y Pellegrino parecían tensas. En caso de que ella le dijera que sí, la suposición de que ambos habían acordado simular un distanciamiento resultaría ser acertada. Pero, antes de ir a verla, decidió averiguar algo más acerca de ella.

* * *

Llegó a la comisaría sobre las ocho y llamó inmediatamente a Fazio.

—Quiero noticias acerca de Mariastella Cosentino.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Fazio.

—¿Por qué te sorprendes?

—¡Pues claro que me sorprende, *dottore*! ¡Esa parece que esté viva, pero, en realidad, está muerta! ¿Qué quiere saber?

—Si en el pueblo circulan o han circulado rumores acerca de ella. Qué hacía o dónde trabajaba antes de que Gargano la contratara. Y qué tipo de personas eran su padre y su madre. Dónde vive y qué costumbres tiene. Sabemos, por ejemplo, que no tiene televisor, pero sí teléfono.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Como máximo a las once me tienes que informar.

—Muy bien, *dottore*, pero usted me tiene que hacer un favor.

—Si puedo, con mucho gusto.

—Puede, *dottore*, vaya si puede.

Salió y regresó sosteniendo en sus brazos un quintal de papeles para firmar.

A las once en punto, Fazio llamó a la puerta y entró. El comisario lo recibió satisfecho: había conseguido firmar tres cuartas partes de los expedientes y tenía el brazo agarrotado.

—Coge los papeles y llévatelos.

—¿También los que no ha firmado?

—Esos, también.

Fazio los cogió, se los llevó a su despacho y regresó.

—He averiguado pocas cosas —dijo, sentándose.

Se sacó del bolsillo una hoja de papel llena de una escritura muy apretada.

—Fazio, una advertencia. Te suplico que des la menor rienda posible a tu complejo de registro civil. Dime tan solo lo más esencial, me importa un carajo saber en qué fecha exacta se casaron el padre y la madre de Mariastella Cosentino. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Fazio, haciendo una mueca.

Leyó un par de veces la hoja, la dobló y se la volvió a guardar en el bolsillo.

—La señorita Cosentino tiene su edad, *dottore*. Nació aquí en febrero de mil novecientos cincuenta. Hija única. Su padre fue Angelo Cosentino, comerciante de maderas, persona honrada, apreciada y respetada. Pertenecía a una de las familias más antiguas de Vigàta. Cuando en el cuarenta y tres

llegaron los americanos, lo nombraron alcalde. Y siguió siéndolo hasta el año mil novecientos cincuenta y cinco. Después ya no quiso seguir dedicándose a la política. La madre, Carmela Vasile-Cozzo...

—¿Cómo has dicho? —preguntó Montalbano, que hasta aquel momento había escuchado sin prestar demasiada atención.

—Vasile-Cozzo —repitió Fazio.

¿A que estaba emparentada con la señora Clementina Vasile-Cozzo? En caso afirmativo, todo resultaría mucho más fácil.

—Espera un momento —le dijo a Fazio—. Tengo que hacer una llamada. La señora Clementina se alegró de oír la voz de Montalbano.

—¿Desde cuándo no viene a verme, malvado y más que malvado?

—Me tiene que perdonar, señora, pero el trabajo... Oiga, señora, ¿usted no sería, por casualidad, familiar de Carmela Vasile-Cozzo, la madre de la señorita Mariastella?

—Pues claro. Primas hermanas, hijas de dos hermanos. ¿Por qué me hace esta pregunta?

—Señora Clementina, ¿la molestaré si voy a verla?

—Usted sabe muy bien cuánto me complace verlo. Por desgracia, no puedo invitarlo a comer porque están mi hijo, su mujer y mi nieto. Pero, si quiere pasar sobre las cuatro de la tarde...

—Gracias. Hasta luego.

Colgó y miró a Fazio con expresión pensativa.

—¿Sabes qué te digo? Que ya no te necesito. Dime tan solo si circulan rumores acerca de Mariastella.

—¿Qué rumores quiere usted que circulen? Excepto el hecho de que estaba locamente enamorada de Gargano. Pero también se dice que entre ellos no hubo nada concreto.

—Muy bien, puedes retirarte.

Fazio se retiró murmurando por lo bajo.

—¡Toda una mañana me ha hecho perder este hombre!

En la *trattoria* San Calogero comió con tanta desgana que hasta el propietario se dio cuenta.

—¿Qué ocurre, estamos preocupados?

—Un poco.

Salió y fue a dar un paseo por el muelle hasta que llegó a la altura del faro.

Se sentó en su roca de costumbre y encendió un cigarrillo. No quería pensar en nada, solo quería permanecer allí, escuchando el susurro del mar entre las rocas. Pero los pensamientos surgen aunque tú hagas todo lo posible por alejarlos. El que se le ocurrió tenía que ver con el olivo silvestre derribado. El único refugio que le quedaba era aquella roca. Se encontraba al aire libre, pero, de repente, experimentó una curiosa sensación de falta de aire, como si el espacio de su existencia se hubiera encogido de golpe. Y de manera considerable.

La señora Clementina empezó a hablar cuando, sentados en el salón, ya se habían tomado el café.

—Mi prima Carmela se casó muy joven con Angelo Cosentino, que era muy culto, amable y considerado. Tuvieron una sola hija, Mariastella. Ha sido alumna mía y tiene un carácter un poco especial.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que era muy cerrada y reservada, casi arisca. Aparte, era también muy formalista. Se diplomó en Contabilidad en Montelusa. Creo que el hecho de haber perdido a su madre cuando solo tenía quince años influyó muy negativamente en ella. A partir de aquel momento, se entregó a su padre. Ni siquiera salía de casa.

—Desde el punto de vista económico, ¿estaban en buena posición?

—No eran ricos, pero tampoco creo que fueran pobres. A los cinco años de la muerte de Carmela, murió también Angelo. Por consiguiente, Mariastella tenía veinte años y ya no era una chiquilla. Pero se comportó como si lo fuera.

—¿Qué hizo?

—Bueno, cuando me enteré de la muerte de Angelo, fui a ver a Mariastella. Conmigo había otras personas, hombres y mujeres. Mariastella nos salió al encuentro vestida como de costumbre, no se había puesto de luto

ni siquiera cuando murió su madre. Yo, que era la pariente más próxima, la abracé y traté de consolarla. Ella se apartó de mí y me miró. «¿Quién ha muerto?», me preguntó. Me quedé helada, amigo mío. No quería convencerse de que su padre había muerto. La cosa duró...

—Tres días —dijo Montalbano.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la señora Clementina Vasile-Cozzo, perpleja.

El comisario la miró, más perplejo que ella.

—¿Me creerá si le digo que no lo sé?

—Duró efectivamente tres días. Todos intentamos convencerla: el cura, el médico, yo, los de las pompas fúnebres. No hubo manera. El cadáver del pobre Angelo estaba allí en su cama, y Mariastella no quería entregarlo a los sepultureros. Entonces...

—... justo cuando ustedes ya habían decidido recurrir a la fuerza, cedió —dijo Montalbano.

—Bueno —dijo la señora Vasile-Cozzo—, si usted ya conoce la historia, ¿por qué quiere que yo se la vuelva a contar?

—Le aseguro que no la sé —dijo el comisario, sintiéndose un poco incómodo—. Pero es como si esta historia ya me la hubieran contado. Solo que no consigo recordar cómo ni dónde ni por qué. ¿Quiere que hagamos un experimento? Si ahora yo le pregunto: «¿Pensaron ustedes entonces que Mariastella estaba loca?», ya conozco su respuesta: «No pensamos que estaba loca, pensamos que era comprensible que se comportara de aquella manera».

—Ya —dijo la señora Clementina, sorprendida—, eso fue precisamente lo que pensamos. Mariastella, con todas sus fuerzas, rechazaba la realidad, se negaba a ser huérfana, a quedarse sin nadie en quien se pudiera apoyar.

Dios santo, ¿cómo era posible que conociera incluso los pensamientos de los protagonistas de aquella historia? Hacia el año 1970, su padre y él llevaban muchos años fuera de Vigàta, no tenían parientes ni amigos allí y, entre otras cosas, él estudiaba en Catania. Por consiguiente, aquella historia ni siquiera la había vivido alguien que hubiera participado directamente en ella. Entonces, ¿cómo se explicaba que...?

—Y después, ¿qué ocurrió? —preguntó.

—Durante algunos años, Mariastella vivió con lo poco que le había dejado su padre. Después, un familiar le consiguió un empleo en Montelusa. Allí trabajó hasta los cuarenta y cinco años. Pero ya no se trataba con nadie. En determinado momento, dejó el puesto. Explicó, no recuerdo a quién, que lo había dejado porque le daba miedo el camino que tenía que hacer a diario para ir y volver de Montelusa. El tráfico se había intensificado, y ella se ponía nerviosa.

—Pero si son apenas diez kilómetros.

—Qué quiere que le diga. Y, a la persona que le señaló que para ir de su casa al pueblo también tenía que coger el coche, le contestó que en aquel camino se sentía más segura porque lo conocía.

—¿Y cómo es posible que decidiera ponerse de nuevo a trabajar? ¿Lo necesitaba?

—No. En todo el tiempo que había trabajado en Montelusa había conseguido incluso ahorrar un poco. Y, además, creo que disfrutaba de una pequeña pensión. Pequeña, pero suficiente. No, decidió volver a trabajar porque Gargano fue a buscarla.

Montalbano saltó literalmente de su sillón cual la flecha disparada por un arco. La señora Vasile-Cozzo se sobresaltó ante la reacción del comisario y se acercó una mano al corazón.

—¿Se conocían de antes?

—Cálmese, comisario, por poco me provoca un infarto.

—Disculpe —dijo Montalbano, volviendo a sentarse—. Yo creía que era ella la que se había presentado a Gargano.

—No, ocurrió lo siguiente. La primera vez que Emanuele Gargano vino a Vigàta, preguntó por Angelo Cosentino, explicando que su tío, el que vivía en Milán y le había hecho de padre, le había contado que Angelo, cuando era alcalde, lo había ayudado mucho hasta salvarlo de la bancarrota. Y, en efecto, yo misma recuerdo que hasta los años cincuenta había un viajante de comercio que se llamaba Filippo Gargano. Le dijeron a Gargano que Angelo había muerto y que de su familia solo quedaba una hija, Mariastella. Gargano insistió en conocerla, le ofreció un trabajo, y ella aceptó.

—¿Por qué?

—Mire, comisario, la propia Mariastella vino a verme para hablarme de este trabajo. Fue la última vez que la vi, después ya no volví. Aunque es cierto que tras la muerte de su padre nos habremos visto como mucho unas diez veces. La respuesta es muy sencilla, comisario: se había enamorado ingenua y perdidamente de Gargano. Lo deduje por su manera de hablar. No me consta que Mariastella haya tenido novio alguna vez. Pobrecita, usted la conoce...

—¿Por qué? —repitió Montalbano.

La señora Clementina lo miró, sorprendida.

—¿No me ha oído? Le he dicho que Mariastella se había...

—No, me preguntaba por qué razón un sinvergüenza como Gargano la pudo contratar. ¿Por gratitud? Vamos, Gargano es un lobo. Sería capaz de degollar a los miembros de su propia manada. Tenía tres empleados en Vigàta. Uno, el que ha sido asesinado, era muy astuto y competente en su trabajo, pero se hacía pasar por inepto o casi. Sin embargo, Gargano se percató enseguida de cómo era. El segundo empleado era una chica muy guapa y, en este caso, también se puede comprender la razón. ¿Pero Mariastella?

—Por conveniencia —dijo la señora—. Por pura conveniencia. En primer lugar, para presentarse a los ojos del pueblo como un hombre que no se olvidaba de quien, directa o indirectamente, lo había ayudado. Y que devolvía de alguna manera el favor, contratando a Mariastella. ¿No le parece una buena tapadera para un estafador? Y, además, porque el hecho de tener a mano a una mujer enamorada siempre le resulta útil a un hombre, tanto si es un estafador como si no.

Le parecía recordar que la agencia cerraba a las cinco y media. Charlando con la señora Clementina, se le había pasado el tiempo sin darse cuenta. Dio las gracias, saludó, prometió regresar muy pronto, subió a su coche y se fue. ¿A que se encontraría la agencia cerrada? Cuando llegó a la altura de la Rey Midas, vio que Mariastella ya había cerrado y que estaba rebuscando algo en su bolso, con toda certeza las llaves. Montalbano encontró casi inmediatamente sitio, aparcó y bajó. Y todo empezó a desarrollarse como en

una película a cámara lenta. Mariastella estaba cruzando la calle con la cabeza inclinada, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Y, de pronto, se detuvo en el momento en que se acercaba un coche. Montalbano oyó el frenazo, vio cómo el coche impactaba de lleno en la mujer y la hacía caer, todo ello con extremada lentitud. El comisario echó a correr y todo recuperó su ritmo natural.

El conductor del coche bajó y se inclinó sobre Mariastella, que estaba tendida en el suelo pero se movía, tratando de levantarse. Otras personas se acercaron corriendo. El automovilista, un distinguido sexagenario, estaba muerto de miedo y más blanco que la cera.

—¡Se ha detenido de golpe! Yo creía que...

—¿Se ha hecho mucho daño? —preguntó Montalbano a Mariastella, ayudándola a levantarse. Dirigiéndose a los demás, gritó—: ¡Váyanse! ¡No ha ocurrido nada grave!

Los recién llegados, que habían reconocido al comisario, se alejaron. El conductor, en cambio, se quedó donde estaba.

—¿Qué quiere? —le preguntó el comisario mientras se inclinaba para recoger el bolso del suelo.

—¿Cómo que qué quiero? ¡Quiero acompañar a la señora al hospital!

—Yo no quiero ir al hospital, no me he hecho nada —dijo con tono decidido Mariastella, mirando al comisario en busca de respaldo.

—¡Pues no! —dijo el señor—. ¡Lo que ha ocurrido no ha ocurrido por culpa mía! ¡Yo quiero un parte médico!

—¿Por qué? —preguntó Montalbano.

—¡Porque después, como el que no quiere la cosa, la señora aquí presente es capaz de decir que ha sufrido fracturas múltiples, y yo tendré problemas con la compañía de seguros!

—Como no se largue de aquí en cuestión de un minuto, yo le doy una hostia que le parto la cara y después ya me traerá usted el parte médico —dijo Montalbano.

El hombre no dijo ni pío, subió a su coche y se alejó derrapando, cosa que, a lo mejor, jamás en su vida había hecho, pero que en esa ocasión el miedo le había obligado a hacer.

—Gracias —dijo Mariastella, tendiéndole la mano—. Buenas tardes.

—¿Qué quiere hacer?

—Cojo el coche y vuelvo a casa.

—¡De eso ni hablar! Usted no está en condiciones de conducir. ¿No ve cómo tiembla?

—Sí, pero eso es normal. Enseguida se me pasa.

—Oiga, yo la he ayudado a no ir al hospital, pero ahora usted tendrá que hacer lo que yo le diga. Yo la acompañaré a su casa en mi coche.

—Sí, pero ¿mañana cómo lo haré para venir al despacho?

—Le prometo que esta misma noche uno de mis hombres le dejará el coche delante de la puerta de su casa. Deme las llaves, así no nos olvidamos. Es el Cinquecento amarillo, ¿verdad?

Mariastella sacó las llaves del bolso y se las dio al comisario. Ambos se encaminaron hacia el coche de Montalbano. Mariastella arrastraba un poco la pierna izquierda y mantenía levantado el hombro del mismo lado en una posición que quizá le aliviaba el dolor.

—¿Quiere cogerse de mi brazo?

—No, gracias.

Amable, pero firme. Si hubiera cogido del brazo al comisario, ¿qué habría pensado la gente viéndola en una actitud de tanta familiaridad con un hombre?

Montalbano le mantuvo abierta la portezuela, y ella subió al vehículo despacio y con mucho cuidado.

Estaba claro que el golpe recibido había sido muy fuerte.

Pregunta: ¿cuál habría sido el deber del comisario Montalbano?

Respuesta: acompañar a la accidentada al hospital.

Pregunta: pues entonces, ¿por qué no lo hacía?

Respuesta: porque, en realidad, el señor Salvo Montalbano, un gusano bajo la falsa apariencia de comisario de policía, quería aprovechar aquel momento de turbación de la señorita Mariastella Cosentino para derribar sus defensas y averiguarlo todo acerca de ella y de sus relaciones con Emanuele Gargano, estafador y asesino.

—¿Dónde le duele? —preguntó Montalbano, poniéndose en marcha.

—En la cadera y el hombro. Pero ha sido por la caída.

Quería decir que el vehículo del sexagenario solo le había dado un fuerte empujón que la había derribado al suelo. La violencia de la caída sobre los adoquines de la calzada le había hecho daño. Pero no era nada grave, a la mañana siguiente se levantaría con la cadera y el hombro teñidos de un precioso color verde azulado.

—Indíqueme usted el camino.

Y Mariastella se lo indicó hasta una calle de las afueras de Vigàta, donde a derecha e izquierda no había casas sino viejas y solitarias villas, algunas de ellas abandonadas. El comisario jamás había estado en aquella zona, de eso estaba seguro, pues lo sorprendía el hecho de encontrarse en un lugar que parecía haberse detenido antes de la especulación inmobiliaria, de la construcción salvaje de edificios de cemento. Mariastella debió de adivinar su asombro.

—Todas estas villas que usted ve se construyeron en la segunda mitad del siglo diecinueve. Eran las casas de campo de los vigateses ricos. Hemos rechazado ofertas multimillonarias. La mía es aquella de allí.

El comisario no levantó los ojos de la calzada, pero ya sabía que «era una casa cuadrada muy grande, antaño de color blanco, adornada con espirales y balcones con volutas, con toda la pesada ligereza del estilo de 1870 y tantos...».

Finalmente, levantó los ojos, la miró, la vio, era justo tal y como había pensado, mejor dicho, la casa coincidía exactamente con la que le habían inducido a imaginar. Pero ¿quién lo había inducido? ¿Sería posible que ya hubiera visto aquella casa? No, estaba seguro.

—¿Cuándo se construyó? —preguntó, temiendo la respuesta.

—En mil ochocientos setenta —contestó Mariastella.

Dieciséis

—Hace años que no subo al piso de arriba —dijo Mariastella, abriendo la pesada puerta—. Me he instalado en la planta baja.

El comisario contempló las gruesas rejas de las ventanas. Las del piso de arriba estaban cerradas por unas persianas de color ya indefinible a las que faltaban muchos listones. El revoque estaba desconchado.

Mariastella se volvió.

—Si quiere entrar un momento...

Sus palabras eran una invitación, pero sus ojos decían todo lo contrario, decían: «Por el amor de Dios, vete, déjame sola y en paz».

—Gracias —dijo Montalbano.

Y entró. Cruzaron un espacioso vestíbulo desprovisto de adornos, «mal iluminado y desde el cual una escalinata ascendía a unas tinieblas todavía más densas. Se olía a polvo y abandono: un olor a cerrado y a moho». Mariastella le abrió la puerta del salón. «Estaba decorado con muebles pesados y revestido de cuero». La pesadilla que ya había vivido escuchando el relato de la señora Clementina se estaba volviendo cada vez más opresiva. En el interior de su cerebro, una voz desconocida le dijo: «Ahora busca el retrato». Obedeció. Miró a su alrededor y lo vio encima de una mesita, «en un marco patinado con adornos dorados, un retrato al pastel» de un hombre maduro con bigote.

—¿Este es su padre? —preguntó, seguro de la respuesta y, al mismo tiempo, atemorizado.

—Sí —contestó Mariastella.

Y fue entonces cuando Montalbano comprendió que tenía que adentrarse todavía más en aquella inexplicable zona oscura situada entre la realidad y lo que su propia mente le iba sugiriendo, una realidad que se creaba mientras la

pensaba. De pronto notó que tenía fiebre y que esta le subía minuto a minuto. ¿Qué le estaba ocurriendo? No creía en las brujerías, pero en aquellos momentos necesitaba mucha confianza en la propia razón para no creer en ellas y mantener los pies en el suelo. Se dio cuenta de que estaba sudando.

Algunas veces, pero muy raramente, le había ocurrido encontrarse por primera vez en un lugar y experimentar la sensación de haber estado allí antes o de vivir situaciones vividas previamente. Pero esa vez se trataba de algo distinto. Las palabras que le venían a la mente no se las había dicho nadie, no las había pronunciado ninguna voz. No, a esas alturas ya estaba convencido de haberlas leído. Y aquellas palabras escritas le habían causado un impacto y quizá una turbación tan grandes que se le habían quedado grabadas en la memoria. Tras haberlas olvidado, en ese momento las estaba reviviendo en toda su violencia. Y, de pronto, lo comprendió. Lo comprendió, hundiéndose en una especie de temor como jamás había experimentado en su vida y jamás había imaginado poder experimentar. Había comprendido que estaba viviendo en el interior de un relato. Había sido transportado al interior de un relato de Faulkner leído muchos años atrás. ¿Cómo era posible? Pero no era el momento de buscar explicaciones. Lo único que podía hacer era seguir leyendo y viviendo el relato y llegar al terrible desenlace que ya conocía. No podía hacer nada más. Se levantó.

—Quisiera que me enseñara su casa.

Ella lo miró sorprendida y también un tanto molesta por aquella violencia a la cual el comisario la obligaba a someterse. Pero no tuvo el valor de decirle que no.

—Muy bien —dijo, levantándose con cierta dificultad.

Estaba empezando a experimentar el verdadero dolor de la caída. Levantando un hombro y sosteniéndose el brazo con la otra mano, indicó a Montalbano el camino hacia un largo pasillo. Abrió la primera puerta a la izquierda.

—Esta es la cocina.

Muy grande y espaciosa, pero escasamente utilizada. En una pared colgaban ollas y cazuelas de cobre casi blancas a causa del polvo acumulado. Mariastella abrió la otra puerta.

—Esto es el comedor.

Muebles oscuros de nogal macizo. En los últimos treinta años se debía de haber utilizado una o dos veces como mucho. La puerta se volvió a cerrar.

Avanzaron unos pasos.

—Aquí a la izquierda está el cuarto de baño —dijo Mariastella.

Pero no lo abrió. Avanzó otros tres pasos y se detuvo delante de una puerta cerrada.

—Esta es mi habitación, pero no está arreglada.

Se volvió hacia la puerta del otro lado.

—Esta es la habitación de los invitados.

Abrió la puerta, extendió el brazo, encendió la luz y se apartó a un lado para que pasara el comisario. «Un lienzo fúnebre, ligero y acre como un sepulcro, parecía cubrir todos los objetos de aquella habitación...».

Y Montalbano vio en un instante lo que ya esperaba ver, «en una silla colgaba el traje cuidadosamente doblado: debajo, los dos mudos zapatos y los calcetines tirados a su lado».

Y sobre la cama, marrón a causa de la sangre cuajada, cuidadosamente envuelto en la bolsa de nailon todavía más cuidadosamente sellada con cinta adhesiva, «permanecía tendido él», Emanuele Gargano.

—Y ya no hay nada más que ver —dijo Mariastella Cosentino, apagando la luz de la habitación de los invitados y cerrando la puerta.

Se volvió para recorrer el pasillo en sentido contrario en dirección al salón, caminando con el cuerpo torcido mientras Montalbano permanecía de pie delante de la puerta cerrada sin poder moverse ni dar un solo paso. Mariastella no había visto al muerto. Para ella no existía, no estaba sobre aquella cama ensangrentada, lo había desplazado por completo. Tal como muchos años atrás había hecho con su padre. El comisario percibía en el interior de su cerebro el silbido de una especie de vendaval, su cabeza llena de viento se movía entre espacios llenos de viento, no lograba retener una frase, dos palabras que, colocadas la una detrás de la otra, tuvieran un significado cabal. Después oyó un quejido, una especie de mugido de animal herido. Consiguió dar un paso y librarse de la parálisis con una sacudida casi dolorosa y corrió al salón. Mariastella estaba sentada en un sillón con el rostro muy pálido, le temblaban los labios y se sostenía el hombro con una mano.

—¡Dios mío, qué daño me hace ahora!

—Voy a avisar a un médico —dijo Montalbano, aferrándose a aquel momento de normalidad.

—Llame al doctor La Spina —dijo Mariastella.

El comisario lo conocía, era un septuagenario retirado que solo atendía a los amigos. Corrió al vestíbulo y vio la guía al lado del teléfono. Oyó que Mariastella seguía quejándose.

—¿Doctor La Spina? Soy Montalbano. ¿Conoce a la señorita Mariastella Cosentino?

—Pues claro, es una de mis pacientes. ¿Qué le ha pasado?

—La ha atropellado un coche. Le duele mucho un hombro.

—Voy enseguida.

Y fue aquí donde se le ocurrió la solución que tan desesperada y convulsamente buscaba.

—Óigame, doctor. Se lo pido bajo mi responsabilidad personal. Necesito, y ahora no me haga preguntas, que la señorita Mariastella duerma profundamente durante unas cuantas horas.

Colgó y respiró hondo tres o cuatro veces.

—Viene ahora mismo —dijo, entrando de nuevo en el salón y procurando adoptar una expresión lo más normal posible—. ¿Tanto le duele?

—Sí.

Cuando más tarde contó la historia, el comisario no consiguió recordar qué otras cosas se habían dicho. Quizá permanecieron en silencio. En cuanto oyó acercarse un coche, Montalbano se levantó y fue a abrir la puerta.

—Se lo ruego, doctor, atiéndala, haga todo lo que tenga que hacer, pero sobre todo procure que duerma profundamente. En el propio interés de la señorita.

El médico lo miró largo rato a los ojos y optó por no hacer preguntas.

Montalbano se quedó fuera, encendió un cigarrillo y empezó a pasear por la casa. Había oscurecido. Le vino a la mente el profesor Tommasino. ¿A qué olía la noche? Inspiró profundamente. Olía a fruta podrida, a cosas que se desintegraban.

El médico abandonó la casa al cabo de media hora.

—No tiene nada roto, dos fuertes contusiones en el hombro, que le he vendado, y en la cadera. La he convencido de que se acueste y he hecho lo que usted quería, ahora ya duerme y lo seguirá haciendo durante unas cuantas horas.

—Gracias, doctor La Spina. Y, por la molestia, quisiera...

—Déjelo correr, atiando a Mariastella desde que era una chiquilla. Pero no me atrevo a dejarla sola, desearía llamar a una enfermera.

—Me quedo yo con ella, no se preocupe.

Se despidieron. El comisario esperó a que el vehículo se perdiera de vista, volvió a entrar en la casa y cerró la puerta. Llegaba a la parte más difícil, regresar voluntariamente a la pesadilla del relato, volver a convertirse en un personaje de este. Pasó por delante de la habitación de Mariastella, la vio durmiendo en su cama bajo la colcha «de un color rosa desteñido, las lámparas con adornos de color rosa, el tocador, la delicada serie de cristales y los objetos...». Pero no era un sueño tranquilo, sus largos cabellos grises parecían moverse constantemente sobre la almohada. Decidió abrir la otra puerta, encendió la luz y entró. La envoltura de la cama brillaba a causa de los reflejos de la luz sobre el nailon. Se acercó y se inclinó a mirar. La camiseta de Emanuele Gargano estaba quemada a la altura del corazón, el orificio de entrada se veía con toda claridad. No se había suicidado, la pistola estaba cuidadosamente colocada en la otra mesilla. Mariastella lo había matado mientras dormía. En cambio, sobre la mesilla más cercana al muerto había un billetero y un Rolex. En el suelo, al lado de la cama, había una maletita abierta, y en su interior se veían unos disquetes de ordenador y unos papeles. La maletita de Pellegrino.

Tenía que dar ya por terminado en serio el relato. ¿«En la otra almohada se veía el hueco que deja una cabeza»? ¿Había, en la otra almohada, «un largo cabello de color de hierro»? Aguzó la vista. En la otra almohada no había ningún hueco, ningún cabello gris.

Respiró con alivio. Eso por lo menos se lo había ahorrado. Apagó la luz, salió, volvió a cerrar la puerta, regresó a la habitación de Mariastella, cogió una silla y se sentó a su lado. Una vez alguien le había dicho que el sueño provocado carecía de sueños. Pues entonces, ¿por qué aquel pobre cuerpo se

agitaba y era traspasado de vez en cuando por unas violentas sacudidas como las causadas por una fuerte descarga eléctrica? Esa misma persona le había explicado que, cuando uno duerme, no puede llorar de verdad. Pues entonces, ¿por qué unas gruesas lágrimas resbalaban por el rostro de la mujer? ¿Qué sabían los científicos acerca de lo que podía ocurrir en el misterioso, indescifrable e indescriptible país de los sueños? Le cogió una mano entre las suyas. Ardía. Había sobrevalorado a Gargano, era un simple estafador, no había podido resistir el homicidio de Giacomo. Tras empujar el coche para hundirlo en el mar, cogió la maletita y corrió a llamar a la puerta de Mariastella, en la certeza de que esta no diría nada y jamás lo traicionaría. Y Mariastella lo había acogido, consolado y albergado en su casa. Y después, tras haber conseguido que se durmiera, le había pegado un tiro. ¿Por celos? ¿Una enloquecida reacción a la revelación de las relaciones de su Emanuele con Giacomo? No, eso Mariastella jamás lo habría hecho. Entonces lo comprendió: lo había matado por amor, para ahorrar al único ser al que había amado verdaderamente en su vida el desprecio, la deshonra y la cárcel. No podía haber ninguna otra explicación. La parte más oscura (o la más clara) le sugirió una solución fácil. Coger la bolsa, colocarla en el maletero de su coche, dirigirse al mismo lugar en el que Giacomo había sido asesinado y arrojarla al mar. Nadie habría pensado en una implicación de Mariastella Cosentino. Y él se lo habría pasado bomba contemplando el rostro de Guarnotta cuando viera el cadáver de Gargano cuidadosamente envuelto en nailon: ¿por qué razón lo habría envuelto la mafia?, se preguntaría, estupefacto.

Pero él era un policía.

Se levantó, ya eran las ocho, y se dirigió al teléfono. Quizá Guarnotta aún estuviera en su despacho.

—¿Oiga, Guarnotta? Soy Montalbano.

Y le explicó lo que tendría que hacer. A continuación, regresó a la habitación de Mariastella, le enjugó el sudor de la frente con la punta de la sábana, se sentó y cogió de nuevo su mano entre las suyas.

Después, al cabo de no supo cuánto tiempo, oyó el rumor de unos coches. Abrió la puerta y salió al encuentro de Guarnotta.

—¿Has llamado a una enfermera y una ambulancia?

—Ya vienen.

—Ten cuidado que hay una maletita. Puede que consigas recuperar el dinero robado.

Durante el camino de vuelta a Marinella tuvo que detenerse un par de veces. No conseguía conducir, estaba agotado y no solo físicamente. La segunda vez, bajó del coche. Ya era noche cerrada. Respiró hondo. Y entonces percibió que el olor de la noche había cambiado: era un perfume fresco y ligero, un perfume de hierba tierna, de verbena y albahaca. Se puso de nuevo en marcha agotado, pero aliviado. Entró en su casa y se quedó paralizado de golpe. Livia estaba en el centro de la sala, con el rostro enfurecido y los ojos ardientes de rabia. Sostenía en sus manos el jersey que él había olvidado enterrar. Montalbano abrió la boca, pero no le salió ningún sonido. Entonces vio que los brazos de Livia bajaban muy despacio y que su rostro cambiaba de expresión.

—Dios mío, Salvo, ¿qué tienes? ¿Qué te ha ocurrido?

Arrojó al suelo el jersey y corrió a abrazarlo.

—¿Qué te ha ocurrido, cariño? ¿Qué tienes?

Y lo abrazaba, desesperada y asustada.

Montalbano seguía sin poder hablar ni devolverle el abrazo. Solo tuvo un pensamiento nítido y fuerte:

«Menos mal que está aquí».

Nota del autor

La idea de hacer que Montalbano lleve a cabo una investigación (un tanto anómala, casi un *divertissement*) sobre un «mago de las finanzas» me la sugirió la lectura de un artículo de Francesco («Ciccio» para los amigos) La Licata titulado «Mafia multinacional», en el que se hacía referencia al caso de Giovanni Sucato («el mago» precisamente), que consiguió, mediante una especie de multimillonaria cadena de San Antonio, levantar un imperio. Después saltó por los aires en un coche. Mi historia es mucho más modesta y, sobre todo al final, muy distinta. Mis intenciones al contarla han sido varias. Y aquí la mafia no tiene nada que ver, a pesar del convencimiento del señor Guarnotta, uno de los personajes. Sin embargo, tengo que señalar que los nombres y las situaciones son imaginarios y no guardan la menor relación con la realidad. Cualquier coincidencia es por tanto etcétera, etcétera. El relato de William Faulkner en el que se ve metido Montalbano se titula *Una rosa para Emilia*.

A. C.

Notas del editor digital

[1] *Linfa* en italiano se traduciría como «savia» en español. <<

[2] *Ponte* en italiano también se podría traducir por «cubierta» en español, lo que en este caso sería más lógico y adecuado que «puente». <<

Última revisión por UMDN: 14 de julio de 2023

